

Gianfranco Calligarich
EL ÚLTIMO VERANO
EN ROMA



de

Aprendiz de periodista ya en la treintena y amante de la literatura, Leo Gazzarra narra en primera persona el año en que se enamoró... y lo perdió todo. Nacido en el norte de Italia y trasladado a una Roma tan atractiva como inhóspita para todo recién llegado, Leo es incapaz de conservar su trabajo, sus amistades, sus propiedades y sus relaciones. Su vida parece un perpetuo deambular por una Roma calurosa que solo la lluvia de verano apacigua. Su peor enemigo es él mismo: deja pasar oportunidades, bebe hasta la inconsciencia, se siente solo pero no soporta a nadie... Esa actitud se exagera cuando se enamora de Arianna, una joven frágil, huidiza, misteriosa. Y perderla lo empujará definitivamente al desastre, adonde, de todas maneras, le habrían llevado sus propios pasos.

Una novela de iniciación que es una provocación, un puñetazo, y un canto a Roma.

OceanofPDF.com



Gianfranco Calligarich

El último verano en Roma

ePub r1.0

Titivillus 19.03.2022

OceanofPDF.com

Título original: *L'ultima estate in città*

Gianfranco Calligarich, 1973

Traducción: Carlos Gumpert Melgosa

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

El último verano en Roma

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Nota del editor italiano

Sobre el autor

Notas

A Sara Calligarich

OceanofPDF.com

La primera gran catástrofe que se abatió sobre los seres vivos no fue el diluvio, sino la desecación.

SÁNDOR FERENCZI

Entre subidas y bajadas atravesó las etapas de su juventud y de su vejez entrando en el remolino.

T.S. ELIOT

OceanofPDF.com

En cualquier caso, siempre es así. Uno hace de todo para mantenerse al margen y luego, un buen día, sin saber cómo, se encuentra metido en una historia que lo lleva directo al final.

En cuanto a mí, de buena gana hubiera preferido abstenerme de toda competición. Había conocido a personas de todas clases, gente que llegaba y gente que ni siquiera había sido capaz de arrancar, pero todos, tarde o temprano, con la misma cara insatisfecha, por lo que había llegado a la conclusión de que la vida era mejor limitarse a observarla, pero no había contado con una desafortunadísima carencia de dinero en un día lluvioso a principios de la primavera del año pasado. Todo lo demás vino como vienen estas cosas, por sí mismo. Quede claro desde el principio que no le echo la culpa a nadie, me tocaron mis cartas y las jugué. Eso es todo.

Esta bahía es, en cualquier caso, preciosa. Una fortaleza sarracena la domina desde un promontorio de rocas que se adentra un centenar de metros en el mar. Mirando hacia la costa puedo ver la deslumbrante orla de la playa entre el verde de la maleza mediterránea. Algo más lejos, una autovía de tres carriles, desierta en esta época del año, horada con sus túneles una cadena de montes rocosos relucientes bajo el sol. El cielo es azul, el mar está limpio.

No podría haber elegido mejor, a decir verdad.

Siempre me ha gustado mucho el mar. En la tendencia que tenía desde niño a vigilar las playas debía de haber algo del impulso que llevó a mi abuelo a pasarse la juventud en barcos mercantes por el Mediterráneo, antes de quedar varado en Milán, esa tétrica ciudad, y abarrotar de hijos una casa. Llegué a conocer a ese abuelo mío. Era un viejo eslavo de ojos grises que murió rodeado de una gran cantidad de bisnietos. La última frase que logró articular fue la solicitud de un poco de agua de mar, y mi padre, en su condición de primogénito, dejó a una de mis hermanas a cargo de su tienda

de filatelia y se fue en coche a Génova. Yo me fui con él. Tenía catorce años y recuerdo que no dijimos una sola palabra durante todo el viaje. Mi padre nunca hablaba mucho, y yo, que ya le daba quebraderos de cabeza con mis problemas en el colegio, tenía un enorme interés en quedarme callado. Ese fue el más corto de mis viajes al mar, apenas el tiempo de llenar una botella, y también el más inútil, porque cuando volvimos, el abuelo estaba casi inconsciente. Mi padre le lavó la cara con el agua de la botella, pero sin que a él pareciera gustarle particularmente.

Algunos años después, la proximidad del mar fue una de las razones que me llevaron a Roma. Tras el servicio militar, se me presentó el problema de qué hacer con mi vida, pero cuanto más miraba a mi alrededor, menos capaz me sentía de tomar una decisión. Mis amigos tenían las ideas muy claras, sacarse una carrera, casarse y ganar dinero, pero esa era una perspectiva que me repugnaba. Eran aquellos años en los que en Milán la pasta contaba más de lo habitual, los años de esa especie de juego de manos a nivel nacional también conocido por el nombre de Milagro Económico, y del que de alguna manera yo también tuve ocasión de beneficiarme. Fue cuando una revista médico-literaria para la que escribía de vez en cuando algún ensayo muy ponderado y mal pagado se encontró con la posibilidad de abrir una sede en Roma y me contrató como corresponsal.

Si mi madre intentó obstaculizar mi marcha con todos los argumentos posibles, mi padre no dijo nada. Había asistido en silencio a mis intentos de integración social, comparándolos con los éxitos de mis hermanas mayores, quienes a edad temprana se habían casado con chicos de excelentes empleos, buena gente en todo caso, y yo me había aprovechado de ello como durante el viaje en busca de agua para mi abuelo, callando a mi vez. Él y yo nunca hablábamos. No sé de quién era culpa, ni siquiera sé si puede hablarse de culpa, pero nunca me abandonaba la impresión de que, si hubiera entablado con él una conversación directa, lo habría herido de alguna manera. La guerra, la segunda, lo había enviado lejos sin perdonarle ninguna de sus bien conocidas peculiaridades, y nadie a quien le suceda algo así puede volver a casa igual que antes. A pesar de su orgulloso mutismo, siempre tenía el aspecto de pretender olvidar algo, tal vez el haber regresado a casa hecho pedazos y habernos hecho asistir al espectáculo de

su enorme cuerpo retorciéndose bajo las descargas de electrochoque. En cierto sentido era así, y yo fui incapaz de perdonarle, de niño, su oficio antiheroico, su amor por el orden, su exagerado respeto por las cosas, sin entender, por ejemplo, de qué horrorosa devastación debió de haber sido testigo para ponerse a reparar con infinita paciencia, el mismo día de su regreso de la guerra, una vieja silla de cocina. Y, sin embargo, aún hoy, al cabo de casi treinta años, sigue conservando algo del soldado, la paciencia, la tendencia a mantener alta la frente, la costumbre de no hacer preguntas; y aún hoy, aunque solo fuera eso lo que me hubiera dado, nada podrá hacerme olvidar la intrépida sensación que de niño sentía al caminar a su lado. Porque todavía hoy la forma de andar de mi padre, más que cualquier otra cosa, me devuelve de inmediato a la infancia, y aún hoy puedo, incluso en la inmensidad verde que me rodea, volver como por hechizo a su lado, recordando su forma de andar poderosa y suave, aparentemente inasequible al cansancio, la forma de andar de las largas marchas de desplazamiento, la que de una forma u otra se las había apañado para devolverlo a casa.

Así que me marché a Roma, y todo habría seguido su curso si mi padre, abdicando de forma completamente inesperada de su propio orgullo, no hubiera querido acompañarme a la estación y se hubiese quedado esperando en el andén hasta que el tren arrancó. Fue una espera larga, insoportable. Con su enorme rostro inflamado a causa del esfuerzo por contener las lágrimas. Nos mirábamos en silencio, como siempre, pero yo era consciente de que nos estábamos diciendo adiós, y todo lo que podía hacer era rezar para que el tren arrancara y pusiera fin a aquella desgarradora mirada que nunca le había visto. Estaba de pie en el andén, por primera vez más bajo que yo, y eso me permitió observar hasta qué punto se le había quedado ralo el pelo de la cabeza, que no dejaba de girar para lanzar rápidas ojeadas al semáforo al final de la vía. Su enorme cuerpo estaba inmóvil, plantado sobre las piernas abiertas como si se preparara para recibir un golpe, las manos como pesas en los bolsillos del abrigo, los ojos brillantes y la cara roja. Y cuando por fin me di cuenta de que ser su único hijo varón no dejaba de significar algo, cuando estaba a punto de abrir la boca y gritarle que iba a bajar a reunirme con él y que encontraríamos una manera de arreglar nuestras vidas sin hacerlas añicos, el tren dio una pequeña sacudida

y se movió. Así, una vez más en silencio, fui arrancado de él. Vi cómo su enorme cuerpo se estremeció cuando el tren se puso en marcha. Luego lo vi hacerse más pequeño mientras me alejaba. No se movió, no hizo ningún gesto. Luego desapareció por completo.

Mi periodo de respetabilidad no duró mucho. Fui despedido al cabo de un año, un tiempo que, para ser honestos, hubiera podido durar aún menos. El pequeño pasivo de la redacción romana fue el último en ser eliminado antes de que la revista echara el cierre junto con el milagro que la había hecho germinar. La oficina en la que trabajaba, intentando conseguir algo de publicidad para la revista y escribiendo de vez en cuando algunos artículos para halagar la inexplicable sensibilidad de los médicos hacia la literatura, era una habitación con muebles tapizados de damasco rojo en una villa umbertina justo después del perímetro del Tíber.

Su dueño era el conde Giovanni Rubino di Sant'Elia, un distinguido cincuentón de modales desenfadados y algo afectados. Distante al principio, casi como si solo viniera a verme para abrir la puerta francesa que daba al jardín y dejarme respirar el aroma de sus lilas, acabó por pasarse cada vez más a menudo los días en el sillón que estaba enfrente de mi mesa, y por entretenerme con conversaciones que se fueron volviendo cada vez más familiares a medida que me revelaba las verdaderas condiciones económicas en que se encontraba. Cuando me dijo que estaba completamente arruinado, decidimos tutearnos.

Vivía con su mujer, una rubia regordeta y desconcertada a causa de las estrecheces de su marido, en la parte trasera de la casa, y solo le abría la puerta al chico de la panadería; y desde que una vez, al ir a abrir, se encontró frente a un sujeto que le embargó la estupenda mesa dorada del salón, me habían obligado a representar el papel de un secretario algo desmañado. Lo cierto es que yo lo hacía de buena gana. Especialmente por él. Me gustaba verlo entrar en mi despacho alisándose las sienes grises con la mano, y después, dando un golpe seco con los codos, sacar de las mangas de la chaqueta los puños de la camisa inmaculada. «¿Y bien?», decía, «¿qué haces?, ¿estás trabajando?» Yo le ponía entonces la tapa a la máquina de

escribir y sacaba la botella. Él nunca hablaba, como lo habría hecho un milanés, de sus problemas económicos, sino solo de cosas agradables, de aristócratas, de gente conocida y, sobre todo, de mujeres y de caballos, y a veces contaba unos chistes tan obscenos que le brillaban los ojos.

Con la llegada del verano tomamos la costumbre de mudarnos a la sala de estar, y allí, cuando el sol abandonaba esa zona de la casa, entre las paredes que conservaban las sombras claras de los muebles que se habían llevado, el conde tocaba un Steinway de cola enorme mientras yo lo escuchaba hundido en el último sofá. Cada tarde, en cuanto oía las primeras notas, llamaba al bar para pedir una cerveza helada y me acercaba al salón. Él estaba allí, irremediablemente. Llevaba un viejo batín de seda puesto y repasaba su repertorio, viejas canciones que le había oído a mi madre, piezas de Gershwin y Cole Porter, pero sobre todo una vieja canción americana llamada Roberta. A veces cantábamos juntos.

El primer día de otoño de ese año, llegó la carta donde se decía que se cerraba la oficina. Le di la noticia al conde, que se apoyó contra el piano y sonrió.

—Y bien, querido —dijo—, ¿qué vas a hacer ahora? —Eso fue lo que me preguntó, y aun así debería haber entendido que aquello era para él un golpe mortal.

Dos días después, mientras estaba recogiendo mis papeles, llamaron a la puerta y cuatro trabajadores de expresión decidida cargaron el piano a hombros y se lo llevaron. Les costó sacarlo por la puerta, y el viejo Steinway debió de chocar con algún borde, porque desde la calle nos llegó su voz con una especie de redoble fúnebre. Durante todo el tiempo que duró aquella maniobra, el conde no salió de su cuarto, pero cuando le di la mano a la condesa, visiblemente conmovida, y me marché yo también, lo vi en la ventana saludándome con una mano levantada. Hubo en su gesto algo tan inamovible que respondí de la única manera que me pareció apropiada. Dejé la bolsa en la acera e hice una reverencia.

Después del cierre de la oficina, permanecí unos días en el hotel meditando sobre mi porvenir. Todo lo que mis conocidos a través de la revista podían ofrecerme era un trabajo en una empresa farmacéutica de las afueras de la ciudad, donde me dedicaría a escribir artículos publicitarios

desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Decidí esperar a que sucediera algo. Como un aristócrata asediado.

Iba todos los días a ver el mar. Con un libro en el bolsillo, tomaba el metro hasta Ostia y pasaba buena parte del día leyendo en una pequeña taberna que daba a la playa. Luego volvía a la ciudad y deambulaba por los alrededores de piazza Navona, donde había hecho algunos amigos, todos ellos gente que iba de un sitio a otro como yo, intelectuales más que otra cosa, con la espera reflejada en sus ojos y cara de refugiados. Roma era nuestra ciudad, nos toleraba y nos apaciguaba, y yo también acabé por descubrir que, a pesar de los trabajos esporádicos, de las semanas de hambre, de las habitaciones de hotel húmedas y tenebrosas, con muebles amarillentos y que crujían como si los estuviera matando y resecando una oscura enfermedad hepática, era el único lugar donde podría vivir. Y sin embargo, si pienso en esos años, apenas consigo ver con nitidez unas cuantas caras, unos cuantos hechos, porque Roma tiene en sí misma una ebriedad particular que abrasa los recuerdos. Más que una ciudad, es una parte secreta de ti, una fiera escondida. Con ella no hay medias tintas, o le tienes un gran amor o debes marcharte, porque eso es lo que la dulce fiera exige, ser amada. Ese es el único peaje que te será impuesto vengas de donde vengas, de las verdes y empinadas carreteras del sur, de las oscilantes rectilíneas del norte, o de los abismos de tu alma. De ser amada, se te ofrecerá tal como la deseas y no tendrás que hacer nada más que dejarte llevar por los lameteos de las olas del presente flotando a un palmo de tu legítima felicidad. Y para ti habrá veladas veraniegas asaetadas de luces, vibrantes mañanas de primavera, manteles de los cafés cual faldas de muchachas agitadas por el viento, afilados inviernos e interminables otoños cuando la ciudad se os muestre como inerme y enferma, postrada, henchida de hojas decapitadas sobre las que tus pasos no harán ruido. Y habrá cegadoras escalinatas, clamorosas fuentes, templos en ruinas y el silencio nocturno de los dioses desposeídos hasta que el tiempo pierda todo significado que no sea el mero y pueril de empujar los relojes. Así, tú también, día tras día, esperando, acabarás por formar parte de ella. Así, tú también alimentarás a la ciudad. Hasta que, en un día soleado, olfateando el

viento que viene del mar y mirando al cielo, descubrirás que ya no queda nada que esperar.

De vez en cuando alguien alzaba velas. Cuando llegó el turno de Glauco y Serena, dos del grupo de piazza Navona, me fui a vivir a su apartamento en Monte Mario. Ya estaba al límite con las habitaciones de hotel, y no me podía creer que dispusiera de un sitio donde estar a mi aire, y cuando por cincuenta mil liras compré también su exhausto Alfa Romeo, pensé, sin lugar a dudas, que mi vida había llegado a un sólido punto de llegada. Llené dos maletas con mis libros y me mudé el mismo día de su marcha. Se iban porque Serena había obtenido un contrato por dos años como escenógrafa en un teatro de Ciudad de México, pero, sobre todo, porque su matrimonio estaba en crisis y Glauco había dejado de pintar. Roma los había destrozado y se iban, con esos nombres definitivamente fuera de lugar y un número desproporcionado de maletas.

—Ciudad repugnante —dijo Glauco, asomándose al balcón.

—Yo me encuentro bien aquí.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué estás siempre borracho?

—No siempre —dije—, a menudo. Hay una profunda diferencia. —Luego miré el valle que se extendía ante el balcón. Era amplísimo, cortado en dos por un puente de muchos arcos sobre los que pasaba varias veces al día un tren largo y silencioso como una oruga. A ambos lados se erguían las tapias de dos conventos, que campanilleaban al ocaso, mientras frente a ellos las casas más cercanas se perdían en el verde contra la línea del horizonte. De fondo, un gran cielo y una gran luz. Era un lugar magnífico.

—Es todo tuyo —dijo Glauco señalando la habitación donde estábamos.

No había necesidad de hacer inventario, solo quedaba un viejo sillón, una estantería para los libros y una cama que servía de sofá. Las otras dos habitaciones no estaban decoradas con mayor esfuerzo, muebles del mercadillo de Porta Portese más que nada, viejos y simpáticos. Una estaba casi llena por completo de lienzos, botes de pintura y todo lo que normalmente le hace falta a un pintor.

—Si te quedas sin dinero, no me vendas los cuadros —dijo Glauco, como si a alguien le quedaran aún ganas de comprarlos.

Se marchó diciendo que aún tenía gente en la ciudad de la que despedirse. No me pidió que lo acompañara y supuse que iba a despedirse de su novia. Todos sabían que tenía otra mujer. Corpulento, agresivo, era incapaz, bajo ninguna circunstancia, de dejar de presumir de todo. También sabía que entre Serena y yo había cierta simpatía de carácter muy determinado, pero nos dejaba solos porque no era de esos que le temen a nadie.

Serena todavía estaba en la habitación, entre las maletas abiertas de par en par. Debía de tener miedo de que se la tragan, porque caminaba de un lado a otro retorciéndose las manos.

—¿Y Glauco? —preguntó.

Le dije que volvería pronto y ella siguió deambulando por la sala con aire trágico. Cuando pasó a mi lado por tercera vez, acabé ciñéndole los hombros con un brazo y ella se apretó contra mi pecho, mirándome desconcertada. Entonces yo la estreché más fuerte, pero ella se puso rígida y me di cuenta de que era que no, que hubiera querido que fuera que sí, pero en otro momento, y que ahora era que no, que era tarde. Nos pusimos a hablar de México hasta que volvió Glauco.

—¿Y bien? —dijo—, ¿nos vamos o qué?

El tono triste de su voz me sorprendió. El último adiós debía de haber sido particularmente duro. De pie, en medio de la habitación con aquel cuerpo suyo musculoso, tenía el aspecto desilusionado e infantil de un peso pesado que ha perdido el título. Por primera vez, lo miré con simpatía.

Los acompañé al aeropuerto. Nos despedimos besándonos en las mejillas, y luego subí a la terraza para verlos partir. Cuando subieron a la escalerilla de embarque, miraron a su alrededor para localizarme. Nos despedimos con la mano hasta que entraron en el avión. Este tardó en ponerse en movimiento, pero al final se dirigió hacia el centro de la pista, allí se detuvo como para recuperar el aliento, rodó con fuerza y luego empezó a acelerar hasta que se levantó con una maniobra elegante y siguió elevándose, brillando bajo el sol, hasta desaparecer. Entonces me fui.

De vuelta en la ciudad pensé en otras despedidas. Pensé en cuando le dije adiós a mi padre y cuando le dije adiós a Sant'Elia, y en cómo todas esas despedidas habían cambiado mi vida. Pero siempre es así, somos lo

que somos no por las personas que hemos conocido, sino por las que hemos dejado atrás. En eso iba pensando mientras conducía con calma el viejo Alfa Romeo. Era lento y ruidoso como un cetáceo, y los pájaros enmudecían en los árboles como si una nube oscura hubiera pasado por el cielo. Presumía incluso de un pedigrí de propietarios tan largo como la guía telefónica de una ciudad de provincias, pero su olor a ceniza y cuero era casi embriagador.

Decidí que intentaría seriamente dejar de beber. Me quedaba en el balcón leyendo al sol y me mantenía alejado de los bares y de la gente que los frecuentaba. El calor hacía menos repugnante la mezcla de vino dulce y agua helada con la que me ayudaba, y poco a poco empecé incluso a engordar. Lo malo era por la noche, cuando salía de la zona de recepción del *Corriere dello Sport* y me encontraba frente a esas horas mortales que van desde las diez a la una de la noche. Las chicas me fueron de gran ayuda. Siempre se me han dado bien, y durante aquellos meses mi batalla contra el alcohol despertaba su instinto maternal. De esta forma, me ocurría a menudo que me despertaba en camas extrañas, solo, porque las chicas con las que tenía tratos eran, sobre todo, maestras o dependientas y, por lo tanto, estaban vinculadas a unos horarios inexorables. Y eran despertares muy hermosos, a decir verdad. Me levantaba, vagabundeaba por la casa, encendía un tocadiscos y buscaba, encontrándolo casi siempre, café ya preparado que me calentaba. Luego entraba en cuartos de baño limpios, repletos de toallas, cepillos, horquillas y misteriosos frascos de cremas de colores pálidos. Buscaba, encontrándolas casi siempre, sales de baño, y me demoraba largo rato en la bañera. Por último, me secaba, me vestía y salía cerrando detrás de mí la puerta que retumbaba en el piso vacío.

En la calle compraba un periódico, echaba un vistazo al tenderete de libros usados, compraba algunas provisiones y me iba a casa, para decidir si me pasaría la tarde leyendo, en el cine o en el periódico. Fue precisamente una de esas mañanas cuando me di cuenta de que no tenía ni un céntimo en el bolsillo. Una situación de lo más habitual, pero complicada en esa ocasión por toda una serie de desventuras: la puerta que había cerrado sin

remedio a mis espaldas, el coche que había dejado la noche anterior en un barrio muy lejano, y la molesta sensación que me martilleaba de haberme olvidado de algo que, por muchos esfuerzos que hiciera, no conseguía recordar. Se anunciaba, por lo tanto, uno de esos días en los que se nos quedan en la mano los botones de la camisa, perdemos la libreta de direcciones, faltamos a las citas y todas las puertas se transforman en otras tantas trampas para los dedos. Uno de esos días en los que lo único sensato sería encerrarse en casa y esperar a que pasara. Pero no podía hacerlo, de modo que eché a caminar bajo la lluvia.

Sí, porque, por si fuera poco, estaba lloviendo. Recuerdo muy bien la lluvia de ese día. Una lluvia primaveral que caía de forma intermitente sobre una ciudad desmemoriada y sorprendida, llenándola de aromas cada vez más fragantes después de cada aguacero. Hasta el punto de que no hay, en mi vida, un día tan saturado de aromas como aquel en el que esta historia dio comienzo.

OceanofPDF.com

Llegué a piazza del Popolo con el estómago vacío y los zapatos llenos de agua. La enorme explanada se encontraba desbordada de automóviles parados y un único rayo de sol pasaba a gran altura haciendo centellear las terrazas del Pincio. Los dos cafés estaban llenos de gente nerviosa por no poder sentarse al aire libre. Debajo del toldo de Rosati encontré varias sillas amontonadas y cogí una mientras echaba un vistazo a mi alrededor buscando alguna cara amiga que pudiera invitarme a almorzar, pero solo vi a personas a las que no podía soportar. Con las primeras gotas, llovía sobre mojado, me dirigí al bar del Signor Sandro. Era un viejo barman de gestos medidos y hábiles que había abierto un local elegante, con sillas de cuero rojo y grabados en las paredes. Allí acudían, más que nada, escritores, poetas, cineastas y algunos periodistas radicales que comían filetes y zanahorias, pero aquel día, como es natural, no encontré a nadie con quien tuviera la suficiente confianza para que me invitara a comer. No obstante, era un lugar donde tenía crédito y pedí una hamburguesa y un vaso de Barolo mientras me preparaba para asistir a uno de mis espectáculos favoritos, el del Signor Sandro preparando sus cócteles. En el momento en que alzaba los brazos, un magnífico paraguas de seda se cerró en la puerta y, justo cuando ya no podía serme útil, apareció Renzo Diacono. Hacía tiempo que no lo veía, desde que él también había acabado en la televisión.

—¡Leo! —exclamó cuando me vio. Era muy elegante, a diferencia del gigante barbudo con el que había entrado y que desapareció de inmediato entre la multitud que se agolpaba en la barra—. ¿Qué te apetece beber? —preguntó.

—Nada.

—¿Nada? —Por un momento me pareció que quería decir algo, pero luego, con su tacto piamontés, se limitó a preguntarme cuándo íbamos a quedar para jugar una partida de ajedrez—. Ya no tengo tiempo para las

cosas serias —dijo, señalando a su compañero, que regresaba de su asedio a la barra. Tenía eso de estupendo. Con quienquiera que estuviera, daba la impresión de que en realidad hubiera preferido estar contigo—. ¿Qué tal va la vida?

—No lo sé —contesté—, respondo solo de la mía.

—Muy bien —dijo el gigante barbudo, interponiéndose entre nosotros con su vaso—, muy sabio. —Y levantó su vaso a mi salud. Llevaba un impermeable militar puesto, una bufanda que le llegaba hasta los pies y un ondeante paraguas colgado del brazo, juzgaba el mundo desde las sublimes cimas de una gran cogorza. Tenía una sonrisa devastada, de veterano. Renzo dijo que era el mejor director de la televisión cuando estaba sobrio, pero esa era una condición que hacía mucho tiempo que le era desconocida. Él se rio con malicia y por toda respuesta se disculpó y fue a que le volvieran a llenar el vaso.

—¿Por qué no nos vemos esta noche? —propuso Renzo.

Dijo también que habían cambiado de dirección y quiso que se lo repitiera dos veces para asegurarse de que no se me olvidaría. Pero no tenía por qué preocuparse. Aunque nos separara una generación, me encontraba muy a gusto en su compañía, era un buen jugador de ajedrez, además de un historiador de prestigio, y Viola, su mujer, era una excelente cocinera. No podía pretender nada mejor para terminar un día tan penoso.

Cuando me quedé solo, tracé un plan a prueba de mala suerte. Lo primero era ir al periódico para conseguir algo de dinero, luego me metería en un cine y por último iría a la casa de los Diacono después de pasar a recoger el viejo Alfa Romeo. El plan era tan simple y reconfortante que me puse eufórico de repente. Salí al aroma de la lluvia que empezaba a remitir. Grandes gotas aisladas se aplastaban contra el empedrado y en el cielo se abrían grandes desgarrones de azul. Me encaminé entre los húmedos y deslumbrantes edificios del Corso y después de diez minutos entré en el *Corriere dello Sport* tarareando *Où es-tu mon amour* con las variaciones de Django Reinhardt.

Las chicas de las máquinas de escribir, con los auriculares puestos, me saludaron dando pequeños gritos de sorpresa, esa no era la hora a la que por lo general solía presentarme, y cuando pregunté por Rosario, me señalaron una cabina de la que vi salir en ese momento a mi amigo con la cara más marrón que el disco que llevaba en la mano.

—Hurra —dijo, pasando a mi lado. Yo no me dejé desanimar, porque si era obvio que no había trabajo, me quedaba la posibilidad de pedir un préstamo. Eso lo sabía él también, así que se atrincheró detrás de los auriculares poniéndose de inmediato a transcribir a máquina el artículo. Me senté a mirarlo hasta que tuvo que rendirse—. ¿Cuánto quieres? —preguntó echando mano al bolsillo.

Me dio la mitad exacta de lo que le pedí y, además, tuve que chuparme el sermón. ¿Cuánto tiempo creía que podía seguir así? ¿Era consciente de que el jefe de sección estaba harto de no poder contar conmigo? No faltaban cosas que hacer, ¿por qué no lo aceptaba? Era él quien me había conseguido el trabajo y eso le daba derecho a hablar. Era un buen amigo, un hombre del sur, melancólico, con una mujer descontenta. Había dejado su pueblo, un promontorio sobre el mar Jónico, tan azul, para venirse a Roma a trabajar como periodista, pero no había pasado de transcribir artículos de otros después de grabarlos en un disco de cera. La absoluta imbecilidad de ese trabajo envilecía los últimos años de su juventud, pero él no se rendía, pequeño, oscuro, abatido e indomable.

Alcé velas. Fuera diluviaba. Torrentes de agua se derramaban sobre las estatuas decapitadas del Foro, sobre las columnas derrumbadas, sobre los edificios de las plazas adoquinadas, sobre los desolados estadios a primera hora de la tarde, sobre las iglesias decoradas y, absurdamente, sobre las fuentes desbordantes. Aguanté un buen rato debajo del portal entre salpicaduras de agua y las maldiciones de los transeúntes, otros náufragos que buscaban igual que yo la salvación en cualquier hueco, luego, aprovechando una pausa, me fui corriendo, pegado a los muros, a un pequeño cine que no quedaba muy lejos. Ponían una película de Marilyn Monroe, pobre amor mío a quien no puedo imaginarme muerta, y la vi dos veces mientras comía pipas saladas y oía cómo tronaba sobre los tejados de las casas. Cuando salí, estaba muy enamorado de ella y muy mal dispuesto

hacia el mundo, porque si un amor que ha muerto ya es triste de por sí, no cabe encima enmarcarlo bajo la lluvia.

Aquella noche había algo cruel. La multitud se había echado a las calles y una suspensión antinatural paralizaba el tráfico mientras en el cielo henchido de lluvia se encendían de vez en cuando los chisporroteantes destellos de los tranvías. Los titulares de los periódicos hablaban de deslizamientos de tierras, de inundaciones y de trenes con retraso. El río, al norte de la ciudad, había desbordado sus cauces extendiéndose por los campos, y la gente, en las paradas de los autobuses, escrutaba el cielo en silencio. Comprendí, de mal humor, que era demasiado tarde para intentar recoger el viejo Alfa Romeo y me vi obligado a ir directamente a casa de los Diacono. Me puse a andar, pero al poco rato tuve que refugiarme en la entrada de una tienda que todavía estaba abierta. El tráfico se había evaporado como por encanto y de repente la calle estaba desierta. Una radio me traía bajo la lluvia las noticias de la noche. Decían que el tiempo iba a cambiar y que la primavera estaba a punto de llegar a la parte del mundo que nos interesaba. Y justo en ese momento apareció un taxi. Lo detuve y le dije al conductor a qué dirección debía ir, y me acomodé en el asiento para estrujarme la vuelta de los pantalones. Luego me dejé caer en el respaldo y miré la ciudad hasta que el taxímetro me avisó de que no podía gastar más.

Empezaba a levantarse el viento cuando llegué ante un pequeño edificio rodeado de un jardín mojado y susurrante. Solo en ese momento, y tal vez fuera por el olor a tierra húmeda, pensé que debía de haber llevado flores para Viola, pero ya era tarde y un hambre salvaje me atenazaba las entrañas. De modo que avancé afrontando la última prueba de un ascensor que durante todo el trayecto emitió un amenazador zumbido de altivez. En el segundo piso me atusé un poco el pelo y llamé al timbre. Me abrió Viola, con cara de asombro. Antes de que pudiera decir nada, dio un respingo y estalló en una risita irrefrenable. Debí de parecerle un damnificado por el aluvión.

—Pasa, Leo —dijo tomándome del brazo—. Dios mío, cuánto me alegro de verte. ¿Cómo nos has encontrado?

Eso fue lo que dijo, y me bastó con observar cómo Renzo se ponía de pie de un salto al verme entrar en el salón para darme cuenta de que se había olvidado por completo de haberme invitado.

—¡Leo! —exclamó por segunda vez aquel día. Una docena de personas se volvieron hacia nosotros con tranquila curiosidad. Estaban sumidos en otros tantos sillones que formaban constelaciones en las vastas alfombras de la habitación, y todas tenían el aspecto satisfecho de quien ya ha comido. Hubo presentaciones en las que tomé parte a regañadientes—. Estás empapado —dijo Renzo con ansiedad culpable—, acércate al fuego. ¿Qué quieres?

—Un poco de buena suerte —le respondí.

Pero él ya se había dado la vuelta y estaba empujando un carrito de botellas hacia mí. Vacilé, hacía tiempo que no veía tantas juntas en un lugar que no fuera un bar. Elegí un *scotch*, y cuando la mano de Renzo revolvió entre las botellas, el carro tintineó victorioso. Durante un rato fui el centro de atención mientras Renzo les explicaba a todos cuánto me debía con respecto a su libro sobre los bucaneros. Siempre se me ha dado muy bien ayudar a otros en su trabajo, pero Renzo me alababa con tanta convicción que parecía que el libro lo hubiera escrito yo. Incluso tuve que contestar a un par de preguntas sobre el tema antes de poder eclipsarme en el sillón más cercano a la chimenea para ejercitar las dos únicas artes que conocía a fondo, quedarme callado y adaptarme a las situaciones. Mi regreso al anonimato coincidió con el descubrimiento de un tarro repleto de cacahuets. Viola se acercó a mí.

—Anda —dijo—, pareces un mono con su botín.

Dejé el tarro sobre la alfombra mientras ella se sentaba en el brazo de mi sillón. La miré. En los dos años que no nos habíamos visto, su dulce rostro se había vuelto casi plácido, por más que sus piernas siguieran siendo las mismas, las más bonitas que había visto en mi vida.

—¿Aceptarías ser hibernado? —dijo.

—Solo si estuviera enamorado.

—¡Ay, qué tierno! —Se rio—. Estoy indagando en el asunto, y al acabar tomaré mi propia decisión —dijo compungida—, y no se te ocurra tomarme

el pelo. Bueno, mejor hablemos de nosotros. ¿Quién empieza? —E hizo el gesto de quien baraja un mazo de cartas.

—Tú —dije para concederme el tiempo de recuperarme encerrándome en mis propios asuntos.

Para eso yo era un auténtico as, al hilo de algunos «claro» y de algunos «quizá» era capaz de dar a entender a cualquiera que lo estaba escuchando con comprensiva gravedad. Hice lo mismo con ella, aprovechando la pausa para tratar de llenar el vacío que desde por la mañana me palpitaba en la mente. Habría dado todo el tarro de cacahuetes para saber qué me había olvidado de hacer ese día, pero no lo conseguí, y me contenté con el calor de la llama por debajo de los zapatos húmedos hasta que el fuego y el licor surtieron en mí también el reconfortante efecto que los hace indispensables en los salones, donde nunca dirías que el primero puede quemar los edificios y el segundo hacerte creer que morirás de frío en la más luminosa y soleada mañana de tu vida.

—Es que ya no soportaba el aspecto de esos cuartos de baño —dijo Viola con el tono concluyente de un razonamiento que no había oído.

—Me imagino que aquí tendrás un baño precioso —comenté recordando la vieja y hermosa casa en la que habían vivido en Campo dei Fiori.

—¡Oh, un palacio! ¡Tienes que verlo sin falta! —Por un momento pensé que me tomaría de la mano y me llevaría a verlo a la fuerza—. Y tú, ¿sigues en ese hotelito del centro?

Pero no hubo necesidad de contestarle, porque en ese mismo momento una voz se elevó de los sillones implorando algún juego de salón y ella tuvo que irse. Al quedarme solo, empecé a hacer un inventario de las personas que tenía a mi alrededor. Para ellos, la lluvia era solo un pretexto para vestirse de la manera correcta, se notaba de inmediato. Con sus pantalones de terciopelo, sus camisas de lana y los zapatos gruesos daban la impresión de que, oh, ellos sabían muy bien cómo estaban las cosas allá fuera, en ese mundo lleno de lluvia y de bajezas, pero también sabían que un vaso de *scotch* y un rato de charla con los amigos volvían insignificante la presión de las multitudes contra los muros.

Estamos sitiados y somos a la vez sitiadores, pensé con el segundo vaso, y los sitiadores están exhaustos a causa del hambre y de la nostalgia de casa. Eso pensaba y mis ojos se deslizaban cada vez más dispuestos hacia el inmenso sofá de terciopelo blanco donde un hombre y una chica estaban sentados con la actitud ausente de dos aves en reposo. El hombre, encogido en el reposabrazos en una maraña que denunciaba una altura poco común y de la que surgían las manos como dos cortas e inútiles alas, recordaba a un pájaro que en el curso de remotas evoluciones hubiera perdido el contacto con el cielo. En cuanto a la chica, era una preciosidad. Estaba en ese sillón como un ave migratoria que había encontrado un bote en el que posarse a la espera de que pasara una tormenta. Ausente, extraña, vagamente nerviosa.

Acababa de recuperar la posesión del tarro de cacahuets cuando Renzo me tomó del brazo y me obligó a abandonar la presa y a seguirlo entre los sillones.

—Y ahora, ¿qué te prometen? —dijo, refiriéndose a los periódicos de izquierdas para los que había trabajado antes de entrar en la televisión.

—No lo sé, entiendo poco de promesas —contesté con toda intención, pero él estaba demasiado absorto en su propio razonamiento para entender las indirectas.

—Un trabajo en la televisión, eso es lo que te prometen, la revolución desde luego que no. Bueno, no he hecho nada más que anticiparme a los tiempos. —Aguardó un signo de aprobación por mi parte. Se lo di—. Cuando quieras un trabajo en la televisión, no tienes más que pedírmelo —dijo entonces—, no te puedes hacer una idea de la clase de imbéciles que hay ahí dentro. Basta con no ser un idiota para parecer un genio.

—¡Por supuesto! —exclamó con embarazosa prontitud una mujer acurrucada en el abismo de un sillón. Llevaba escuchando el mismo disco desde que yo había entrado—. Este amigo tuyo —dijo luego mirándome— no parece tener el aspecto de un pirata. Si acaso, podría ser uno de esos pasajeros clandestinos de Conrad. De esos que se han manchado con un pecado horrible y expían su culpa vagando de puerto en puerto, ¿sabes? ¡Dios mío, cómo me gusta!

—¿Quién, él? —quiso saber Renzo señalándome.

—Conrad —dijo la mujer.

El disco había llegado a su fin y ella volvió a ponerlo desde el principio. Me preguntaba cuál de los dos acabaría ganando en última instancia. Luego volvió a concedernos su atención. No había rastro de dolor en ella, ni de pasión. De su comportamiento se desprendía una independencia tan absoluta que hacía pensar que no había venido al mundo como todos los demás, entre espasmos y sangre, sino que había nacido de sí misma, como las mariposas.

—Caramba, Eva. Vas a tener una apendicitis a fuerza de estar sentada —dijo Viola interponiéndose entre nosotros antes de que mi silencio se hiciera pesado.

Renzo aprovechó la oportunidad para apartarme de allí, y una vez más lo hizo tomándome del brazo, como si la habitación fuera tan grande como una plaza. Era grande, en efecto, pero no tanto como aquel gesto parecía sugerir. Después de dar unos pasos nos topamos con el compañero de la chica. Vagaba por la sala de estar con el aire de haberse golpeado contra un mueble en un improvisado intento de alzar el vuelo. Ahora ella estaba sola, en el sofá de terciopelo blanco. Con los dedos enredados en su largo pelo negro, disponía nerviosamente las cartas de una baraja en un solitario como si de él pudiera brotar un dictamen salvífico. Renzo empujó el carrito de las botellas hacia ella. Se había dado cuenta de hacia dónde estaba mirando yo, y con su consabida discreción se puso manos a la obra.

—¿Qué te apetece beber, Arianna?

Ella apartó la vista de su propio destino.

—Lo que sea mientras pase de cuarenta —dijo. Por la sonrisa que me dirigió, se diría que no había hecho más que esperarme durante toda la noche. Era una sonrisa que aislaba a la persona que la recibía, elevándola a cumbres que nunca hubiera sospechado poder conquistar. Una sonrisa como una paliza en la que si había algo inequívoco era que, a ella, los demás le importaban un pimiento.

—¿Y este juego? —me preguntó como si el curso de la velada dependiera de mí. Le mostré las palmas abiertas.

—¡Aquí estás! —exclamó Viola acercándose a ella con papel y lápiz—, tú te vienes conmigo, sabes —dijo, y luego me tomó del brazo—. ¡No creerás que vas a traicionarme con una ninfa cualquiera!

Así que tuve que volver a mi sillón, donde descubrí que el tarro de cacahuetes había desaparecido. Diez minutos después, en el silencio de la sala de estar solo se oía el susurro de los lápices en las hojas de papel, algunas risas y, mucho me temía, el ruido de mi estómago. En ese momento, otro mullido ruido recorrió la sala de estar. Esa chica, la tal Arianna, había abandonado el sofá y avanzaba milagrosamente entre los sillones. La fragilidad de su cuerpo convertía en un acto valeroso todo lo que hiciera, aunque solo fuera cruzar una habitación repleta de amigos. A cada paso, sus relucientes botas de lluvia emitían pequeños suspiros alrededor de sus rodillas. Llegó al brazo del sillón de Viola y se inclinó para susurrarle algo. Entonces intervino Eva.

—Pero bueno, Arianna, ¡ya está bien! ¡Hay que ver lo tonta que llega a ser! —le dijo a Viola—, esta mañana al ponerse la blusa se ha arañado una manchita que tiene en la piel y lleva todo el día intentando llamar a Venecia para hablar con su médico.

La chica apenas la miró, y luego comentó que sabía de gente que había muerto por un arañazo en un lunar.

—Caramba, Arianna —dijo Viola—, ¿así que tienes un médico jefe de servicio de confianza?

Pues bien, así estaban las cosas, la chica se había ido a llamar por teléfono y yo no paraba de pensar en una excusa para largarme a algún sitio a comer algo, cuando Viola, viendo que no me decidía a escribir mi mensaje anónimo en la notita, me miró pensativa y dijo:

—Escucha, ¿te importaría ir a por hielo a la cocina? Lo siento, pero verás, es que Ernesto no está. Es su tarde libre. —Resulta que ahora tenían hasta un criado. Me dio las indicaciones necesarias para llegar a la cocina a la vez que me informaba de que la encontraría cambiada y que solo la nevera era la antigua. Tuve un destello de esperanza, dos años antes su nevera era la más abastecida de la ciudad.

—¡Mi viejo amigo! —exclamé—, ¿qué tal está?

—Bueno, ya sabes —contestó—, es uno de esos tipos fríos que nunca están contentos. Un esteta.

Yo ya me había puesto de pie. En el pasillo, la chica estaba llamando por teléfono acurrucada en el suelo, a oscuras. Tuve que pasar por encima de ella y luego avancé sintiendo su mirada sobre mi espalda mientras palpaba la pared en busca del interruptor de la cocina. La luz se encendió en una cocina deslumbrante como un quirófano. La nevera estaba en una esquina, ligeramente amarilla en comparación con los demás muebles. Con un desconchón en la puerta que parecía decorativo, hacía alarde de una señorial discreción, pero no me dejé intimidar y, después de rebuscar en la despensa en busca de pan, me dirigí hacia ella con determinación. La puerta se abrió con un leve chasquido.

Estaba llena de aire fresco y de quesos franceses. Manteniendo la puerta abierta con una rodilla, me comí medio camembert sin el menor escrúpulo; después, sirviéndome de un cuchillo, hice palanca debajo del recipiente del hielo hasta que aquel gélido corazón de aluminio se despegó con un estampido tan trágico que me hizo concebir el temor de haber acabado no solo con la nevera, sino con toda la cocina. Mientras seguía comiendo, abrí el grifo de agua caliente sobre el recipiente para separar los cubitos de hielo, luego los eché en la cubitera y regresé a la nevera. La puerta abierta le daba un aire ultrajado. Entonces rebusqué en el cajón de la verdura hasta que encontré un aterciopelado y verdísimo calabacín. Lo coloqué en la herida dejada por el recipiente y cerré la puerta con aires de circunstancia. No era el primer esteta que había dejado un calabacín en lugar del corazón y, en cualquier caso, era lo más parecido a una flor que tenía a mano.

La chica seguía en el oscuro pasillo, en el suelo, y estaba a punto de pasar por encima de ella cuando sentí que me agarraban de la chaqueta. Fue un gesto autoritario, hasta el punto de que, casi sin darme cuenta, me encontré con la cubitera en la mano arrodillado a su lado. Lleno de estupor, me di cuenta de que estaba llorando. Pensé en decirle algo, pero no se me ocurrió nada, de modo que me limité a permanecer a su lado, mientras una voz masculina, irónica y consolatoria, le repetía a través del aparato que de eso no iba a morir. La chica no decía nada. Se limitaba a llorar y a escuchar; después, cuando la voz desapareció, se levantó, se pasó el dorso

de la mano por su nariz y se fue a toda velocidad hacia el baño de Viola, dejándome el auricular para que colgara. No me lo tomé a mal. Conocía a sujetos así, hay gente con esa singular característica de pedir ayuda dando la impresión de hacerte un favor. Puse el teléfono en su sitio y volví a la sala de estar con la cubitera de hielo. Poco después comencé a sentir escalofríos. Sabía de qué se trataba. Uno de los efectos más desagradables del alcohol era que me provocaba una crisis en los centros termorreguladores. Fui a fumarme un cigarrillo junto a los restos de la chimenea, y al cabo de un momento volvió la chica. Su transformación resultaba asombrosa, nadie habría podido sospechar que un momento antes las lágrimas surcaban su rostro altanero. La mirada con la que me recorrió de arriba abajo hizo que me sintiera como algo parecido a un pañuelo de papel.

La velada terminó alrededor de las tres. Los invitados abandonaron sus sillones y se fueron como obedeciendo a una llamada. Todo sucedió tan deprisa que, en determinado momento, tuve la impresión de estar asistiendo a una película cuyo operador había empezado a proyectar los últimos metros el doble de rápido. Pero tal vez eso fuera también un efecto del alcohol, no lo sé, solo sé que en un cuarto de hora la habitación se había quedado en silencio mientras una cortina palpitaba frente a una ventana abierta y el tocadiscos zumbaba en vano bajo una pila de vasos vacíos y de ceniceros llenos.

Viola y la chica estaban confabulando en el sofá, Renzo chupaba una pipa vacía pensando en sus cosas y yo repasaba los títulos de un estante de libros. Cuando les llegó el turno a los cuadros colgados en las paredes, uno de ellos, un vagón de carga olvidado en una vía muerta, me trajo a la cabeza el viejo Alfa Romeo abandonado al otro lado de la ciudad, y lo dije.

—Tú quietecito —le mandó Viola a Renzo, que estaba a punto de levantarse de su sillón—, Arianna puede acompañarlo. Llevo toda la noche tratando de que caigan uno en los brazos del otro, ¿y tú quieres estropeármelo todo?

La chica, sin decir nada, empezó a recoger las cartas de la mesa, luego se fue al vestíbulo y Viola aprovechó la oportunidad para lanzarme una

mirada de complicidad. Un momento después reapareció. Llevaba un impermeable rojo de plástico que crujía con cada movimiento. Se metió la baraja de cartas en el bolsillo.

—Estoy lista —anunció, como si un pelotón de fusilamiento la esperara fuera.

En la puerta, intercambié con Viola las promesas habituales de llamadas telefónicas y también de una invitación oficial a cenar. En otros tiempos hubiera sido suficiente con que me presentara a la hora adecuada sin avisar siquiera.

—Tendrás que bajar andando —me advirtió Viola—, Arianna detesta los ascensores.

La chica no dijo nada. Empezamos a bajar las escaleras en silencio, y fuimos esperándonos delante de cada puerta.

Fuera, escalofríos y tenues sofocos recorrían el aire. Invierno y primavera se intercambiaban sus últimos embates. Las estaciones cambian de noche, sin que la gente se dé cuenta, y nosotros estábamos presenciando un espectáculo cuya grandeza era comparable únicamente al silencio en el que se producía. Era una de esas noches en las que no hay nada que no pueda ocurrir. A mi lado, la chica, remota, con las manos cruzadas sobre su impermeable, los ojos entrecerrados, inhalaba ansiosamente el aroma de los plátanos con la satisfacción de quien se encuentra en su propio jardín junto a un invitado ocasional. Para ostentar desenvoltura, miré al cielo.

Era negro, muy alto, surcado por grandes nubes en lucha.

OceanofPDF.com

Los relojes en las esquinas de las calles marcaban las tres de la madrugada cuando nos metimos en el coche. La ciudad se estaba secando bajo el viento nocturno, pero todavía había grandes charcos como lagos que el pequeño coche inglés bordeaba entre crujidos. La chica conducía en silencio, orgullosa de su perfil, y ya estaba pensando que saldría de su vida como de la de un conductor de autobús cualquiera, con un golpe de la puerta y una mirada al espejo retrovisor, cuando se sacudió el pelo y preguntó:

—¿Cómo dices que te llamas, *entonces*?

—Leo Gazzarra —contesté—, por ahora.

—Qué nombre más triste —dijo ella al cabo de un momento—, recuerda a batallas perdidas.

Para ser sincero, yo ese día no me encontraba en condiciones de replicar, así que me limité a rebuscar por si llevaba encima un cigarrillo. Como siempre a esas horas de la noche, me vi traicionado por la gasolina del encendedor. Lo chasqueé varias veces sin éxito hasta que ella me dijo que mirara en el asiento trasero, donde encontré esparcidos espirales antimosquitos, un ejemplar de *Por el camino de Swann* y un frasco de perfume francés.

—Cœur joyeux —leí en la etiqueta—, ¿quieres decir que no solo tienes uno, sino que además es alegre?

Su risa tenía algo de agradecido.

—Es mi antídoto —dijo—, ¿tú vives con alguien o qué?

—O qué —respondí.

—¿Siempre hablas así? —dijo ella.

Habíamos llegado a la avenida donde había dejado el viejo Alfa Romeo y no le contesté. Nadie lo había robado y estaba pastando en soledad.

—Es este —le indiqué—, gracias por traerme.

—De nada —dijo ella—, y perdona por la escena del pasillo. Esta noche estoy histérica.

Al final, acabó por decirlo.

—¿Y eso por qué?

—Oh, por nada —repuso mientras apagaba el motor.

En la avenida se estableció un silencio de cristal. Junto a nosotros, las casas parecían estar agazapadas en las aceras y, a pesar de que el cielo continuaba negro, sin matices, se podía sentir cómo la noche estaba orientándose lentamente hacia el amanecer, porque es de las tres en adelante cuando la noche remonta sus propios abismos, goteando sueños. Cualquier vigilante nocturno puede confirmártelo.

—¿Quieres uno? —preguntó, y me tendió un paquete de cigarrillos franceses, muy fuertes—, matarían a un búfalo a la carrera.

—No —respondí—, ya he tenido un día lo bastante malo.

—Mejor que no hablemos de días malos —dijo—, ¿tú tienes sueño?

Estaba al límite, a decir verdad.

—No mucho —dije.

—Yo para nada —repuso ella, luego se calló un momento antes de echarme una mirada incierta—. ¿Alguna vez tienes miedo de olvidarte de respirar mientras duermes?

Eso fue lo que dijo, y cuando me eché a reír, parecía avergonzada.

—Bueno —dije—, los bares son los mejores sitios para los miedos. Conozco uno que está abierto toda la noche, aunque los parroquianos no sean de los mejores.

—Oh, ya sabes —manifestó ella como si no hubiera estado esperando otra cosa—, ¡mi nivel de exigencia se vuelve muy exiguo a ciertas horas de la noche!

—¿Lo dices por mí?

—No —respondió sonriendo—, tú eres muy simpático. ¿De dónde vienes? Aquí en Roma todos vienen de alguna parte, ¿lo has notado? —Su cambio de humor resultaba sorprendente. Ahora casi parecía expansiva—. ¡Qué ciudad más horrenda! —soltó cuando mencioné el nombre de Milán, luego, temiendo haberme ofendido, dijo que, eso sí, los tranvías eran estupendos y cada vez que iba tomaba siempre uno para dar una vuelta. Ella

era de Venecia, como ya sabía, de San Rocco, especificó, haciendo que me viniera a la cabeza *La Crucifixión* de Tintoretto y la batalla que un pintor con un nombre en diminutivo tuvo que librar para hacer un cuadro tan grande. Le pregunté por qué se había ido de allí.

—¿*Por qué?* ¿Acaso no lees los periódicos?

—¿Quieres decir que hablaron de tu marcha? —ironicé.

—¡Oh, solo los locales! —se rio—, ¡salieron con las primeras planas enmarcadas de luto! Por el mar —explicó después—, es terrible saber que te estás hundiendo en el mar.

La miré. Me gustaba mirarla. Tenía los ojos demasiado grandes y la boca demasiado fuerte, pero en conjunto eran ellos, los ojos y la boca, los que declaraban que el coraje seguía siendo el último recurso humano.

—¡*Pero si es amarillo!* —exclamó al ver pasar un automóvil. Conocía un juego, una especie de solitario sin cartas, que solo podía empezarse cuando se veía un coche amarillo en movimiento. Tras su paso había que formular un deseo y mantener el puño apretado hasta haber visto algo de ropa tendida a secar, un joven con barba, un perro con la cola corta y un viejo con un bastón. Era un asunto que iba para largo.

—Escucha —propuse—, dado que el asunto va para largo, ¿no sería mejor que nos fuéramos a tomar una copa y luego derechos a casa?

—Ya veo —dijo ella—, eres como los demás. ¡Ay, Dios mío! Pero ¿por qué la gente vive siempre como si la vida pudiera repetirse?

Dadas las circunstancias, no me quedaba otra que cerrar la boca si no quería quedar como un oficinista cualquiera, de modo que permanecí callado mientras entrábamos en una estación de servicio en via Flaminia. Algunos lentos y poderosos camiones pasaban como terremotos antes de perderse en la oscuridad, hacia el norte. Arianna hizo presión sobre el claxon con el puño cerrado. Al cabo de unos minutos salió de la garita un sujeto vestido de amarillo que se acercó pasándose una mano por la cara. Ella dijo con falso candor:

—¿No estaría durmiendo?

—No —respondió él—, estaba pescando un rato. —Pero Arianna no se dejó desanimar y le obsequió con una de esas sonrisas radiantes como si estuviera extasiada de que fuera *precisamente él* quien nos atendiera. El

sujeto se quedó tan aturdido que, sin que se lo pidiéramos, hasta nos limpió el parabrisas.

—Bien —dijo al arrancar de nuevo—, pero antes quiero comer algo. ¿Te apetece un cruasán caliente?

—Me apetece una docena —reconocí.

Conocía la noche como la palma de su mano. Un cuarto de hora después empujábamos la puerta de un horno escondido en un patio por la zona del Palacio de Justicia y entrábamos en un cándido infierno de harina y gente trabajando. Había hombres que cogían en sus manos flácidos amasijos de masa y los golpeaban contra las mesas como para castigarlos por su maleabilidad, y otros que los cortaban en pedazos antes de meterlos dentro de un horno. También había mujeres con pañuelos blancos sobre el pelo que removían contenedores llenos de crema.

—Ah, conque estás aquí, princesa —dijo uno de ellos—, ¿qué te apetece esta noche?

Arianna señaló muchos tipos de cruasanes bajo la benevolente mirada de la mujer que al final le llenó un cucurucho. Lo sujetó con las dos manos porque estaba caliente y resultaba agradable tocarlo, pero ello no le impidió robar una *madeleine* y darme un empujoncito cuando, al salir, les di las buenas noches.

—¡Pero a qué viene eso de buenas noches! —exclamó una vez en el patio—. ¡Esa gente lleva horas trabajando! —Suspiró—. Siempre tengo muchos remordimientos cuando me presento por aquí, pero a estas horas haría cualquier cosa por un cruasán caliente, ¿tú no?

Estaban calientes, fragantes y no tenían nada que ver con las tristes pastas de los bares que el resto de la ciudad, al cabo de unas horas, empaparía en sus capuchinos de oficinistas.

—Alguna ventaja ha de tener no contar con la seguridad social —dije, pero ella estaba completamente ausente y acompasaba la masticación de la *madeleine* con un meditativo balanceo del pie sobre los adoquines del patio—. ¿Estás buscando una baldosa suelta? —pregunté entonces.

Mi exhibición de cultura proustiana la sorprendió.

—Sería inútil —dijo escrutándome con curiosidad—, las *madeleines* ya no son lo que eran.

—Nada es lo que era.

—Es un buen comienzo —dijo—, sigue.

—Sí —admití—, es verdad. Estamos viviendo unos tiempos de lo más tristes, pero ¿qué le vamos a hacer? No hemos tenido opción.

—No —reconoció ella, conteniendo una sonrisa—, no la hemos tenido. ¿Alguna vez has pensado en la de placeres de los que nos ha privado el progreso?

—Pues claro. Beber leche de botellas de cristal, por ejemplo.

—Sí —dijo—, no está mal. ¿Y luego? —Entonces añadí lo de hojear los libros sin tener que quitarles el precinto de plástico, y ella replicó con hacer estallar las bolsas de papel y yo con cortar a mano el jamón, y ella con caminar sobre suelas de goma y con romper los adornos de cristal del árbol de Navidad. Cuando la arrinconé con el olor de los viejos sillones de cuero, cambió de tema—. ¿A ti cuándo te habría gustado nacer?

—¿En Viena antes del fin del imperio? —sugerí.

—No está mal —dijo ella mientras montaba en el coche—, yo en Combray. ¿Te importa conducir? Me apetece ver la ciudad desde las terrazas del Capitolio. —Llegamos en cinco minutos y fuimos a apoyarnos en el antepecho, justo por encima del Foro. Por debajo de nosotros, las plazas estaban desiertas y las basílicas soñaban, fundidas en el mármol, con el día del deshielo—. Qué tontería —dijo en voz baja.

—¿El qué?

—Sentir nostalgia por algo que nunca hemos tenido. —Se volvió para mirar a algunos vagabundos que dormían en los bancos, no le resultó difícil encontrar uno joven con barba para su juego—. En el fondo, los envidio —dijo—, forman parte de las cosas de la manera más natural. ¿Tú en qué trabajas? —Era difícil dar una respuesta, así que le dije que en nada—. Cómo que en nada —replicó—, todo el mundo trabaja en algo. Hasta yo, por mucho que no lo parezca. Estoy intentando acabar Arquitectura. ¿A qué te dedicas durante el día?

—A leer.

—¿Y qué lees?

—De todo.

—Cómo que de todo. ¿Incluso los billetes del tranvía, las etiquetas del agua mineral y las ordenanzas del alcalde para retirar la nieve? —se rio.

—Sí, pero tengo predilección por las historias de amor —dije.

Ella me tomó en serio y comentó que le parecían exasperantes, porque para que le gustaran tenían que terminar mal, y si terminaban mal no le gustaban. ¿Había leído la *Recherche*?

—No tengo el resuello necesario —contesté, y argumenté que Proust era uno de esos que debían leerse en voz alta. La idea la divirtió y quiso saber con qué otros habría que hacer lo mismo. Mencioné los primeros libros que se me vinieron a la cabeza, *la Biblia*, *Moby Dick* y *Las mil y una noches*. Me pareció una selección lo suficientemente *engagée*.

—Ya veo que tienes tus preferencias.

—Sí —dije—, Henry James Joyce, Bob Dylan Thomas, Scotch Fitzgerald y los libros usados en general.

—¿Por qué usados? —quiso saber, sin percatarse de la erudición de mis juegos de palabras.

—Porque cuestan menos y, además, porque puedes saber de antemano, con cierto margen de seguridad, si vale la pena leerlos.

—¿Y cómo es eso? —se interesó, y se sentó en el antepecho.

Entonces le dije que buscaba restos de pan, migas, trozos de corteza entre las páginas, porque un libro que se leía mientras se comía algo era bueno sin duda, o bien buscaba manchas de grasa, huellas dactilares y pocas dobleces en las páginas.

—Las dobleces hay que buscarlas en la parte posterior, hasta un libro que se dobla puede ser bueno. Si la cubierta es rígida, busco manchas, roces, rasguños, todos son pistas seguras —expliqué.

—¿Y si el que lo leyó antes que tú era un idiota?

—Hay que saber algo del autor —repuse yo, y luego proseguí diciendo que, en cualquier caso, parecía comprobado que, con el advenimiento de la televisión, la lectura se estaba convirtiendo en una actividad tan caduca que solo perduraba entre la gente con cierto grado de inteligencia—. Los lectores son una especie en extinción. Como las ballenas, las perdices y los animales salvajes en general —concluí—. Borges los llama cisnes

tenebrosos y sostiene que los buenos lectores son, a estas alturas, más singulares que los buenos escritores. Dice que, en cualquier caso, es una actividad posterior, más resignada, más civil, más intelectual. No — continué—, el peligro es otro. Los libros causan diferentes impresiones dependiendo del estado de ánimo con el que se leen. Un libro que en una primera lectura te parece trivial, en una segunda puede deslumbrarte solo porque mientras tanto has vivido una desilusión o has hecho un viaje o te has enamorado. Vaya, que te ha ocurrido algo.

Pues eso, ahora ya sabía con qué pedazo de esnob estaba tratando. Me había escuchado en silencio, con la mirada fija en la grava húmeda del jardín. Levantó la cabeza.

—Eres divertido, ¿sabes? Parecías tan *trágico* cuando has entrado en casa de Viola.

—Era solo que tenía hambre.

—¿Hambre?

—Sí, ¿has oído hablar alguna vez de eso?

—Claro que sí —contestó riéndose mientras caminábamos hacia el coche—, ¿no es esa cosa *de lobo* que te entra cuando tomas un aperitivo? —Cuando llegamos al coche, se sentó en el capó mirando a su alrededor—. Sería divertido vivir aquí —dijo—, pero no me apetece casarme con el alcalde.

—¿Dónde vives?

—En via dei Glicini —contestó, y se le iluminó la cara—, ¿sabes dónde está?

—Por la zona de viale dei Platani.

—Sí, y cerca hay una calle llamada via delle Lillà, que me gusta mucho, y también hay una via delle Orchidee —dijo, pronunciando los nombres de las flores como si las calles estuvieran pavimentadas con ellas—. Llévame a casa —me pidió, y me cedió el volante.

—Mira, hablemos en serio —dije, porque si había un lugar donde alguien como ella no podía vivir, era un lugar como ese. En vez de contestar, apoyó las botas en el parabrisas.

Yo estaba al límite, en cuanto a fuerzas, pero también quería saber qué se le pasaba por la cabeza, así que me dirigí hacia el innoble barrio de via

dei Glicini. No podía soportar aquel lugar. Era un barrio de calles desquiciadas, transitado por los tranvías más penosos que había visto en mi vida. Las casas recién construidas se caían a pedazos, y fétidas tascas alternaban sus rótulos con los de tiendas de electrodomésticos y talleres mecánicos, mientras pandillas de chicos a horcajadas sobre motocicletas asesinas probaban sus motores con un ruido infernal. Los cines vomitaban en las aceras una peste a desinfectante como para tirarte al suelo, y a todo esto no había un solo parque, ni un árbol, ni un parterre para proteger a los habitantes del bombardeo del sol veraniego, hasta el extremo de que esos nombres de flores en las esquinas de las calles acababan por dar la impresión de hallarse en el sueño de un loco. ¿Qué quería ir a hacer una chica como ella en un sitio como ese? Sin decir nada más, me metí por las largas rectas de la periferia con sus tenues luces de neón. A los lados, se erguían en la noche inmensas colmenas humanas, como imponentes cementerios. Arianna los observaba en silencio, con sus ojos excesivamente grandes.

Una vez pasado un desvaído parque de atracciones y la tapia de un instituto de formación profesional, el coche empezó a reflejarse en algunas tiendas de electrodomésticos. Deambulamos por el aire lívido hasta que encontré via dei Glicini. Era un túnel de ropa colgada, y ese objetivo, como mínimo, se había logrado. Por lo demás, era solo ruina y miseria.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó—. Te has equivocado de plano, es imposible que esto sea mi via dei Glicini.

—No hay otras.

—Sí que las hay —dijo. Luego, rápidamente, tomó el frasquito de perfume y se humedeció las muñecas y las sienes. El olor a lilas que invadió el automóvil tuvo el efecto de hacer más llevadera la visión de la calle. Un guarda nocturno vestido de negro venía hacia nosotros empujando su bicicleta a mano—. ¡Vámonos, *por favor!* —rogó con un gemido—, los guardas nocturnos me dan miedo.

Me agarró la mano y me la apretó con fuerza hasta que salimos del barrio. El caso es que ella, no solo no vivía en via dei Glicini, sino que nunca había estado allí, dijo. Esa mañana había leído un anuncio de alquiler de dos habitaciones y los nombres de las flores de la calle le habían hecho

pensar en un barrio residencial. En el mapa de la ciudad había visto que, como barrio, se hallaba un poco en la periferia, pero ¿cómo podía imaginarse que era un lugar *tan horrendo*? ¡Ay, qué desgraciada era! No comenté nada. Debía de haber apostado mucho por esos nombres de flores. Me pregunté en cambio de quién huía, porque no cabía duda: estaba en pleno despliegue de velas. De quién, me pregunté. Más tarde supe que era de su hermana. Esa mañana se habían peleado y ella había decidido irse de casa a pesar de sentir auténtico terror ante la idea de vivir sola. ¿Y se había ido llevándose tan solo un libro de Proust, unas cuantas cerillas y un frasquito de perfume?

—Y una baraja de cartas —dijo altanera—. ¿Por qué no? —No iba a ninguna parte sin su baraja de cartas, y en cuanto al resto, lo que había sucedido era que en la discusión se había olvidado de las llaves y no podía entrar.

Había algo en esa historia que me resultaba conocido. Estaba pensando en el tristísimo momento en que salí a la lluvia, esa mañana, cuando de repente me acordé de lo que me había olvidado. Así fue como ocurrió. Me había pasado todo el día de mi cumpleaños tratando de acordarme de que era mi cumpleaños.

—¿Qué? ¿Y te habías *olvidado* de algo así?

—Bueno —repuse—, los cumpleaños ya no son lo que eran. —Pero pensaba en todas las cosas que me había prometido hacer a partir de ese día. Luego miré al cielo, porque al parecer siempre hay que mirar al cielo cuando se cumplen treinta años.

—Debes de estar loco —comentó Arianna—, ¿cómo puedes olvidarte de tu cumpleaños? ¡Yo empiezo a hacer marcas en el calendario un mes antes! —Frente a un caso tan extraordinario como ese se había olvidado de *via dei Glicini* y de todo—. Tenemos que celebrarlo de todos modos —dijo—, busquemos un bar.

Y eso hicimos mientras el amanecer se asomaba a la ciudad. En el aire gris, grupos de personas esperaban a que pasaran los primeros autobuses. Era la hora en la que los estómagos de los que se han pasado de pie toda la noche requieren algo caliente, la hora en que las manos se buscan por debajo de las sábanas mientras los sueños se vuelven más vívidos, la hora

en la que los periódicos huelen a tinta y el día manda los relevos de los primeros ruidos. Era el alba y todo lo que quedaba de la noche eran dos sombras debajo de los ojos de aquella extraña chica que estaba a mi lado.

—Por todas las cosas que no hemos hecho, por las que deberíamos haber hecho, por las que no haremos —dije, levantando una taza llena de café con leche hirviendo.

Arianna se rio, comentó que le parecía un brindis quizás excesivamente *programático*, pero que en el fondo no estaba mal. Luego se inclinó sobre la mesa y me dio un beso en la mejilla.

—Y ahora —dijo, acomodándose en la silla de metal—, cuéntame algo divertido.

Estábamos en el bar de una terminal de autobuses. A nuestro alrededor flotaba un buen olor a café, ese buen olor que tienen los bares por la mañana temprano, y un chico esparcía serrín por el suelo entre los pies de algunos conductores que leían el *Corriere dello Sport*. Me sentía bien después del café con leche, aunque me dolían los huesos. Así que le conté mi historia de via del Glicini cuando durante cierto tiempo les estuve dando clases particulares de italiano a un grupo de chicos más dispuestos a gorronearme cigarrillos que a considerar *Los novios* algo distinto a un coito pospuesto. Durante la última clase se suponía que debía haberles explicado el subjuntivo, pero llevaba encima una borrachera de tres días y no podía ni sostenerme en la silla. Se dieron cuenta y empezaron a darme golpecitos en los hombros mientras yo, para ostentar desenvoltura, fingía divertirme. Al final, sin embargo, no aguanté y me derrumbé con estrépito en el suelo. Creo que me llevó de vuelta al hotel el padre de uno de mis discípulos colocándome de través en una moto, como un indio muerto, no lo sé, lo que sí sabía era que ni siquiera llegaron a pagarme las clases que impartí estando sobrio, y durante mucho tiempo barajé el plan de secuestrar a uno de los chicos y pedir un rescate. Arianna se rio, luego se detuvo de repente y se me quedó mirando por encima del borde de su taza. Me observaba con mucha atención, entrecerrando los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Nada —contestó ella—, me gustan tus ojos grises y me preguntaba si podría llegar a enamorarme de ti.

—No hace falta —dije, y encendí un cigarrillo por el lado del filtro—, puedes venirte a mi casa de todos modos y quedarte todo el tiempo que quieras.

—¿Lo dices en serio? —preguntó. La idea la entusiasmó y me aseguró de inmediato que no me causaría *la menor molestia*, que nos repartiríamos el alquiler porque ella tenía una renta de cincuenta mil liras, que no dejaba de ser algo, y que sabía cocinar maravillosamente el chateaubriand. En ese momento me entraron ganas de dárme las de listo y dije que ni hablar, porque me entristecía muchísimo pensar en un poeta que pasaba a la historia a causa de un filete, y entonces ella quiso saber si me importaban los estadistas, y nos decidimos por carne a la bismarck. Después quiso pasar al plan de nuestros días. Leeríamos, escucharíamos música y estudiaríamos, porque ella no tenía más remedio que volver a estudiar para obtener esa maldita licenciatura y regresar a Venecia, donde iba a formar parte de un equipo de técnicos que estaba trabajando en la salvación de la ciudad, solo que, ay, ella era incapaz de ponerse a estudiar, era tan desordenada, ¡pero *tan tan desordenada*! ¿Qué hora sería?, preguntó, a pesar de llevar en la muñeca un pesado reloj de hombre. «¿Cuál, este? Ah, un viejo reloj familiar». No daba bien la hora y nunca lo había llevado a arreglar porque así, al mirarlo, se llevaba siempre una sorpresa. Eran las seis en punto y marcaba las ocho menos cuarto desde quién sabe qué día.

—Voy y vuelvo —anunció, y se levantó para ir al baño. Estaba cerrado y tuvo que pedirle la llave al camarero. Cuando regresó, tenía cara de asco—. Se ve que lo cierran porque tienen miedo de que entre alguien y lo limpie —dijo—, ¿qué hacemos?

—Vámonos a casa, ¿no? —propuse, y logré desatornillarme de la silla, pero Arianna sacudió la cabeza.

Después de pasarse una noche fumando, lo mejor era ir corriendo hasta el mar para oxigenar los pulmones, ¿no estaba de acuerdo? Me preguntaba si había algo en el mundo capaz de destruirla, a ella y su fragilidad. Se puso al volante y al cabo de diez minutos corríamos por el tramo recto de carretera que llevaba a la costa, entre prados cubiertos de rocío y pinos que

se recortaban negros contra el cielo diáfano que iba adquiriendo color. Arianna, como presa de un ligero delirio, hablaba de los días que pasaríamos juntos, y yo, entrecerrando los ojos contra la luz, escuchaba el sonido de su voz pensando en cómo sonaría en la casa desnuda frente al valle. ¡Ay, Dios, aún podía salvarse algo en el mundo!

El mar se dejó ver de repente al final de la recta. Empezamos a bordearlo mientras aparecía y desaparecía entre los establecimientos costeros. A la izquierda, las pensiones y los hoteles exhibían fuera de temporada sus rótulos desvaídos bajo un viento fresco y tenso que agitaba las palmeras de los jardines. Reinaba un gran silencio, e incluso Arianna había dejado de hablar. Detuvimos el coche fuera del núcleo urbano al borde de la carretera. El cielo se estaba volviendo rosado pero el mar seguía gris, hostil.

—Siempre tiene aspecto de ir a pedirte algo —dijo al cabo de un rato—, pero es que el agua es así, también la lluvia parece estar pidiendo siempre algo.

Cuando bajamos a la playa, el viento se coló por debajo de nuestra ropa y se llevó consigo el poco calor que habíamos acumulado en el coche. Ella se estremeció.

—Qué frío —se quejó—, maldición. —Y echó a correr sobre la arena mojada, con las manos en los bolsillos del impermeable rojo.

En un momento estuvo muy lejos, mientras yo caminaba por la parte firme de la playa sobre una triste alfombra de algas secas y conchas vacías. El mar lamía mis zapatos y, poco a poco, bajo los golpes de la resaca se desplomó una última barrera y mis ojos corrieron hacia la roja marioneta de su impermeable, del que el viento me traía ruidos de cucurucho. Entonces puse mis pies en sus huellas y las seguí. El viento jugaba a un extraño juego cuando la alcancé, provocando que girara su hermoso rostro herido por la mañana, fue como si dejara de soplar y luego continuara. El impermeable rojo emitió nuevos gemidos mientras sus brazos se levantaron alrededor de mi cuello. Sentí el frío de las mangas y de repente me entraron escalofríos.

—¿Tienes frío? —me preguntó apretando contra mí su cuerpo, que era duro, diminuto y cálido. Dejó caer su aliento en el cuello de mi camisa, riendo suavemente, luego empecé a notar cómo se deslizaban sus labios

ligeros sobre mi mejilla—. Pobre..., pobre..., pobre... —dijo suavemente, burlándose—, qué te he hecho..., pobre... —Hasta que noté sus labios volverse poco a poco más tiernos en la sonrisa que se apagaba.

Ahora estaban sobre los míos, y entonces noté su lengua hurgando con tierna obstinación en mis dientes, separándolos. Después, con inefable lentitud, se separó y, muy despacio también, pensativamente, restregó los labios en la solapa de mi impermeable.

—¡Pero bueno! —se rio—, ¡no estarás pensando en hacer el amor! No me gusta nada *esta idea tuya*.

Se marchó dejándome solo con mi bochorno. Se acercó hasta un grupillo de pescadores que estaban arrastrando a la orilla una red. Ya a nivel del agua se veía claramente que el botín era bastante miserable y los pescadores blasfemaban en voz baja entre sí mientras el cielo rosado se volvía azul.

—Mira —gritó Arianna—, por favor.

Y entonces vi el sortilegio que estaba alterando la mañana. Un viejo caminaba por la playa arriesgándose a tropezar cada vez que levantaba su bastón para incitar a un perro sucio y pendenciero con la cola cortada. Arianna abrió el puño. Lo había mantenido cerrado durante cuatro horas.

—Ridículo —opiné, y con una torpeza que todavía hoy sigue torturándome traté de agarrarle la mano, pero ella se la metió en el bolsillo del impermeable.

Los rascacielos del EUR ya relucían al sol, Arianna se sacudió el pelo con impaciencia y bajó el parasol del coche.

—Uf —dijo—, hubiera hecho mejor en desear un par de gafas de sol. ¿Por qué siempre tomo las decisiones equivocadas? ¡Con lo que me gustaba la idea de ir a tu casa y, en cambio, tengo que volver a la de Eva!

Eso fue lo que dijo, sorprendiéndome por última vez. Así que la hermana de la que había huido era la tal Eva. Pero ¿qué forma era esa de escapar de alguien pasando la velada juntas? Dijo que no habían pasado la velada juntas en absoluto. No se habían dirigido una sola palabra durante toda la noche, ¿es que no me había dado cuenta? No dije nada. Estaba muy

cansado y seguía temblando. Me encontraba al límite, y todo lo que quería a esas alturas era mi cama en la habitación que daba al valle. Al fin y al cabo, si un día es el lapso de tiempo que separa el momento en el que te levantas de la cama del que vuelves a ella, sería suficiente con irse a dormir para poner fin a esa jornada. Que, por lo demás, había sido como de Santo Oficio.

—¿Te llevo hasta tu coche? —dijo cuando llegamos al centro.

Un sol bajo y afilado salía disparado desde lo alto de los tejados, astillándose en las ventanas de los edificios, en las fuentes y sobre la chapa de los coches. Las calles estaban secas y de vez en cuando vastas manchas de polvo señalaban los charcos desaparecidos.

—No, gracias —respondí.

Habíamos llegado a las laderas de Monte Mario y nos detuvimos para dar prioridad a una hilera de hombres que salían de un mercado. Sostenían estúpidamente grandes ramos de flores.

—Pero llámame, ¿eh? —dijo al llegar debajo de mi casa. La miré. Era de una belleza que hacía daño.

—Claro que sí —dije. Luego salí del coche y crucé el patio sintiendo una vez más, como en el pasillo de los Diacono, el peso de su mirada en mi espalda. Ya en el portal, me detuve para escuchar cómo el coche se alejaba. Cuando desapareció dejó un silencio insoportable.

—Buenos días, señor Gazzarra —me saludó la portera.

Dije algo y empecé a subir las escaleras mientras las piernas me temblaban. Los escalones me parecieron más altos de lo habitual y tropecé un par de veces. Eso me recordó otras ocasiones en que había subido de regreso por las angostas escaleras de los hoteles donde había vivido, en confusas mañanas de resaca. Como entonces, lo primero que hice al entrar en la casa fue calentarme un poco. Crucé el piso que apestaba a humo y a cerrado y, bajo la luz incierta que se filtraba a través de los postigos, fui a la cocina a coger la estupenda, hocicuda, abanderada botella de Ballantine's que reservaba para mis crisis de frío. La llené de agua hirviendo, luego me tragué dos aspirinas y me dejé caer en la cama apretándola contra mi estómago.

Pero el frío no se me pasaba. Y entonces hice algo estúpido. Me eché a llorar.

OceanofPDF.com

Me levanté de la cama cuatro días después y, estornudando salvajemente, me monté en un autobús y fui a recoger el viejo Alfa Romeo con la sensación de que era una parte de mí que se había desgajado a causa de una explosión. De regreso me paré a comprar más aspirinas y algunas provisiones, y después me encerré en casa decidido a no salir hasta que el mundo se hubiera disculpado conmigo.

Hizo todo lo que pudo, a decir verdad. Los días eran tibios y el cielo, de un azul apaciguador, pero de alguna manera era precisamente la belleza del tiempo lo que no hacía más que aumentar mi angustia. Deambulaba por el piso presa de una invencible sensación de inutilidad. Incluso al ponerme a leer en el balcón o al encenderme un cigarrillo, me sorprendía preguntándome por qué lo estaba haciendo. Bajaba las escaleras solo para recoger el correo sin saber bien qué esperaba encontrar, aparte de los habituales folletos de detergentes que metía en el buzón de al lado. Una vez recibí una postal de Graziano Castelvecchio. Estaba en Creta y decía: «Aquí no hay más que piedras, no vengas». Otra vez, en cambio, encontré una carta de mis padres que, a fin de cuentas, hubiera preferido no recibir, y no tanto porque mi madre se quejara de que hacía un año que no me veía, sino porque mi padre me mandaba dinero para comprar una serie de sellos del Vaticano, y eso significaba para mí levantarme al amanecer y hacer cola frente a las oficinas de Correos de Su Santidad.

Pero a esas alturas era tan poco lo que podía hacer por él que a la mañana siguiente estaba yo también medio inconsciente a causa de los bostezos entre esa pequeña multitud de mesurados maniáticos que son los filatélicos. Serían las diez cuando, después de haber mandado los sellos por correo certificado, la belleza de la mañana me empujó a irme a leer al río. El pontón estaba desierto y me senté en una tumbona con un libro en las rodillas, pero no conseguía concentrarme y al final lo cerré y me quedé

escuchando el mullido ruido del tráfico que rodaba sobre los puentes, viendo pasar a los remeros que se deslizaban sobre la superficie del agua como enormes libélulas. Alrededor de las dos me entró hambre y fui al local del Signor Sandro. La primera persona que divisé fue a Annamaria.

—¡Anda, mira tú! —dijo al reparar en mí. No la veía desde que la despidieron del periódico donde trabajaba porque en la crónica del funeral de una personalidad de la ciudad, entre los nombres de los que acompañaban desolados el ataúd, había incluido también el del difunto.

—¿Qué haces tan lejos de casa? —pregunté.

—Ahora vivo por aquí —dijo—, en via, a ver, en via... —A veces daba la impresión de tener dificultades para recordar incluso su nombre, pero habíamos pasado muchas buenas veladas juntos.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—No lo sé. Desde que estoy a dieta, tengo un éxito con los hombres que no veas.

—¿Solo con hombres? —dije, recordando cierta historia con una conocida actriz de teatro.

Ella se rio.

—Cuéntame, ¿y tú con las chicas? —se interesó.

La punzada que arrastraba en pleno pecho comenzó a latir. Entonces me decidí, pedí que me dieran una ficha y me acerqué al teléfono. La voz masculina que respondió era muy concienzuda, y cuando pregunté por la señora, tuvo un profesional momento de titubeo. Al cabo de un instante oí la voz de Viola.

—Soy Leo —saludé, y ella soltó una de sus risitas—, deja de reírte cada vez que te llamo.

—Me río cuando me apetece —replicó ella—, ¿puede saberse dónde te has metido? Llevo una semana buscándote en ese maldito periódico tuyo. ¿Es que nunca vas a trabajar?

—Enfermo —dije—, estaba enfermo.

—No quiero saber nada de tus historias. Quiero que te vengas hoy a casa para hacerme compañía. Tomaremos té y acortaré algunas faldas viejas.

En el fondo era de lo que tenía ganas, y así, a las cinco, justo la hora en la que las marquesas mandan preparar la carroza y salen de casa, fui a verla.

Estaba sentada junto a la ventana, con el hilo musical encendido y varios centenares de faldas esparcidas por la alfombra. A un lado, el sofá de terciopelo blanco parecía una balsa abandonada. Me senté en él para tomar el té.

—Hoy Arianna ha preguntado por ti —dijo Viola mientras se quitaba una falda para probarse otra. Fue como si después de una semana un tambor dejara de sonar.

—¿Qué tal está? —pregunté.

—Está histérica contigo. Dice que la dejaste plantada bruscamente y que no has vuelto a dar señales de vida.

La verdad, había sido muy amable al contarlo de esa manera.

—¿Todo bien con su hermana?

—Por supuesto. No paran de discutir y de hacer las paces.

—Es una chica impredecible.

—Es hermosa, querido mío, y las personas hermosas siempre son impredecibles. Saben que cualquier cosa que hagan se les perdonará. —Recogió otra falda del suelo—. ¡Sí, desde luego! —suspiró—, es mejor incluso que ser rico, porque la belleza, querido, nunca apesta a esfuerzo y conquista, sino que viene directamente de Dios y eso basta para convertirla en la única auténtica aristocracia humana, ¿no crees?

—Muy profundo.

—Es una simple constatación —repuso—, últimamente no hago nada más que constatar, ¿a qué se deberá?

—No lo sé. ¿Has intentado ir a ver a un médico?

—Arianna lo haría —dijo riéndose—, desde que estuvo en una clínica ya no puede vivir sin ellos. ¿Sabes que estuvo a punto de casarse con uno? Luego se vino a Roma y no se volvió a hablar del asunto.

—¿Qué clínica? —Qué clínica quería que fuera, uno de esos sitios horribles donde la gente entra ligeramente nerviosa y sale enloquecida por completo. Encerrada allí, no hacía nada más que dormir y jugar al solitario. Cuando Eva se enteró, tomó el primer tren a Venecia y se la trajo a Roma. Me quedaba a cenar, por supuesto—. Muy bien —dije pensativo. Me sentía

como si hubiera sido yo de verdad quien la hubiera dejado tirada esa mañana—. ¿Por qué se pelean? —pregunté al cabo de un momento.

Oh, por muchas razones, una más fútil que la otra. Además, hay que tener en cuenta que, en lo que respecta a los nervios, Arianna todavía estaba un poco frágil. No puede ir a ninguna parte sin su frasco de perfume y su baraja de cartas. Una vez que se dejó olvidadas las cartas en casa estuvo deambulando por las calles llorando, ¿lo sabía?

—No —respondí—, no lo sabía.

—¿Puedo preparar la cena, señora? —Había ido pasando la tarde y el ocaso se desbordaba por las ventanas. Viola dio un respingo y encendió la luz materializando a un hombrecillo de voz profunda, con una chaqueta de rayas. Emergía de su tarde de libertad con expresión contrita.

—Creo que le pasa algo con el chico del panadero —dijo Viola cuando se fue—, hace quince días que nos obliga a comer galletas envasadas con la excusa de que son buenas para la línea. —Pero yo apenas la escuchaba—. ¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —contesté. Pasaba que Arianna estaba encerrada en esa clínica haciendo solitarios, eso pasaba, y esa angustia que yo llevaba encima y esa punzada en medio del pecho. Y pasaba que esa vida mía devaluada tenía que cambiar.

Se oyó el imperceptible ruido de un timbre, y al cabo de cinco minutos apareció Renzo.

—¡El viejo Leo! —exclamó dándome una palmada en un hombro—, llevo todo el día regodeándome por adelantado con la partida. —Estaba alegre, muy seguro de sí mismo y del hecho de que yo también quisiera jugar al ajedrez.

Me levanté de mala gana y me senté delante de él. Fue una breve y sangrienta batalla. Después de dos circunspectas aperturas me dejé llevar por mi angustia y provoqué algunos crepitantes choques de peones que me costaron un alfil. Así que desencadené los caballos y logré equilibrar el asunto encerrando al rey en un asedio desordenado. Parecía, con todo, a punto de hacer las maletas e irse hacia el sur, cuando la reina, prometiendo a algunos desesperados peones quién sabe qué secretas lujurias, organizó una salida que salvó el reino. Empezaron los largos duelos de espada de las

torres e intercambiamos estocadas hasta que fui yo el que acabó perforado. Renzo no pudo evitar sonreír. Frotándose las manos llamó al criado y pidió una botella de Chablis.

—¡Muy bien, mi amor! —dijo Viola en la cena, besándolo en la frente.

Renzo se quitó importancia con modestia exagerada y ella se echó a reír. Los observé. El Chablis estaba frío y era reconfortante, pero no lo suficiente para que yo pudiera soportar el impacto de sus ternezas. Durante toda la velada, frente al televisor, me sentí muy solo, hasta que la presencia contrita del criado sentado al final de la sala de estar acabó por exasperarme. Entonces me marché y me fui a ver al Signor Sandro.

Annamaria sí, había estado allí, pero se había ido hacía diez minutos.

Se acercaba el final de mes y tuve que empezar a ir al periódico con regularidad para pagar el alquiler sin verme forzado a disfrazar la voz por teléfono. Entonces, una tarde, sonó uno de los teléfonos de las cabinas y Rosario fue a contestar.

—Es para ti —dijo con cara de quien no tenía la menor intención de hacerme de secretaria. Era Viola, que me invitaba al teatro esa noche.

—Ponte el traje bueno —sugirió—, iremos todos muy elegantes.

—No sé si me apetece.

—Oh, claro que te apetece —dijo ella.

Así que me fui a casa conduciendo entre el tráfico nocturno. Encontré una nota en la puerta sujeta con una horquilla. «Estoy sola, soy rica y apetecible. ¿Te va una del Oeste? Claudia». La leí dos veces, luego me la metí en el bolsillo y llamé a la lavandería para que me mandaran las camisas. Lo hice todo con la mayor calma. Empecé por poner el tocadiscos en marcha y por desnudarme, luego desenterré un traje oscuro encargado en un momento de grandeza al sastre del conde Sant'Elia y extendí los pantalones debajo del colchón. En el baño abrí todos los grifos porque me gustaba oír correr el agua y me tumbé en la bañera a reflexionar. Cuando oí que llamaban los de las camisas, emergí envolviéndome en un albornoz rojo que Serena había olvidado llevarse a México. Comprobé que me hubieran cosido los botones de las camisas, pagué y fui a sacar mis pantalones de

debajo del colchón. Estaban perfectos, luego cepillé, con dos cepillos diferentes, la chaqueta y los zapatos y me vestí con la parsimonia de un torero.

Los Diacono llegaron tarde a la cita y entramos en el teatro en el momento en que aparecía en el escenario una niña que invocaba su juventud perdida. Era una penosa versión de *Tres hermanas*, que resultaba apasionante gracias a los desesperados intentos del director y de los actores por estropear el texto, y a la maravillosa e irónica resistencia de este. La tensión por la incertidumbre del resultado era tal que en el descanso todos salieron corriendo hacia el bar. Los amigos de los Diacono estaban todos allí, como es natural, y se las apañaban para formar un corrillo incluso entre la muchedumbre de cientos de personas sedientas. Eva, bajo la luz de una inmensa araña de cristal, vibraba. A su lado, el hombre pájaro sostenía dos vasos, de uno de los cuales bebía ella de vez en cuando unos sorbos distraídos. Él tenía la muñeca vendada con una correa elástica como si algún ornitólogo lo hubiera capturado para volver a ponerlo en libertad con esa señal para seguir sus migraciones. Arianna no estaba con ellos. No la vi hasta el final de la función, cuando tuve que arrojar me entre el gentío del guardarropa para recoger el abrigo de Viola, y ni siquiera me habría dado cuenta de que estaba allí de no haber oído su voz. Iba en compañía de un hombrecillo regordete, con gafas, y cruzaba el vestíbulo invocando un vodka. Todo lo que conseguí al verla pasar fue perder la buena posición que había conquistado ante el guardarropa, por lo que fui uno de los últimos en alcanzar la meta.

—He visto mozos de guardarropa mejores que tú —me reprendió Viola mientras la ayudaba a ponerse el abrigo—. Movámonos, porque tenemos que ir a casa de Eva para tomar una copa.

—Creo que me voy a ir a casa —dije.

—Solo tienes que intentarlo —dijo ella, así que fuimos a casa de Eva.

Era muy parecida a la de los Diacono, un palacete blanco, pero el jardín era más amplio y detrás de unos arbustos se abría de par en par una piscina vecinal vacía esperando el verano. En la sala de estar se veían la habitual profusión de sillones y algunos cuadros que incluían un De Chirico probablemente auténtico y un Morandi probablemente falso. En los sillones,

los habituales: había un seráfico cincuentón al que todos llamaban con un nombre muy largo a diferencia del muy corto con el que era conocido entre los escritores humoristas, un joven periodista de izquierdas llamado Paolo, quien, se rumoreaba, tenía una estrategia secreta con las mujeres, y un novelista con bigotes blancos y una villa veneciana en Friuli. También formaban parte del grupo la esposa separada de un locutor de televisión obligada a intentar suicidarse cada vez que quería cobrar la pensión alimenticia, un poeta barbudo y melindroso que trabajaba para el Partido Comunista, un simpático corresponsal al que le había dado un ataque al corazón en Latinoamérica y una actriz que solo hablaba de Compton Burnett. En el mismo sofá, esa noche, también había un joven con aire de ruso que tenía una guitarra, una modelo de alta costura enamorada de un fotógrafo homosexual y una decadente aristócrata enamorada de un piloto de Alitalia que nadie había visto nunca. A estos, que formaban el núcleo central, iban uniéndose por periodos más o menos prolongados otras personas de las que el grupo se incautaba para expulsarlas más tarde en una especie de recambio fisiológico que garantizaba su continuidad. Esto ocurría especialmente en invierno, porque en verano todos desaparecían en distintas direcciones. Amores de playa, viajes, aventuras, toda oportunidad era buena para que cada uno se fuera por su cuenta. Pero tan pronto como el cielo se volvía menos metálico y duro, tan pronto como los árboles empezaban a estremecerse ante un viento que acarreaba nubes, tan pronto como los días empezaban a despeñarse hacia los profundos, violetas ocasos de octubre, los teléfonos volvían a sonar a través de la ciudad y ellos reemprendían su búsqueda, exhaustos y dicharacheros.

—Entonces, ¿expiaste tu pecado? —me preguntó Eva. Su familiaridad me sorprendió—. ¿Qué me dices de Arianna? —Arianna no estaba en el salón y yo le conté lo que había visto en el vestíbulo del teatro—. Ah, sí —dijo ella—, estaba con el director del montaje. Arianna siempre tiene que involucrar a alguien en sus exigencias. —Así que debía de habérselo contado todo a ella también. Tal vez aquella misma mañana, después de nuestra noche en común, tal vez sentada en la cama tomando té y mordisqueando una *madeleine*. Hurra—. ¿Conoces a Livio Stresa? —quiso saber mientras agarraba el brazo del hombre pájaro que pasaba a nuestro

lado en busca de un reposabrazos en el que acurrucarse. Su nombre me dijo algo y poco después lo relacioné con un conocido tenista en declive. Había hecho cosas muy buenas unos años antes, jugando incluso de pareja con Pietrangeli, luego desapareció de repente de las listas oficiales de los torneos. Pues eso, ahora ya sabía adónde había ido a parar.

Arianna entró al cabo de media hora, abriendo la puerta de par en par.

—¡A Moscú! ¡A Moscú! —gritó, y por la cara del director que la seguía se hubiera dicho que durante todo el tiempo que habían estado juntos no había hecho más que remedar esa exclamación. Se había recogido el pelo y parecía muy contenta—. Dígame, Chebutikin —se interesó, dejándose caer trágicamente en un sillón—, ¿amabais a mi madre?

—Dime, Irina —habló Eva a su vez, acercándose a ella—, ¿quién está golpeando en el suelo?

—Es el doctor Iván Romanich. Está borracho. ¡Qué noche más turbulenta! ¿Has oído? ¡Transfieren al regimiento!

—¡Oh, no son más que rumores, rumores que corren!

—¡Nos quedaremos solas! Querida, mi buena hermana —dijo Arianna extendiendo sus brazos hacia Eva—, estimo y aprecio al barón, es una persona excelente. ¡Accedo a casarme con él, pero..., eso sí..., vayamos a Moscú! ¡Nada mejor en el mundo que Moscú! ¡A Moscú! ¡A Moscú!

El director intervino avergonzado diciendo que había confundido a los personajes y las carcajadas aumentaron. El escritor con bigotes blancos tosía como si se hubiera tragado uno, mientras Arianna y Eva contemplaban con ojos relucientes su éxito. Se sentaron en el mismo sillón, felices, insolentes y solas.

—Caramba, Arianna —comentó Eva después de haberme lanzado una mirada—, ¿este amigo tuyo siempre está tan serio?

—Es solo hambre —dijo.

—Esta vez es sueño —repliqué.

—Bueno —repuso ella—, pues yo tengo hambre. Acompáñame a la cocina —siguió diciendo, y me tendió una mano. La seguí y, una vez más, nos encontramos en un pasillo oscuro y luego otra vez en una cocina y yo de nuevo frente a una nevera. No dejaba de tener sus puntos fijos, la vida. Arianna habló mientras se llenaba un bocadillo con sobras de pollo—. No

creas que puedes tratarme de esta manera, oye —me recriminó—, ¿por qué no me has llamado? Tuve que pedirle yo a Viola que te invitara al teatro, ¿te das cuenta? No, espera —dijo levantando la mano libre—, no contestes. Vamos a mi cuarto. Odio comer en la cocina, hace que me sienta como una cocinera.

Me llevó a una habitación angosta con un estante atiborrado de libros que iba de lado a lado, revistas de moda, discos y algunas prendas de ropa interior que agarró y encerró en una cómoda con un encogimiento de hombros. El mobiliario, por lo demás, era escaso, una mesa repleta de reglas, escuadras y libros de arquitectura cubiertos por un velo de polvo, una cama y, en las paredes, una reproducción de Klee y una gigantografía de Picasso delante del caballete.

—Era la habitación de la criada —dijo—, pero desde el divorcio de Eva nos las apañamos sin ella.

Una puerta daba a un pequeño baño. En la jamba, una chincheta sujetaba una nota escrita a máquina: «8 horas despertarse y baño, 9 horas desayuno, 10 horas universidad hasta la una, comida y luego dormir hasta las 16 horas sin hacer trampa, 16.30 horas (después de haber hecho trampa) leer escribir cartas a casa estudiar sobre todo los materiales ligeros, 18 horas tienda de Eva, 20 horas libertad 24 horas ¡A LA CAMA sin excusas!».

—No te lo tomes demasiado en serio —dijo Eva asomándose a la puerta—, Arianna se pasa días enteros escribiendo planes.

—¿Perdona? ¿Y tú por qué te metes? —le reprendió Arianna.

—Claro que me meto —respondió Eva—, y es mejor que os vengáis para acá. Tú también debes ejercer de anfitriona mientras vivas en esta casa.

—Necesito hablar con Leo.

—Leo lo entenderá —fue la respuesta. Se quedaron mirándose con dureza la una a la otra mientras yo sentía el vivísimo deseo de estar en otra parte, porque si hay algo que no puedo soportar son las discusiones familiares. Arianna apartó los ojos del rostro de Eva dejando dos marcas rojas en él.

—¿Te vienes mañana a recogerme al concierto? —me dijo. Pregunté qué concierto. Me lo dijo.

—Si quieres —repuse yo.

—¿Cómo que *si quiero*? —En su voz se oía el ruido del granizo.

Me alcanzó un viento frío y aproveché para alzar velas. En la sala de estar me crucé con la mirada divertida de Viola, pero, aparte de ella, nadie más parecía haber notado nuestra ausencia. Estaban todos alrededor del joven con aire de ruso que cantaba canciones de aire ruso. Cuando regresó, Arianna fue a sentarse en el sillón más alejado del círculo que se había formado alrededor del cantante. La ira le había dejado una sombra en los ojos demasiado grandes. Me acerqué a ella.

—¿La cita sigue siendo válida? —dije, y le ofrecí un cigarrillo.

—*Si quieres* —dijo ella, y lo aceptó. Me di cuenta de que su mano temblaba ligeramente, pero cuando inclinó la cabeza hacia la llama del encendedor, su rostro ya había recuperado su altanería habitual.

Por la tarde, para mantener la calma, fui al cine, pero la película era mortífera y por primera vez los rostros demacrados y los trajines secretos de esa fauna derrelicta que puebla los cines a primera hora de la tarde me llenaron de una gran tristeza. Entonces salí y eché a andar por los callejones con los puños cerrados. Faltaba más de una hora para la cita y sentía con salvaje claridad cómo cada minuto que pasaba era uno menos en mi vida. Un cuarto de hora antes de las siete me situé enfrente de la iglesia donde se celebraba el concierto. Música de Mozart. A las siete se abrió la puerta para permitir que fluyera un goteo de personas que se extinguió inmediatamente en el callejón. No me moví y me quedé esperando. Volvió a abrirse y salieron dos chicos, luego algunas ancianas. Luego permaneció cerrada. Me planté de un salto al otro lado de la calle. Dentro, los últimos miembros de la orquesta estaban guardando sus instrumentos en los estuches y un sacerdote deambulaba entre los altares apagando las velas. El sacerdote me miró.

—Ya ha terminado —dijo.

Y yo volví a cerrar la puerta y me senté en los escalones sin saber qué hacer. La ciudad estaba tan vacía que podía oírse cómo envejecían los edificios.

Durante una hora y media no pasó nada. Entonces llegó ella. Iba en coche, con Livio Stresa.

—Lo siento, perdona —se disculpó desde la ventanilla—, es que nos hemos pasado toda la tarde charlando en la cama y no me he dado cuenta de la hora. —Pues eso, ahora que lo sabía ya podía estar alegre. Me levanté para sacudirme los pantalones—. ¿Estás enfadado? —preguntó mientras me montaba y me sentaba a su lado—, no digas que no, se ve perfectamente que estás muy enfadado. —Livio Stresa iba en el asiento trasero y me puso una mano sobre el hombro.

—Has de saber —dijo— que, para las dos hermanas, la hora de una cita es esa a la que hay que empezar a maquillarse. —El gesto no me sentó bien.

—¿Qué pasa si uno no se maquilla? —repliqué. Él retiró la mano y se puso a hablar con Arianna otra vez. De Eva, por supuesto, y de su tienda, a la que nos dirigíamos.

La tienda, por llamarla de alguna forma, era un pequeño apartamento en la zona de Trinità dei Monti que no rebosaba de cachivaches como las tiendas de antigüedades habituales, sino que tan solo exhibía unos pocos muebles. Se veía de inmediato que bastaba con vender uno para vivir un mes y me vino a la cabeza la tienda de mi padre, con su minucioso y paciente comercio de mariposas de papel, los gruesos catálogos, las lupas, las pinzas y ese suave olor a cola que se llevaba consigo también a casa.

—Pero, bueno, ¿qué horas son estas? —dijo Eva cuando entramos.

Sentados en algunos silloncitos estaban el joven periodista de izquierdas, el escritor humorista y la modelo de alta costura. Era muy alta, mucho más alta de lo que era la costura ese año. Estaban bebiendo unos aperitivos y Arianna robó dos aceitunas de un platillo.

—Nos vamos —dijo, ofreciéndome una. Eva protestó aduciendo que íbamos a cenar todos juntos, y cuando nos fuimos, no se molestó en despedirse de nosotros.

—Qué rabia —se quejó Arianna al salir—, ¿por qué no os caéis bien?

Fuimos a una cantina cerca de piazza del Popolo con las paredes llenas de botellas. Arianna pidió un jerez, pero estaba nerviosa y no se decidía a beberse.

—Qué desgraciada soy —dijo—, ¡nunca sé lo que hacer!

—¿Por qué no haces un solitario? —No sé por qué me salió aquella frase, y con ese tono. Sé que con todas esas botellas a mi alrededor me entraban ganas de beber y que tenía ganas de discutir.

Pero ella no reaccionó. Ella no dijo nada. Su cara valerosa tembló un poco y dejó el vaso sobre el mostrador. Luego hizo un curioso gesto de asentimiento con la cabeza y salió a la calle. No me moví. Tomé su vaso de jerez y me lo terminé lentamente, tratando de calmarme. Al cabo de un rato recogí mis trozos y salí yo también deteniéndome en la puerta para mirar el río de gente que discurría por la acera.

—Hola. —Estaba detrás de mí, a la sombra de un pequeño portal.

—Escucha —le dije—, creo que te quiero.

—¡Oh, por favor! —exclamó ella—, ¡no digas eso!

Y justo en ese momento sucedió algo, se oyó una suave explosión y un suave rodar mientras la voz de una mujer se alzaba sorprendida y el contenido de una bolsa de plástico repleta de naranjas rodaba por la acera. La mujer me pidió ayuda y yo, mecánicamente, empecé a rebuscar entre los pies de los transeúntes en un entrecruzarse de manos y risitas. Cuando terminé, Arianna se había retirado aún más en la sombra del portal. Entonces le di la espalda y nos quedamos así un buen rato, ella a la sombra y yo oliendo el aroma a naranjas que se me había quedado en las yemas de los dedos, mirando el río de gente a cuyas orillas nos aferrábamos.

—No vuelvas a decir eso nunca más —me reprendió con voz sorda—, *promételo*.

—Está bien —dije.

—Bien —dijo, y su voz salió de las sombras como el breve solo de una guitarra en medio de una orquesta, primero circunspecta, luego, de nota en nota, cada vez más brillante—, ¿adónde me llevas a comer?

—¿A Charlie? —Era el restaurante más de moda de la ciudad.

—Estás loco —replicó riendo. Luego recogió una naranja olvidada en la acera y comenzó a pelarla—. Vamos a un sitio cualquiera y sentémonos muy juntos, será suficiente.

—No será suficiente en absoluto —dije.

Tenía en el bolsillo el dinero del alquiler y ganas de gastármelo todo. Casi lo conseguí en un restaurante no muy distante, elegante y caro, con

camareros rígidos dentro de sus pecheras. Pedimos palmitos, filetes a la pimienta y vino de Borgoña.

—¡Qué delicia ser ricos! —exclamó ella—. ¡Qué sensación de seguridad te da! En Venecia no pensaba en ello, lo he descubierto aquí, en Roma. Pero en Venecia tenía a Eva, mientras que aquí ya no la tengo —dijo.

¡Porque yo no tenía ni idea de lo que había sido Eva en sus tiempos! Ahora se había convertido en una esnob histérica, pero ¡oh, ella no podía olvidar qué había sido de joven! ¡Dios mío, qué cosa más horrenda envejecer! ¡Ella no quería volverse vieja, *no quería*! Para nosotros, los hombres, era distinto, cuanto más envejecíamos, más fascinantes nos volvíamos, yo era *demasiado joven* para su gusto, ¿lo sabía? ¡Pero las mujeres! ¡Qué cosa más horrible envejecer, para las mujeres! Y, sin embargo, de no haber sido por Eva, ella se habría muerto o habría enloquecido por completo, ¿lo sabía? Con todo, ¿cómo podía perdonarle el haber arruinado a Livio de esa manera? Lo había forzado con esos coqueteos suyos y esas manías nocturnas a quedarse levantado hasta las cuatro de la madrugada, incluso en días de entrenamiento, hasta que dejó de jugar, y cuando lo dejó, ella se divorció. Porque Livio Stresa había estado casado con Eva, ¿no lo sabía? Eso me contó, y yo lo recordé en el vestíbulo del teatro mientras le sostenía el vaso, y me di cuenta de que, efectivamente, su vida debía de haber sido bastante desgraciada. Pese a todo, me sentía incapaz de no despreciarlo un poco. ¿Por qué no se iba? Menuda gente, no hacían más que tratar de dejarse con el terror que eso les producía.

—Bueno —dijo ella, descongelando con una sonrisa al camarero que le llenaba el vaso—, ya está bien de historias tristes. Cuéntame algo divertido, como la historia del subjuntivo cuando estabas borracho.

—No —me negué—, será mejor que nos vayamos de aquí. Podríamos coger malas costumbres. ¿Te apetece dar un paseo?

Ella contestó que le apetecía todo, así que salimos y comenzamos a vagar sin rumbo deteniéndonos de vez en cuando frente a algún escaparate iluminado.

—Oh —dijo al ver un vestido de seda con flores de colores que parecía haber venido al mundo solo para ella—, ¿por qué no eres rico? ¡Con lo que a mí me gusta comprar ropa!

De haber tenido alguna remota posibilidad de convertirme en rico, se hallaba lejísimos después de pagar la cuenta del restaurante. Le puse un brazo alrededor de la cintura y ella me siguió mansamente hasta que doblamos por un callejón donde me detuve para poner mis manos abiertas en su pecho. Sus senos eran pequeños, duros y conmovedores debajo de la blusa ligera. Se apoyó contra la pared mirándome con gran seriedad.

—¡Oh, te lo ruego! —exclamó—, sé amable conmigo. —Luego nos besamos despacio, repetidamente, apartando una y otra vez nuestros rostros para mirarnos, mientras el silencio era tan grande que podíamos escuchar el río que fluía bajo los puentes.

—Vámonos a mi casa —dije.

Estábamos en las sombras una vez más, y una vez más salió de la sombra aquella voz suya, grave al principio y luego brillante.

—¿*Estás loco*? —replicó riéndose—, no tengo ganas de hacer el amor, ¿tanto te cuesta entenderlo? —Me dio un último beso ligero en los labios—. Vamos —dijo, y me agarró de un brazo—, una vuelta en coche nos sentará bien a los dos. —Y mientras montaba en el coche preguntó—: ¿Estás enfadado? No digas que no, porque se ve perfectamente que estás *muy* enfadado. —Aún estaba sonriendo, y si lo hacía para irritarme, lo conseguía. Sin decir nada cogí el libro de Proust del asiento trasero. Tenía el aspecto de no haber sido tocado—. Quiero ver una cosa —dijo de repente, girando hacia el río. Se dirigió hacia el barrio umbertino y se detuvo frente a un chalecito de dos pisos, rodeado por un vasto jardín—. ¿Lo notas? —preguntó saliendo del coche—. Son las lilas. —Conocía bien ese olor, como conocía bien el chalecito. Era el de Sant’Elia—. ¿Te gusta? —quiso saber Arianna. La última vez que había pasado por delante, años antes, vi un cartel rojo que anunciaba que estaba de alquiler. Las ventanas habían sido pintadas y el jardín estaba mucho más cuidado de lo que estaba entonces. Se respiraba un aire de tranquilidad y privacidad inexistente en mis tiempos y me daba la impresión de ser un lugar diferente. No me gustó—. Bueno —dijo Arianna—, no será Combray, pero es un sucedáneo aceptable, ¿no te

parece? Viviendo en una casa como esta lo único que te apetece es escuchar música, cuidar las lilas y hacer mermeladas.

En cuanto a la música, el lugar era más adecuado de lo que ella podía suponer, pero no dije nada sobre el piano de cola de Sant'Elia; y entonces, en ese mismo momento, se encendió la farola al pie de la escalera. Una coral de Bach llegó hasta nosotros. Arianna puso gesto de atención y poco después apareció un hombre en mangas de camisa en la parte superior de la breve escalinata. Era alto, ágil, con un medio halo de canas alrededor de la nuca nudosa. Se parecía a Picasso, pero más alto, más joven, más duro. Durante un rato miró a su alrededor, luego silbó suavemente. Desde el fondo del jardín llegó de inmediato un ruido de grava suelta y ladridos, y luego aparecieron dos alanos que subieron corriendo por la escalera.

—Quietos —ordenó el hombre, pero tuvo que sufrir cómo lo asaltaban—. ¡Quietos! —dijo con mayor brusquedad, y los perros se agacharon, gimiendo de impaciencia hasta que el hombre les dio algo de comer—. Y ahora, largo —dijo el hombre. Los perros intentaron resistirse un poco mientras que la coral de Bach subía de volumen a través de la puerta abierta—. Y ahora, largo —ordenó otra vez el hombre, y los perros se alejaron, mirándolo con infinita melancolía, pero él les dio la espalda y en un momento todo terminó, hombre, perros, luz y música. Miré a Arianna.

—Vengo todas las noches —dijo.

—¿Por qué?

—No lo sé —contestó—, tal vez porque es un ritual y los ritos dan siempre una sensación de seguridad. Hay gente que va a la iglesia por eso. Yo vengo aquí.

—¿Quién es?

—Oh, un pintor.

—Se parece demasiado a Picasso para ser bueno —comenté, y en ese mismo instante me vino a la cabeza la gigantografía de Picasso colgada en la pared de su habitación. Qué mala suerte, no era por Picasso por lo que la había colgado de la pared. Me sentí lleno de furia—. Acompáñame al coche —dije.

—Oye, perdona —repuso sorprendida—, ¿no te parece que es un poco temprano?

—No —repliqué—, estoy cansado. Y además estos onanismos tuyos es mejor que te los hagas tú sola.

Su rostro se puso rígido.

—Por lo menos podrías intentar no ser vulgar —me reprendió.

—Sí —le dije—, podría.

Después no solté una palabra más, y entonces ella también se montó en el coche y aceleró. Cuando llegamos al viejo Alfa Romeo me metí en él sin despedirme. Ella hizo ademán de decir algo, luego se lo pensó mejor, cerró la puerta de un portazo y arrancó haciendo chirriar los neumáticos. Me quedé mirándola mientras desaparecía al fondo de la calle. A decir verdad, estaba en el límite, y para no ir a parar a un bar me marché inmediatamente a casa. Lo primero que hice fue encender la radio y despejar el sillón acercándolo a la lámpara de mesa, luego puse un cojín donde estaba hundido, dejé los cigarrillos al alcance de la mano y abrí un libro tratando de abandonarme a esa embaucadora voz interior con la que leemos. Que es diferente para cada uno de nosotros si las almas son diferentes, e idéntica si son idénticas, pero en cualquier caso perfecta, sin disonancias, la voz no ejercitada que, tal vez, tenemos antes de venir al mundo gritando.

Cuando sonó el timbre de la puerta fue como si la casa se derrumbara. La descarga eléctrica se reflejó en el silencio del edificio con la violencia de una sacudida sísmica. Fui a abrir con el corazón alborotado. Ella estaba allí, en la puerta, sonriéndome como si fuera el viejo Bogart.

—¡Caramba, qué estruendo! —exclamó señalando el timbre—, he llamado al único letrero sin nombre de la puerta. —Entró echándose un vistazo en el espejo de la antecámara—. Vaya —dijo sacudiendo el pelo—, soy una *preciosidad*. ¿No te parece? —No contesté y se encogió de hombros, entrando en la habitación que daba al valle—. Así que es aquí donde vives —comentó mirando a su alrededor. El estado de la casa era de gran abandono, con las tomas de corriente fuera de las paredes, las cintas de las persianas colgando hasta el suelo, los periódicos acumulados en los rincones y la televisión estropeada enterrada bajo un montón de camisas sucias. También había un par de pantalones colgando de la manilla de una

puerta. Los cogí y los tiré detrás del sillón, pero ella se dio cuenta y fue aún peor—. Así que es aquí donde vives —repitió mientras seguía mirando a su alrededor—. Parece un refugio. ¿No tienes a nadie que te ayude? Una criada, tal vez. —Se sentó en la cama—. ¿Vas a decir algo o no?

—Sí —le contesté—, si no te gusta, puedes irte.

Permaneció un momento quieta, rígida, luego miró su reloj destartelado.

—Disculpa —dijo—, comprendo que es un poco tarde para ir a visitar a la gente. —Me di cuenta de que se había quitado los zapatos y tuvo que levantarse para ponerse a buscarlos debajo de la cama. Entonces yo me acerqué y ceñí con mis brazos su pecho mientras aún me daba la espalda. No se movió—. He venido para acostarme contigo —dijo con voz un poco ronca.

Nos quedamos así, inmóviles, esperando que sucediera algo, que el uno o la otra hiciera el siguiente gesto. Al final abrí los brazos y ella, después de un momento de vacilación, empezó a desnudarse. Lo hizo sin mirarme, rápidamente, como si estuviera sola y fuera a acostarse. Mi corazón dio un vuelco cuando se quitó las braguitas y por primera vez en mi vida sentí pudor.

—¿Y tú? —preguntó cuando se hubo tapado con la sábana. Me senté a su lado—. ¿Todavía estás enfadado? —dijo con dulzura. Negué con la cabeza, aún tenía en mis ojos el brillo de su cuerpo y me sentí intimidado. Apagué la luz antes de empezar a desvestirme, y cuando estuve acostado a su lado, junto a su cuerpo pequeño y duro, sin tocarla, me sentí abrumado por la infelicidad—. Acaríciame —dijo suavemente, mientras la radio nos traía los gemidos del mundo exterior—, nada más, por favor. —Puse mi mano sobre su pequeño vientre plano, pero fui incapaz de moverla. Estaba helado y me sentía infeliz y no había nada en mí, ni un poco de esa tibieza que hubiera deseado más que cualquier otra cosa en mi vida, esa conmovedora tibieza que me recorriera el cuerpo para llevarme a ella. Y su voz, baja, implorante, era aún peor. En lugar de acercarla a mí, la volvía aún más distante, inalcanzable, y yo estaba gélido, inerte y lleno de tristeza. La radio continuó largo rato alternando descargas y murmullos con límpidos destellos de música, y era muy tarde cuando me levanté para apagarla. Arianna se había sentado entre las sábanas. Acurrucada en la cama, con la

espalda contra la pared, me miraba en silencio. Entonces yo también me senté frente a ella y nos quedamos mirándonos, escrutándonos, hasta que volvimos a tumbarnos. Pero nada había cambiado y al final ella se durmió.

Hacia el amanecer, el aire se volvió más frío y los árboles del valle se llenaron de cantos de pájaros. Arianna se despertó y estuvimos escuchándolos mientras en la habitación iba entrando la claridad. Luego se levantó para vestirse.

—Quédate donde estás —dijo, y me dio uno de esos besos ligeros suyos en los labios.

Pero yo me acerqué a la ventana del patio para verla de nuevo. Iba hacia la verja, encogida contra la luz del amanecer. Hurgó un poco con la cerradura, luego se subió al coche y se marchó. Volví a la habitación que daba al valle. La vista de la cama deshecha me encogió el estómago, así que lo retiré todo y volví a hacerla cuidadosamente. Pero las sábanas aún conservaban su aroma y fui a prepararme un té.

Mientras esperaba a que el agua hirviera, encendí la radio. Transmitía viejas canciones y noticias del mundo. En líneas generales, andaba bien de salud.

Me despertó el silencio. La casa estaba llena de luz, pero aunque era casi mediodía, no subía ni un solo sonido por las ventanas abiertas. Algo más debía de haber sucedido durante la noche, algo que aún estaba inevitablemente cumpliéndose. Salté de la cama y salí al balcón. El valle callaba bajo el peso de un cielo terso y estático y el aire no se movía, como aguardando un presagio. Me costó un poco entender que se trataba del calor. De repente supe qué hacer. Es extraño cómo los cambios estacionales provocan que nos entren ganas de hallarnos en un lugar distinto al que estamos. Será que el aire se vuelve diferente sugiriéndonos otros climas, será que nos damos cuenta de que el tiempo pasa y nosotros nos quedamos quietos, el caso es que cada vez que el tiempo cambiaba, yo sentía ganas de alzar velas. La mayoría de las veces no hacía nada. Esa mañana decidí alzarlas. Llené una maletita con un par de camisas y algunos libros y me puse a desayunar pensando en los lugares adonde podía ir con el dinero que tenía. No eran muchos, ni los sitios ni el dinero. Y el número de sitios se reducía cada vez más.

Le daba vueltas al norte. No a Milán, no era un regreso a casa lo que me hacía falta; pensaba, no sabía por qué, en el lago de Stresa, que en esa temporada tenía que estar lleno de azaleas y de viejecillos vestidos de blanco que bebían naranjadas leyendo periódicos a la sombra de los grandes hoteles, con Europa asomada a las montañas.

—Sí, no está mal —dijo Graziano Castelvechio cuando a primera hora de la tarde sonó el teléfono—, en cualquier caso, no vayas a Creta. No hay más que piedras. —Había regresado el día anterior o dos días antes, no se acordaba bien, se acordaba de haberme buscado, eso sí—. En todo caso, nunca tomes decisiones apresuradas. Te espero aquí —dijo—, esto es de una belleza impresionante.

La belleza era piazza Navona, y cuando llegué allí, me asaltó la estúpida y habitual idea de que el cielo que la cubre era más hermoso que en el resto de la ciudad. Vi de inmediato a Graziano. Llevaba puesto uno de sus legendarios trajes blancos y estaba sentado en una butaquita del bar Domiziano con la cara pálida vuelta hacia el sol, protegida por un par de gafas oscuras. Se había dejado crecer la barba y tenía las dos manos ocupadas, una con un vaso de cerveza y la otra con uno de *scotch*.

—No bebas de esa manera —dije acercándome a sus espaldas—, ¿no sabes que el alcohol mata lentamente?

—No importa —replicó—, no tengo prisa. —Era un viejo juego nuestro. Nos besamos en las mejillas y le pregunté por la barba. Levantó un dedo para indicarme que bajara la voz—. Estoy de incógnito —me reveló—, barba y anteojos negros. Como uno de esos músicos cenizos de *cool jazz*. —Le faltaba la droga, pero dijo que esas eran cosas de universitarios y un buen tándem era lo mejor de todo. Se tomaba muy en serio eso de la bebida. Una vez lo vi llevarse una cerveza a los labios y echársela en el cuello de la camisa. Yo no recordaba haber dado ejemplos tan clásicos de disimetría ni en mis mejores momentos.

—Es aquí donde te das a conocer —comenté—, nadie bebe por partida doble mejor que tú.

—Eso no es verdad —me rebatió, levantando los dos vasos—, también aquí ha cambiado todo. Ya no *scotch* a la izquierda y cerveza a la derecha, sino cerveza a la izquierda y *scotch* a la derecha. Sé más que el diablo, yo. ¿Qué tal estás?

—¿De quién te escondes?

—De mi mujer, chaval, recuerda que no me has visto —respondió—, pero no creas que me la pegas, te he preguntado qué tal estás.

—¿Cómo quieres que esté? —dije, dejando vagar la mirada por la plaza—. Bien, estoy bien.

—A esas horas había sobre todo viejecillos, niños en bicicleta y madres sentadas alrededor de la fuente. En los bares, a la sombra de la iglesia, escaseaban los clientes, que tomaban café mientras hojeaban los periódicos. Faltaban únicamente las azaleas y el lago. No había una sola cara alrededor que conociéramos, mientras que solo un par de años antes no hubiéramos

hecho nada más que ver amigos, hablar de una mesa a otra y movernos con las sillas en la mano para evitar que nos las birlaran. Esos tiempos habían pasado, solo los camareros eran iguales, los camareros siempre son los mismos pase lo que pase, y cuando vi al viejo Enrico con su cara de comediante sin éxito, pedí un zumo de naranja. Graziano sonrió con malicia.

—No creas que vas a poder jugármela —dijo—, ni se te ocurra pensar que vas a dársela con queso a tu mejor amigo. Sé bien que te encierras en el váter a hacerte tus reconstituyentes cuando se pone el sol.

—No —repliqué—, eso es mentira y lo sabes.

—Claro —dijo—, miento consciente de que estoy mintiendo. Solo que es triste volver a casa y ser recibido a golpe de vitaminas. ¿Puedes explicarme por qué lo has dejado?

—Miedo a conseguirlo.

—¿Conseguir el qué?

—Morir —dije.

Calló un momento, luego empezó a encenderse un puro. Le llevó bastante tiempo, y cuando terminó, me dirigió una sonrisa deslumbrante.

—Mira qué majo —comentó—, sabe más que el diablo. —Y volvió a estirar los pies sobre la butaquita puesta al sol. Pero por debajo de sus lentes oscuras escrutaba a dos chicos en la mesa de enfrente. Tenían el pelo largo y bien peinado, sandalias, cinturones y camisas indias. Se esforzaban por tocar la flauta. De repente, Graziano echó hacia ellos el humo de su puro—. Rebeldes del pífano —dijo.

Los dos chicos dejaron de tocar y se miraron el uno al otro. Luego, el más robusto, enseñándole la flauta, se dirigió a él amablemente:

—¿Quieres que te la meta por el culo?

Graziano, bajo sus gafas, sonrió.

—El sonido no cambiaría mucho —respondió. Entonces me levanté y dejé algo de dinero sobre la mesa. Conocía su manera de hacer las cosas, nunca sabía cuándo era el momento de parar—. ¿Has visto qué tipos? —dijo mientras nos alejábamos por debajo de los soportales—, pero los he puesto en su sitio, ¿no?

—Por supuesto —contesté—, les has dado una buena lección.

—Claro que se la he dado. No puedo soportar a los rebeldes esos del pífano. ¿Has visto lo guapos que son? Tienen unos dientes con los que partirían el hierro como el turrón, qué te crees. —Sus dientes eran pequeños y estaban descalcificados. Por eso seguía teniendo cara de pobre a pesar de los trajes de doscientas mil liras. Los dientes siempre denuncian la pobreza de nacimiento de una persona, los dientes y los ojos; y lo que se dice hambre, Graziano había pasado mucha durante la guerra. Tuvieron que operarlo dos veces antes de descubrir que lo que le daba tantos dolores de estómago era solo el recuerdo del hambre que pasó de niño. Nos habíamos quitado la chaqueta y paseábamos al sol.

—Así pues —dije—, ¿en Creta nada más que piedras?

—Y ni una honda siquiera.

—¿Piedras grandes? —pregunté, dándome cuenta de que tampoco esta vez le había ido bien.

—Piedras grandes, piedras pequeñas, piedras de todos los tamaños. ¡Un coñazo! —se quejó mientras entrábamos en Campo dei Fiori.

Empezamos a deambular entre los tenderetes del mercado, que era luminoso y estaba lleno de reclamos, solo la estatua de Giordano Bruno era sombría y silenciosa, pero tenía sus buenas razones. En Ponte Sisto Graziano no quiso cruzar el río porque se habría acercado demasiado a su mujer, que, como todos los estadounidenses en busca de folklore, vivía en el Trastevere. Yo apenas conocía a Sandie, con su talle repleto de aristas y una docena de años mayor que él. Hija de un rey de las salchichas, le había dado como dote un Bentley, un caniche azul, dos gemelas de quince años y un vago olor a humo. Graziano la menospreciaba, pero tuvo que dejar de hacerlo cuando empezó a ser incapaz de acostarse con ella. Todo ocurrió durante un viaje a su casa en Texas, cuando pudo darse cuenta de lo increíblemente rica que era. Desde ese momento ya no pudo tocarla. Impotencia de pismo, lo llamaba él. Esa era la razón por la que viajaban tanto, para que Graziano se distrajera, pero cuanto más viajaba, más pasmado se quedaba. El viaje a Creta, además, había resultado mortífero. Al cabo de un mes, durante el cual se suponía que debía haber terminado su novela, conoció a una chica griega llamada Niarcos y se largaron juntos llevándose alrededor de cuatro millones de su mujer. Los perdieron en un

cuarto de hora en el casino de Corfú. El plan era duplicar el capital, devolver el dinero a Sandie y perderse en alguna islita egea, pero Niarcos había desaparecido a la mañana siguiente del desastre en el casino y él tuvo que llamar a su mujer para que acudiera a desbloquearlo en el hotel donde lo tenían prisionero en espera de saldar la cuenta. Sandie se presentó con las gemelas, y cuando Graziano, por toda justificación, le refirió noticias reconfortantes sobre su Inerte Apéndice, recibió un golpe de su bolso que le dejó un ojo amoratado.

—Verás, Leo —siguió contándome tras quitarse las gafas para dejarme ver el ojo todavía ensombrecido—, ¡Niarcos era extraordinaria, te lo juro! Una buenorra lanzada que no te puedes ni imaginar. Nada de pariente de un jeque, ya sabes, solo del crupier, si acaso. —Se calló un momento, pensando en Niarcos—. Además —dijo—, ¿qué puedes esperar de la vida cuando lo primero que te dan al venir al mundo es una bofetada?

—Muy profundo —contesté—, ¿y luego?

—Y luego mal farío, chaval, más mal farío que con el Santo Oficio. Yo creía que una vez que había cogido carrerilla, el Inerte se pondría a funcionar otra vez, y pensando que era la única forma de calmarla, a Sandie, digo, la agarro y la lanzo sobre la cama. Muy viril, Dios santo. Pero qué va, allí estaba ella lista para perdonar incluso a Jesucristo y yo nada. Me quedé pensando en Niarcos como un economista apesadumbrado.

—Bueno —dije—, son cosas que pasan.

—Vaya, no me digas —comentó sombríamente. Después lo entendió—. Vaya, no me digas —repitió—, ¿le ha pasado también al viejo Manolete?

—Esta noche.

—Pobre chaval —se compadeció rodeándome los hombros con una mano—, ¿por eso quieres largarte? —No me apetecía responder y nos sentamos en el parapeto mirando el río, que corría sucio, plácido, indiferente—. Yo no sé lo bastante de los dioses —dijo Graziano en tono solemne—, pero el río es...

—No sé mucho de dioses, más supongo que el río es un dios pardo y fuerte^[1] —declamé—, eso es Eliot, chaval, no puedes citarlo así como así.

—¿Qué pasa, es que te crees que me vas a dar lecciones? Escucha esto: hosco, indómito, intratable, paciente hasta cierto punto —dijo levantando

un dedo—, ¿cómo es esa historia del mar y del río?

—El río está dentro de nosotros, el mar a nuestro alrededor.

—¡Qué chaval más listo! ¿Qué estás leyendo?

Cuando le dije que la *Ilíada*, levantó la vista hacia el cielo.

—¡Dios santo! Lo que hay que oír. Yo lejos, sufriendo las penas del infierno ¿y qué hace él? Lee la *Ilíada*.

—Lo he hecho para que a tu regreso tuviéramos algún tema de conversación —aclaré—, ¿no has estado en los mares homéricos?

—No te digo —replicó—, piedras y nada más.

—¿Y el mar? ¿Cómo era el mar?

—¿El mar? —Se lo pensó por un momento—. Pues lo teníamos todo en torno nuestro, el mar.

Recorrimos ese lado del río caminando bajo la pesada sombra de los plátanos. Nos parábamos de vez en cuando para mirar el panorama de las dos orillas, que cambiaba según las curvas del río, aunque siempre lo formaban cúpulas y puentes y viejas casas empapadas de luz, como conservándola para cuando llegara el crepúsculo, hasta que apareció Castel Sant'Angelo, más compacto y más oscuro respecto a lo demás, con el ángel encima, erosionado.

—Tenemos que hacer algo —concluyó Graziano—, ¿tú qué piensas hacer?

—Ya te lo he dicho.

—No sirve de nada, chaval. Debes tomar tus decisiones. No puedes seguir así.

—¿Qué pasa? —salté—, ¿tú también con la misma historia?

—Claro —respondió—, lo hago por la salvación de tu alma. No puedes seguir así —dijo señalando al ángel—, ¿qué piensas decirle cuando se te aparezca el ángel de los treinta años con la espada llameante y te pregunte por última vez qué pretendes hacer con tu vida?

Le respondí que arrojaría contra él a mi ángel de la guarda.

—Y va a ver lo que es bueno —dije—, está hecho una fiera.

Pero él se había perdido en sus propios pensamientos y permaneció callado. Continuamos hasta piazza del Popolo, donde en cada bar nos encontramos con un mensaje de su mujer, de los que hacía caso omiso,

garantizándose la complicidad de los camareros con propinas de vértigo. Pagaba sacando una y otra vez del bolsillo de su chaqueta un emocionante fajo de dinero.

—La novela está muerta —declaró de repente saliendo de un bar.

—Todo el mundo lo dice.

—La mía —puntualizó. Me dio pena, era el único punto de apoyo que tenía—. Demasiado difícil y demasiado inútil. Debemos ponernos a hacer algo consistente, de lo contrario ¿qué le contaremos al ángel? —Levantó su delgado dedo—. Ya es hora de que sepas cómo están las cosas de verdad. ¿Quieres que sea tu mejor amigo el que te diga la verdad sobre las cosas?

—Con la debida precaución.

—He desarrollado una teoría. Son unos inventos estupendos, las teorías, mucho mejores que las prácticas. Mira a tu alrededor —dijo mientras bajábamos por via del Corso entre la gente que salía de las oficinas—, ¿hay algo de lo que te sientas partícipe? No, no lo hay. ¿Y sabes por qué no lo hay? Porque pertenecemos a una especie extinta. No somos más que unos supervivientes. Eso es lo que somos —concluyó, y se detuvo para encenderse un puro. Porque, por si no lo sabía, habíamos nacido mientras la vieja y hermosa Europa ponía a punto su más lúcido, preciso y definitivo intento de suicidio. ¿Quiénes eran nuestros padres? Gente que se masacraba entre sí en los frentes de patrias que ya no existían, no eran nada más que eso. Nacimos entre un permiso y otro y las manos que habían acariciado las caderas de nuestras madres goteaban sangre, no está mal como imagen, o bien éramos hijos de ancianos, de enfermos, de alelados. En cualquier caso, de gente destrozada o destrozadora. Teníamos los padres más apesadumbrados de la historia.

—Habla por ti —repliqué, pero me vino a la cabeza el silencio de mi padre mientras arreglaba la silla en la cocina el mismo día que regresó a casa de la guerra, y no dije nada más. Solo tenía que echar un vistazo a mi alrededor, tras volver a casa nuestros heroicos procreadores habían montado el más opulento, festivo y vulgar banquete fúnebre de la historia de la humanidad. Habían tenido otros hijos, esos rebeldes del pífono que se disputaban las sillas, ¿y nosotros? Nosotros éramos un mal recuerdo, unos

supervivientes del matadero, y todo lo que podíamos hacer era conformarnos con las sobras.

—Y eso cuando hay suerte —comenté, pensando en el tarro de cacahuets de casa de los Diacono. Entonces pensé en el viejo Alfa Romeo y en la casa que daba al valle. Era verdad, todo lo que poseía eran las sobras de alguien. Excepto Arianna, pero a ella no la poseía—. Bueno —dije—, y nosotros los supervivientes ¿no podríamos materializar estos restos en una succulenta hamburguesa? Tengo hambre.

—Podría ser —dijo—, pero cuando se presente tu ángel, ¿qué vas a hacer?, ¿ofrecerle carne picada y cebolletas?

—Y una hoja de lechuga —respondí—, ¿tú qué propones?

—Una película —contestó—, hagamos una película, ¿qué te parece? La historia de uno que cuando el ángel se presenta para preguntarle qué quiere hacer con su vida va a su casa y mata a su padre. —Se quedó pensando un momento—. O podemos hacer una del Oeste, de las buenas —sugirió—, ¿cuál es el último grito en estos momentos?

—Las películas del Oeste —respondí—, ya tengo el título. *El último de los mohicanos*, ¿qué te parece?

—Viejo maricón de playa —dijo—, que no sea posible hablar nunca en serio con este tío. ¿No puedes ser un poco serio por una vez?

—¿Quién aporta el dinero?

—No te pongas ahora en plan funeral —dijo sentándose en las escalinatas de piazza di Spagna—. Sandie, ¿quién va a ser? Una vez que pueda proporcionarle las garantías necesarias. ¿No tendrás una polla de goma?

En la escalinata había azaleas, grandes macetas de azaleas por todas partes, y además estaban los pintores, los hippies, los turistas y los vendedores de collares. Una diáfana tarde romana se estaba reclinando sobre los tejados y el viento nos traía el aroma de las flores, soplando dentro de nuestras camisas. Graziano se había quedado callado, mustio, observando el tráfico alrededor de la fuente. El viento mecía su barba enrojando la punta del puro que sostenía suavemente entre los dientes. La ciudad nos acariciaba. Poco a poco dejó de resultarme difícil pensar en Arianna. Al fin y al cabo, no había pasado nada irremediable. Nunca pasaba

nada irremediable en esa ciudad, cosas tristes tal vez, pero no irremediables. Y, en cualquier caso, quería verla si iba a marcharme. A esas horas debía de estar en la tienda de Eva, haciendo sus solitarios.

—Alcemos velas —sugerí—, conozco gente por aquí cerca que podrían invitarnos a beber algo.

—Sobras —dijo—, nada más que sobras.

Luego se levantó y me siguió por la escalinata hasta que llegamos a Trinità dei Monti y tomamos por la calle que llevaba cuesta abajo hasta la tienda de Eva. Subimos las escaleras agarrándonos a la barandilla, luego empujamos la puerta de cristal, que se abrió haciendo sonar una campanilla. Allí estaban el escritor humorista, leyendo algo en voz alta, la modelo, Livio Stresa y ese tal Paolo, el periodista con su estrategia especial para las mujeres, sentado al lado de Arianna. Me recibieron como si fuera la cosa más natural del mundo que yo también estuviera allí con ellos.

Lo cierto es que no me resultó desagradable. Hice las presentaciones mientras Graziano, a quien le entraron unos repentinos escrúpulos de etiqueta, braceaba buscando una manga de la chaqueta.

—¿Qué tal? —dijo.

Arianna le sonrió. Él tuvo un momento de desconcierto y se abrochó la chaqueta tratando de acercarse a ella, pero tropezó con la alfombra y casi se cae. Ella se rio. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo borracho que estaba.

—¿Por qué no os sentáis? —preguntó Eva—, me parece más seguro.

Pero yo dije que teníamos que irnos enseguida, que teníamos un compromiso. Graziano me miró con estupor y luego me siguió la corriente y chupó la colilla del puro.

—Claro —declaró—, un montón de compromisos. Así somos nosotros.

—Solo un momento —pidió Arianna, dejando de descubrir las cartas sobre la mesa—, *¡por favor!*

—Si tienen cosas que hacer... —dijo Eva. Los demás se mantuvieron callados mirándonos con una sonrisa conciliadora.

—*¡Pero si acaban de llegar!* —exclamó Arianna. Algo en su voz alcanzó a Graziano en una parte muy sensible, porque volvió a mirarla mientras la sonrisa se le apagaba en los labios.

—¿De quién es? —preguntó sin apartar la vista de ella. Alguien se rio y él se irritó—. ¿Qué pasa? —dijo—, ¿es que no se puede hacer una pregunta? —Luego se calló de repente y se tambaleó buscando dónde apoyarse. Lo único que encontró a mano fue una mesita de café con un jarrón chino que osciló. Por un momento, todos pusimos cara de estar oyendo el estruendo de la caída. La de Eva, térrea, me hizo feliz, y sujetando a Graziano por un brazo lo acompañé a una silla—. No hay que sentarse nunca —dijo él levantando un dedo—, podría ser que no pasara nadie para ayudarte a levantarte. —Luego me apartó para ver mejor a Arianna—. ¿De qué hablamos?

—Del subjuntivo —dijo ella.

—¿De dónde vamos a cenar Leo, tú y yo? —dijo Graziano—. Leo es ese. Mi mejor amigo.

—Lo sospechaba —repuso Arianna.

—¿Pero no teníais un compromiso? —preguntó Eva, que se había recuperado del susto, pero aún tenía los labios apretados.

—Anulados —dijo Graziano—, anulados todos los compromisos. ¿Por qué no se viene usted también? Vámonos todos a comer algunas sobras de Charlie. Las sobras de Charlie son las mejores de la ciudad.

—Olvídalo —repliqué—, será en otra ocasión.

—Siempre dices eso, tú. Te conozco, sabes más que el diablo.

—Doy fe —intervino Arianna.

—Está bien, está bien —dijo él levantando el dedo—, nunca insistas. No es de buen gusto. Ahora me levanto —anunció, y luego empezó a convocar las piernas. Traté de ayudarlo, pero me rechazó y nos quedamos todos para asistir a su resurgimiento. Lo consiguió al tercer intento y Arianna se rio un poco.

—Si quieres ser bien servido, sítete a ti mismo, ¿no?

Él la miró.

—Si quieres ser bien servido, sítete por tu cuenta —dijo. Luego le besó su mano y también a Eva y a la modelo. Muy correcto, a decir verdad, pero demasiado tarde ya para salvar las apariencias. No nos quedó otra que alzar velas lo más rápido que pudimos. Arianna nos acompañó a la puerta.

—¿Qué tal estás? —preguntó con dulzura.

—¿Cómo quieres que esté? —respondí—, estoy de maravilla. —Se nos quedó mirando mientras bajábamos las escaleras y eso no nos facilitó las cosas, porque Graziano giraba continuamente la cabeza para mirarla. Fuera, las cosas iban mejor. El viento de la tarde lo reanimó.

—¿De quién es? —dijo de nuevo.

—De nadie.

—Imposible. ¿No es tu chica?

—No.

—Estupendo —dijo—, ahora me voy a casa, me ducho y empiezo a buscarla. —En cambio, fuimos a un restaurante en via del Babuino, donde entró pidiendo a grandes voces las mejores sobras de la casa. Luego se arrojó con la cabeza gacha sobre un enorme plato de macarrones con crema. Comía rápido, en silencio, como si estuviera haciéndose una transfusión—. Tú no me la das con queso —dijo de repente levantando la cabeza de su plato—, esa chica es tu novia.

A medianoche acabamos en una discoteca, un sitio oscuro y ruidoso como todos los sitios de ese tipo, llenos de fantasmas. Habíamos escogido una mesita alejada de los altavoces, pero no sirvió de nada y para hablarnos teníamos que gritarnos al oído. Quería marcharme, pero Graziano no perdía de vista un gran cubo fosforescente en medio de la pista donde bailaban algunas chicas de piernas largas. Una de ellas le gustaba y de repente se lanzó a la refriega pretendiendo que lo siguiera. Estuvimos un rato bailando los tres, sin que la chica pareciera sentirse incómoda. En realidad, en aquel sitio cada uno se movía por su cuenta como en las pistas de patinaje. De repente desde la oscuridad, se materializó otra chica que deambulaba sola por la pista y fuimos cuatro.

Logramos retenerlas a nuestro lado incluso cuando la música concedió una pausa y volvimos a la mesa, donde Graziano pidió una botella de champán que las chicas se pusieron a beber como si fuera naranjada. No estaban mal. Muy seguras de sí mismas, a decir verdad.

—Permitidnos que nos presentemos —dijo Graziano—, Gazzarra y Castelvechio. Los últimos de los mohicanos. —Una de las chicas preguntó

si formábamos parte de algún conjunto—. Sí —dijo Graziano—, del conjunto vacío. ¿Queréis más champán?

Pero preferían bailar, y las seguimos decididos a divertirnos. Poco después, aprovechándonos del número par y del hecho de que, al fin y al cabo, había habido champán de por medio, tratamos de abrazarlas, pero a ellas no les gustaba que les pusiéramos las manos encima y rehuían nuestros brazos mientras seguían contoneándose suavemente, lo que aún era peor. A fuerza de insistir, logramos que se detuvieran un rato mientras el *disc jockey*, con una gran ocurrencia nostálgica, puso una pieza de Presley de una docena de años antes.

—¿Lo oyes, Leo? —me preguntó Graziano guiñando un ojo por encima del hombro de su chica—. ¡El viejo Elvis! —Pero ella se había liberado con un gesto de impaciencia.

—¿Es posible que aquí sigan poniendo discos de setenta y ocho revoluciones? —se dirigió a su compañera. Preferían hablar entre ellas.

—Los discos son lo único que el progreso ha ralentizado —dije mientras volvíamos a la mesa. Me pareció un buen tema de conversación, pero entre ellas cayó como si hubiera hecho un comentario sobre el tiempo. Mientras bebíamos, lanzaban rápidas miradas hacia la pista.

—¡Por Dios, chicas! —exclamó Graziano—, hablemos de algo. Hacéis que me sienta como un viejo desgraciado de setenta años con todo este champán y vosotras con la nariz en alto.

Lo miraron con asombro, y tal vez habrían dicho algo si un jovenzuelo de pelo largo, vestido de terciopelo rojo, no se hubiera acercado a la mesa tendiéndole una mano a la chica de Graziano.

—¿Te vienes? —dijo. Cuando la chica se estaba levantando, Graziano palideció y, antes de que pudiera hacer nada, se lanzó contra el joven.

En la oscuridad y con la confusión, nadie se dio cuenta de que en nuestra mesa había una pelea. Fue un asunto breve, por lo demás. Graziano perdió sus gafas oscuras y se sentó con la camisa rota.

—¿Pero quién es este imbécil? —preguntó en voz alta el joven al que las chicas contenían. Nos dejaron solos—. Ahora se va a enterar este —dijo Graziano sin aliento—, se van a enterar estos rebeldes del pífano. Pero

cómo, ¿yo pongo el champán y él se queda con las chicas? Ahora me voy a dar una ducha, vuelvo a buscarlo y le parto la cara.

Pero estaba exhausto. Recostado en la silla jadeaba sin fuerzas siquiera para sostener el vaso. Tardó bastante en recuperarse y permaneció un buen rato observando la oscuridad mordiéndose el labio, luego se levantó y se dirigió hacia el baño. Pero se detuvo en medio de la pista y se subió al gran cubo fosforescente. Cuando estuvo encima, no se movió. Se quedó un rato mirando el suelo un par de metros por debajo. Cuando comprendí lo que se disponía a hacer, ya era demasiado tarde. No era la primera vez que lo veía jugar a aquello, pero pensaba que, con esa historia, por lo menos con esa, había terminado. Se balanceó un poco en el borde, luego se dejó caer al suelo boca abajo.

Me abrí paso entre la gente a fuerza de codazos. Tenía la cara sobre el linóleo, tan inmóvil que daba miedo. Alguien le estaba tocando un hombro, con esa cautelosa repugnancia con la que tocamos a los desconocidos que se sienten mal en medio de la calle. Le di la vuelta con toda la delicadeza posible. Tenía la barba embadurnada de sangre.

—Lucky Strike —dijo con calma. No fumaba otra cosa en momentos así. Trasladé la solicitud a los camareros que nos rodeaban y poco después llegó un Lucky. Se lo puse entre los labios.

—Dejadle fumar —les pedí a los camareros, que querían ponerlo de pie —, cuando haya terminado se levantará.

Y, en efecto, poco después me pidió que lo ayudara a levantarse. Lo acompañé al servicio y esperé detrás de la puerta a que terminara de vomitar, luego, con un puñado de papel higiénico mojado, le lavé la cara. Tenía un chichón con hematoma justo en medio de la frente.

—Dios santo, menuda leche —dijo tocándose con la punta de los dedos —, pon la mano encima, palpita como un corazón. —También traté de limpiarle la camisa, pero no hice más que empeorar la situación—. Olvídalo —dijo—, camisas tengo un montón. —Para salir, tuvimos que cruzar de nuevo la sala, pero no quiso que lo ayudara. Caminaba muy erecto, con el tronco rígido. Después de los intentos de suicidio se requiere siempre mucha dignidad.

Rechazó el taxi y empezamos a andar, pero se cansó enseguida y tuvimos que sentarnos en los escalones de una basílica que se erguía poderosa en una plaza desierta. Encendió un puro y dejó vagar la mirada por la tapia de la basílica hasta que, al ver una puertecita, se levantó para ir a ver adónde conducía. Nos encontramos en un claustro formado por unas columnas de pedrejón.

—Dios santo —dijo—, otra vez piedras.

Por encima de nosotros, se abrían unas altísimas bóvedas de ladrillo, y mirando hacia arriba podía verse el cielo estrellado fraccionado en círculos, elipses y triángulos como uno de esos mapas en los que están señaladas las trayectorias de los planetas. Estábamos curioseando cuando oímos en el silencio unos golpecitos en un cristal y un fraile se asomó a una ventana aún encendida.

—¿Qué desean? —preguntó en voz baja, amablemente.

—¿En qué piso está Dios? —dije yo. Graziano, en la sombra, se rio apaciblemente. El fraile guardó silencio un momento, pensando en cómo tomárselo, luego agitó el pulgar hacia arriba.

—En el ático —contestó—, pero ahora está durmiendo. ¿Quieren que le diga algo?

—Sí —respondió Graziano—, que hemos venido a buscarlo, pero no lo hemos encontrado. Ahora le toca a él buscarnos a nosotros.

—Intenten pasarse de día —dijo el fraile—, y ahora váyanse, pero no se olviden de cerrar la puerta. Buenas noches.

—¿Has oído al hermano? Es más listo que el diablo —comentó Graziano cuando salimos—, ¿dónde crees que podemos encontrar un taxi? Estoy al límite. —Cuando dimos con uno, nos dejamos caer en los asientos. Graziano comenzó a tararear la canción de Presley—. ¡Qué cacique, muchachos! Nunca ha habido nadie como él, ¿verdad, Leo? ¿Sabes lo que vamos a hacer ahora? Ahora vamos a ver a Sandie, la despertamos y le decimos que tiene que financiar nuestra película.

—Nos va a pegar un tiro.

—Qué va —dijo—, es una mujer de mundo, ¿qué te crees? Sabe que el hombre de la casa soy yo. Por lo menos en cierto sentido. Y además no tenemos armas en casa.

No hubo necesidad de despertarla. Sandie se encontraba de pie y no nos dejó pasar ni del vestíbulo, que ocupaba casi por completo una mesa de ping-pong. El maltrecho aspecto de Graziano no hizo más que acrecentar su ira. ¿Dónde habíamos estado? ¿Qué habíamos estado haciendo? Sandie tenía la cara cubierta por una capa de crema, y un pañuelo alrededor de la cabeza. No se encontraba en su mejor momento, en lo que a su apariencia se refiere, pero no parecía preocuparle y me costaba defenderme de sus arremetidas. Graziano, con una sonrisa maliciosa, había ido a sentarse en la única butaca de la habitación y nos miraba en silencio.

—Queremos hablar de cosas serias —dijo.

—No es el momento, Graziano —le recliné.

—¿Qué cosa seria? —preguntó Sandie entonces—, ¿esta es cosa seria! ¿Quién paga cuentas? ¿Quién paga cuentas todo el día? ¡Yo no mantiene a tus amigos y quiero saber quién paga las cuentas!

Sentadas en la mesa de ping-pong, las dos gemelas, despiertas ellas también, nos observaban en silencio masticando chicle. Graziano se percató de su presencia y se dirigió a ellas:

—¿Qué hacéis vosotras dos todavía levantadas? —Hablabas con todos los tonos posibles, dulce, paternal, preocupado, irritado, imperioso. Parecía un actor ensayando un parlamento difícil. Luego, de repente, se quitó el cinturón. Por un momento pensé que iba a usarlo con las dos vacas de la mesa, en cambio, se lo ciñó al cráneo antes de ponerse boca abajo en la butaca. Era su remedio contra la caída del cabello.

—¡Tú míralo a él! —gritó Sandie furiosa—, ¿de qué le sirve el pelo?

—No sé —dije—, ¿para peinarse?

Graziano se rio entre dientes y yo tampoco pude dejar de esbozar una sonrisa. Dada la hora, no estuvo mal como ocurrencia. Pero Sandie no lo apreció y empezó a chillar.

—¡Maricones!, ¡maricones!

Había llegado el momento de desaparecer. Hice una reverencia y me detuve en la puerta preguntando a Graziano si quería venirse conmigo. Seguía boca abajo.

—No, Leo —dijo—, acabo de volver y Sandie se ofendería.

Así que lo dejé allí, mirando la vida desde la posición más tolerable.

Pero yo estaba exhausto, a decir verdad, y cuando me vi en el callejón, de camino al Ponte Sisto, la emprendí a patadas con los contenedores de basura y la esparcí por el empedrado. El río estaba negro y, en la distancia, el faro del Gianicolo barría el cielo a intervalos regulares. En Campo dei Fiori estaban montando ya los tenderetes para el mercado del día siguiente y de una pila de cajas me llevé dos manzanas que me fui comiendo mientras caminaba hacia piazza Navona. La fuente resplandecía inmóvil con su fondo azul en medio de la plaza desierta. A esas horas, la plaza era estupenda, como consciente de su esplendor y de su propia e inútil supervivencia. Me senté bajo los soportales y me quedé mirándola esperando a que me entraran ganas de irme a casa. Pero las ganas no me llegaban, y entonces pensé en irme a ver el mar. Las calles desiertas me impulsaron a pisar a fondo el acelerador del viejo Alfa Romeo y llegué en menos de media hora.

Era vasto, inmenso, oscuro. Fui a sentarme en la punta de un muelle. El mar, a mi alrededor, fundía todas sus monedas, y a lo lejos, en la oscuridad, parpadeaban las luces de los barcos de pesca. ¿Cómo decía el viejo Kavafis? La ciudad te seguirá, decía, para otro sitio, decía, no esperes, no hay barco para ti, no hay camino, así como tu vida has arruinado aquí en este pequeño rincón, en toda la tierra la has corrompido^[2]. Era más listo que el diablo, el viejo Kavafis. Me fumé un par de cigarrillos pensando en la maleta que había dejado hecha en casa. Bueno, había llegado a donde quería llegar. No me quedaba otra que volver sobre mis pasos.

El cielo, desde una parte muy distante, empezaba a clarear cuando llegué a casa. Delante de la verja estaba aparcado un pequeño coche inglés. A esas alturas lo conocía bien. Y también a la chica que estaba dentro, dormida en el asiento.

—Arianna —dije—, ¿qué haces aquí?

Tardó un poco en darse cuenta de dónde estaba. Luego trató de sonreír.

—¡Oh, Leo! —dijo—, tenía miedo de que no volvieras.

El verano llegó con impredecible antelación. A principios de mayo, un cielo egipcio, sin una sola nube, se cernió algunos días sobre la ciudad hasta que nos encontramos casi por ensalmo en plena temporada. Los bares abrieron sus puertas de cristal, bajo las carpas frente al río las gramolas empezaron a rugir canciones incubadas durante el invierno y cientos de furgonetas volcaban hordas de turistas delante de las ruinas. Había empezado el largo, extenuante verano romano y yo había tomado mis decisiones. Le había pedido a Renzo Diacono que me consiguiera un empleo en la televisión. Se alegró mucho y me invitó a almorzar en Charlie para que firmara una instancia y para contarme todas las cosas estupendas que podría hacer una vez contratado. Estaba seguro de que yo era el hombre adecuado para la situación. No especificó cuál era la situación, pero, desde luego, estaba segurísimo de ello.

Mientras esperaba, iba a la playa con Arianna todas las mañanas. Ella no soportaba los establecimientos playeros, con toda *esa gente* bajo las sombrillas y sus radios portátiles, y por eso habíamos preferido explorar el litoral hacia el norte en busca de lugares tranquilos y de un poco de mar limpio. Solíamos encontrarlos, pero muy a menudo para llegar hasta allí teníamos que escalar las tapias de algunos chalecitos aún deshabitados, y allí, sobre el hormigón de terrazas soleadas o entre las rocas de algunas dársenas privadas, extendíamos nuestras toallas y nos poníamos a leer esperando el momento de bañarnos.

—No se puede negar —dijo Arianna— que los chalecitos siempre dan una gran sensación de seguridad. ¿Crees que, más tarde o más temprano, podrás comprarme alguno? La verdad es que me haría falta un chalecito —suspiraba, tumbándose al sol.

Al principio se traía sus libros de arquitectura, pero por lo general prefería hacer un solitario o tumbarse quieta para cultivar su propia pereza.

Desde el momento en que empecé a leer *Por el camino de Swann* en voz alta, los libros de arquitectura desaparecieron por completo de su bolsa de la playa y fueron reemplazados por un cojín que se ponía detrás de la cabeza para estar más cómoda mientras me escuchaba. Era estupendo leer al sol, y alrededor del mediodía, solo con los pantalones puestos, iba en coche al pueblo más cercano para comprar bocadillos y cerveza. Cuando volvía, ella estaba husmeando por las ventanas el interior del chalé o se había metido ya en el agua si el calor excesivo la había hecho superar su miedo a nadar sola. Sentía terror al ver que su sombra la seguía en el fondo y por lo general nadaba de espaldas. Hacia las tres de la tarde nos íbamos, y en algún chalecito en el que habíamos estado especialmente bien dejábamos una nota de agradecimiento en la puerta.

Ya en la ciudad, yo me iba al periódico y permanecía allí hasta la hora de la cena, luego me iba a esperarla a Trinità dei Monti, entre los taxistas que jugaban a bacará en los capós de los coches, los vendedores de flores y los turistas. Por lo general llegaba tarde y yo mataba el tiempo leyendo el libro que llevaba en el bolsillo, pero al acabar cada página levantaba la vista para ver si venía. Y acababa viniendo, en efecto, caminando perezosamente entre la multitud, con la nariz arrugada de asco por los humos de los coches y los brazos cruzados para sostener el libro de arquitectura sin abrir. Me buscaba con la mirada y, al verme, frenaba un poco más el paso y, conteniendo una sonrisa de satisfacción, se paraba frente a un escaparate, o daba dos vueltas alrededor de una farola, o se volvía para mirar con insistencia a algún turista vestido de manera ridícula. Al final se me acercaba dándome un beso descuidado.

—Bueno —decía—, no vayas a creer que te quiero, a ver.

A veces volvíamos juntos a la tienda de Eva y eso significaba tener que pasar la velada con todos los demás. No sucedía a menudo, porque ya estaba claro que mis relaciones con Eva eran mortales. La visita con Graziano las había dejado de una vez por todas para el arrastre, porque, oh, Eva podía soportarlo todo menos a los borrachos, y se había enterado de que yo también, en mis tiempos, había ejercido tal vocación. Cuando estábamos todos juntos, evitábamos dirigirnos la palabra y yo me pasaba el rato charlando con los Diacono y con el escritor de bigotes blancos y, a

veces, incluso con la modelo de alta costura, pero solo para ver a Arianna revolviéndose hasta que lo dejaba. Después, no me hablaba durante una hora. La mayor parte de las veces, sin embargo, conseguíamos quedarnos solos y entonces cenábamos en alguna taberna al aire libre antes de ponernos a vagar por la ciudad, en la que no hacía calor, estaba animada y pululante de aventuras y de citas frente a los bares y alrededor de las fuentes. Por lo general deambulábamos en busca de iglesias barrocas, porque Arianna tenía en la cabeza una tesina que demostrara que Borromini había sido superior a Bernini, y de una forma u otra acabábamos siempre frente a la fachada del oratorio de San Filippo, pálida en la noche de los faros, exangüe y elegante como una señora que se alimentara exclusivamente de té. A pesar de no entender qué tenía que ver el barroco con los problemas hidráulicos de la salvación de Venecia, la seguía en esos vagabundeos suyos, besándola en la oscuridad de las iglesias, sus labios tan frescos como sus senos, solo para terminar en mi casa, donde dormíamos juntos hasta el amanecer, cuando ella se iba para estar en su cama cuando Eva se despertaba, y prepararse para la expedición a la playa del día siguiente. Hasta que una mañana encontramos nada menos que cuatro chalecos ocupados por sus legítimos propietarios y comprendimos que todo había terminado.

Una de las primeras noches de junio, Renzo me advirtió que al cabo de dos días empezaría a trabajar. A la mañana siguiente hice inventario de mi ropa y me di cuenta de que no poseía nada adecuado para la ocasión, de modo que decidí invertir el dinero que me quedaba en un traje nuevo. En las derrotas, nadie sabe bien por qué, el vencido siempre va más elegante que el vencedor, para obtener mejores condiciones, tal vez, o quizá porque, cuando ya no queda nada, se descubre que la apariencia no deja de ser algo, así que salí a dar una vuelta por las tiendas del centro. Encontré un traje blanco como los de Graziano. Desde luego, no era del mismo lino, es más, tal vez ni siquiera fuera de lino, pero quedarme, me quedaba bien. Me lo puse inmediatamente y fui a donde el Signor Sandro para llamar a Arianna.

—Tengo novedades. Necesito hablar contigo —le dije, y le expliqué dónde reunirse conmigo.

—Habla de una vez —me pidió ella—, no creerás que puedo resistir hasta que te vea.

—Intenta sobrevivir —le dije—, vale la pena.

Llegó con no más de veinte minutos de retraso caminando por la acera machacada por el sol. Sus tacones me penetraron en el corazón. Llevaba un vestido de rayas azules y blancas y era lo más fresco que había visto en mi vida.

—¡Vaya, menudo traje! —exclamó mirándome—, ¿y bien? ¿Qué pasa?

—¿Qué quieres beber? —me limité a preguntar.

Quería una granadina, le volvían loca las granadinas, y yo pedí dos especialidades del Signor Sandro, hielo picado con ron y zumos de frutas exóticas que se servían, dependiendo de la cantidad de azúcar, en un coco o en una caña de bambú.

—Una Virgen Perversa y un Bambú —le dije al Signor Sandro, y Arianna se rio.

—Una combinación muy sugerente —comentó.

Yo nunca me había fijado en el efecto de ese emparejamiento, y me reí también como un tonto mientras el Signor Sandro daba comienzo a los ritos de su preparación. Arianna, que se quedaba fascinaba ante cualquier ritual, lo observó con gran atención. Cuando el viejo barman se dio cuenta, su mano se volvió más ligera y elegante aún. Luego nos puso delante el resultado de su magia y se quedó allí a la espera del juicio. Arianna se inclinó sobre la pajita y aspiró dos o tres veces, luego levantó sus grandes ojos entrecerrados y sonrió. El Signor Sandro le devolvió la sonrisa e inclinó la cabeza. Se habían entendido.

—¡Eso sí que es un barman! —exclamó cuando, helados y un poco borrachos, salimos a la calle—, ¡estoy *loca* por él!

—Claro —le dije—, ¿no te vuelven loca todos los viejecillos?

—Menos historias, ¿qué es lo que necesitas contarme?

Pero seguí teniéndola en ascuas mientras caminábamos hacia piazza San Silvestro. Estaba tan nerviosa que se empeñaba en cruzar con los semáforos en rojo. Entramos en la librería Remainder's y empezamos a deambular entre las estanterías cada uno por su cuenta, pero de vez en cuando levantaba la mirada para observarla contra el fondo coloreado de los libros,

con su perfil impaciente y el pelo que la molestaba, y ese es el recuerdo más *significativo* que tengo de toda esta historia, si no el más hermoso, hasta que nos encontramos en la salida como al final de un laberinto, titubeantes, y le regalé un ejemplar de *Bajo el volcán* que nunca llegó a leer.

—Pero *a ver* —dijo agotada—, ¿quieres contarme a qué vienen tantas celebraciones?

—Voy a sentar la cabeza —declaré—, mañana empiezo a trabajar en la televisión.

Ella se quedó quieta, con los ojos clavados en la fotografía del libro, ese Lowry a orillas del lago con pantalones blancos deshilachados y una barbita triste.

—No sé si me gusta —dijo por fin.

—¿Por qué no? —pregunté.

—No lo sé —contestó—, tú eres tú.

Y con esta incontrovertible afirmación dio carpetazo al asunto, y se negó a hablar de ello durante el resto de la tarde. Por hacer algo fuimos a dar una vuelta mirando los escaparates de via Frattina, pero ella los miraba sin verlos. Estaba muy nerviosa, y cuando nos fuimos a cenar a nuestra habitual taberna al aire libre comió sin ganas.

—¿Por qué lo haces? —preguntó de repente.

—Porque estoy cansado de las sobras.

—¿Eso qué significa?

—Lo sé yo —dije, y ella se quedó en silencio jugueteando con la base del vaso. Estaba húmedo y lo usaba como un sello, dejando marcas circulares en el papel blanco que cubría la mesa.

—¿Estás seguro de que no lo haces por mí? No quiero que lo hagas por mí.

—Lo hago por mí —le contesté—, solo por mí.

—Ah, bueno, entonces —dijo.

Nos quedamos en silencio un rato, mientras yo sentía ganas de gritar, y cuando pedí la cuenta, lo hice en voz demasiado alta. Ella dejó de jugar con el vaso y me agarró la mano con fuerza.

—¿Vamos a tu casa? —preguntó. Tenía miedo, detestaba cualquier cambio, y habíamos tenido un mayo tan hermoso. De repente, me invadió la

esperanza de que al final todo acabaría saliendo como es debido y de que esa noche por fin sería todo diferente. Pero no sucedió así. Una vez más nos encontramos en mi cama consumiéndonos de caricias, auscultándonos, suplicándonos, buscando la palabra que nunca llegó a pronunciarse, no vayas a creer que te quiero, a ver, hasta que el amanecer nos encontró aferrados el uno al otro, entrelazados e inertes como dos mariscos.

—¡Por Dios, menudo traje! —exclamó Renzo bajando de su Mercedes frente al edificio de televisión.

Como principio, no podía ser más cenizo. Bajo el sol de la mañana mi traje se reflejaba en el edificio de cristal como dispuesto a hacerlo añicos, mientras a mi alrededor había una multitud de empleados con chaquetas azules y pipas entre los dientes. La mosca blanca, Dios santo. Las cosas fueron un poco mejor dentro, porque bajo la luz artificial mi traje destacaba menos. Para compensar, casi hacía frío, y el sudor nervioso que me provocaba el traje me congelaba la espalda mientras seguía a Renzo por un pasillo repleto de puertas. Nos detuvimos frente a la que tenía el letrero OFICINA DEL PERSONAL y entramos sin llamar.

—Buenos días, señor Diacono —dijo una empleada saliendo a nuestro encuentro—, buenos días, señor Gazzarra. —Evidentemente, me esperaban. La empleada era una chica eficiente, y tan pronto como entramos, ya había deslizado una ficha en una máquina de escribir—. ¿Apellido? —preguntó, a pesar de que acababa de pronunciarlo—. ¿Nombre? —Luego prosiguió preguntando el nombre de mi padre, y me acordé de él, y el de mi madre, y pensé en ella. Después quiso saber dónde había nacido, y me vino a la memoria mi tétrica ciudad, y luego la fecha del feliz acontecimiento, y pensé en mi cumpleaños, hacía tres meses, que me pilló al amanecer en un bar con café con leche caliente en la terminal de un autobús—. Pues esto es todo —concluyó la chica con una sonrisa que excluía cualquier amago de réplica. Era humillante ser fichado. Renzo me dio unas palmaditas en el hombro.

—Vamos a tu despacho —dijo, y me precedió hacia un ascensor que nos llevaría al cuarto donde iba a ganar en un solo mes una cifra que nunca

había visto junta en toda mi vida.

Era largo y estrecho, ocupado por dos mesas, en una de las cuales estaba sentada una agradable mujer de unos cuarenta años que cuando entramos se puso de pie. Estreché la mano que me tendió sin entender su nombre, pero pensé que con el tiempo lo aprendería. Además, se suponía que no me quedaría mucho allí, en ese despacho, pues tarde o temprano acabaría trabajando con Renzo. Durante un rato, mi amigo se entretuvo en cubrirme de elogios. La mujer escuchaba admirada, lanzándome de vez en cuando una mirada complacida a la que yo correspondía sonriendo con modestia. Pensé que acabaríamos intercambiándonos reverencias, y algo parecido sucedió cuando Renzo, después de otra palmadita en el hombro, se fue a su despacho, tres pisos más arriba.

—¿Está usted licenciado? —se interesó la mujer en cuanto nos quedamos solos.

—Sí —respondí—, en paciencia.

—Entonces llegará lejos aquí —dijo riéndose—, al fin y al cabo, verás, aquí hay tamaños imbéciles que basta con no ser un idiota para parecer un genio.

Debía de ser una contraseña, y no dije nada mientras me explicaba nuestro trabajo. Se trataba de elaborar un boletín sobre los programas en preparación destinado a la prensa nacional. Eso fue lo que dijo, y yo pensé en el mundo exterior. ¿Qué me pasaba?

—Aquí hace frío —dije sin medias tintas masajeándome los brazos.

—Ah, sí —confirmó ella—, el aire acondicionado está muy fuerte y siempre tiene ese efecto la primera vez. Por lo demás, no se puede hacer nada, la instalación es general.

—Me alegro por él —le dije, pero debía de haber agotado sus reservas de humor matutino, porque mi sutil agudeza no le arrancó ni la sombra de una sonrisa.

En cambio, me tendió un paquete de boletines para que me empapara de su estilo. Había leído cosas mejores, pero seguí hojeándolos hasta que el cansancio a causa de la noche de insomnio con Arianna y el clima

enrarecido me vencieron y me entraron auténticos escalofríos. Me pregunté si habría alguna posibilidad de conseguir en el bar una botella vacía de Ballantine's. Pero ¿dónde podía encontrar agua caliente? ¿Habría algo caliente allí dentro? Después no sería difícil usarla, podía hacerlo a escondidas, por debajo de la mesa sosteniéndola en mi regazo. Como un viejecillo en un mundo donde todos sus amigos han muerto.

—¿Sabe lo que podría hacer? —me propuso mi compañera de despacho mientras yo miraba hacia fuera, más allá de la pared de cristal, el sol que inundaba las calles—, podría ir al despacho del señor Laurenzi y ver si puede arrancarle alguna información sobre los nuevos telefilms importados de Estados Unidos.

—Me parece muy buena idea —dije con el entusiasmo apropiado—, ¿dónde puedo encontrarlo?

—Despacho doscientos doce. Aunque no tenga tiempo, espere.

—Tengo todo el tiempo que quiera.

—Me refería al señor Laurenzi —aclaró.

Me levanté sonrojado; si no tenía tiempo, me largaría al bar y me dejaría de historias. Salí de la habitación e inmediatamente me perdí en un laberinto de pasillos y de cuartos apretados unos contra otros, donde pude ver a secretarias trabajando y a empleados con los pies sobre la mesa fumando en pipa y mirando la televisión. También había un montón de gente paseando por los pasillos cogidos del brazo y dejando a su paso una estela de tabaco dulce mientras yo empujaba puertas que eran ventanas, abría ventanas que eran trasteros y pulsaba botones de ascensores fuera de servicio. En determinado momento, me di por vencido y me detuve ante un ventanal para mirar el patio interior, y entonces vi delante de mí una fachada rojiza, transparente, subdividida con la regularidad de un tablero de ajedrez, donde cada casilla era un despacho, algunos con la lámpara sobre la mesa, lo que significaba que era el despacho de alguien que dirigía algo, y cuantos más pisos se subía, más aumentaban las lámparas, porque, ya se sabe, desde arriba se dirige mejor. Desesperado, paré a una chica para preguntarle dónde estaba el despacho del señor Laurenzi. Era una de esas chicas que van por ahí como si fueran las únicas que tienen ojos y me miró como si fuera tonto antes de señalarme a un ujier, que dejó de mala gana su

Corriere dello Sport, qué buenos tiempos aquellos, para llevarme a mi destino.

—¿Qué pasa? —preguntó el tal Laurenzi en persona cuando entré en su despacho. Debía de tener más o menos mi edad, pero en su mirada no había ni un atisbo de solidaridad generacional. Mientras le decía lo que pasaba, escudriñaba mi traje blanco como si fuera una mortaja—. No tengo tiempo —replicó después. Tenía el aspecto de uno que ya se había topado con su ángel dándole la respuesta que se merecía. Le dije que no me importaba esperarle—. Aquí no —dijo, y le pregunté si en el bar le parecía bien. La desenvoltura de la respuesta lo sorprendió. Miró el reloj—. Sí, en el bar —dijo—, dentro de tres cuartos de hora.

Ahora era cuestión de encontrar ese dichoso bar, pero me dejé guiar por el instinto y tomé el primer ascensor que se iba a poner en marcha, y presioné el botón más alto. Cuando se abrió la puerta, me llegó de inmediato un reconfortante tintineo de vasos y de botellas. Seguí la llamada y terminé en una inmensa sala cuyas paredes de cristal otorgaban vistas de la ciudad a su alrededor. Pedí un tándem y me senté en uno de los taburetes que bordeaban el ventanal. Al cabo de una hora y cuarto, Laurenzi aún no se había dejado ver, y cuanto más tiempo pasaba, más evidente era que no se asomaría por ahí. Pero se me había dicho que lo esperara y yo esperaba.

Mientras tanto, observaba a la multitud alrededor del mostrador. Eran en su mayoría empleados fumando en pipa. Daba cierto aire distinguido, la pipa, y mientras charlaban le daban golpecitos contra los ceniceros, o la chupaban con el pulgar sobre el hornillo, o incluso hurgaban en este con un cortaplumas, morbosamente. Era todo un ajetreo de bolsas de tabaco, de dedos que lo extraían, presionaban, retorcían. Desprendían buen olor mientras yo miraba sus chaquetas azules, sus zapatos relucientes, sus corbatas moderadamente extravagantes y sus pipas. Me volví hacia el ventanal para observar la ciudad. El sol caía sobre Monte Mario, donde estaba mi casa con un balcón que daba al valle. Debía de hacer calor allá afuera, a la insuperable distancia de un palmo de cristal verdoso. Decidí que un segundo reconstituyente estaba más que justificado, y me dirigía a la barra cuando vi al director que acompañaba a Renzo el día que nos encontramos en el local del Signor Sandro. Llevaba el mismo impermeable

militar y, se podría decir, la misma borrachera. Sin preguntarme si me reconocería lo abordé. Me miró con los ojos entrecerrados, haciendo un esfuerzo. Luego dijo:

—¿Sigues respondiendo de tu vida? —Recordaba mi ocurrencia, con la feroz memoria de los alcohólicos para las nimiedades.

—No —respondí—, hoy no.

—Claro —dijo mirando a su alrededor—, cada día se vuelve más difícil. ¿Qué bebes? —Entonces vio los dos vasos—. Dios santo —dijo—: anda que no sabes nada tú. —Él bebía Pernod puro.

A las once de la mañana, sosteniendo nuestros vasos, nos abrimos paso entre la gente para llegar al ventanal mientras él tenía que saludar continuamente y recibir palmadas en la espalda de gente que lo llamaba solo por su nombre, Corrado.

—¿Qué estás haciendo en este sitio? —me preguntó mientras se sentaba en un taburete. Toqueteaba el ventanal como para probar su solidez. Le contesté que yo también trabajaba ahí—. Una vez le di un puñetazo —dijo distraído—, me partí dos falanges. ¿Y qué clase de trabajo haces? —También se lo dije—. Dos falanges, no es ninguna broma. ¿Por qué no te vienes conmigo a los estudios? Volverás cargado de noticias y de gloria. Serás condecorado en el campo de batalla mismo, ya lo verás.

—Está bien —acepté entusiasmado ante la idea de salir de ese lugar.

Nos bajamos de los taburetes y nos encaminamos hacia los ascensores. Se apoyaba en mi hombro con una mano, la otra la dejaba libre para saludar. Dentro del ascensor no conocía a nadie y se apoyó contra la pared. Cuando nos detuvimos en la planta baja, con una sacudida, el ligero retroceso le hizo abrir los ojos. El enorme vestíbulo estaba desierto y los porteros charlaban unos con otros mientras revisaban los permisos de entrada. Tuve miedo de que me bloquearan el paso preguntándome que adónde pensaba que me iba, pero no ocurrió nada de eso y, tras empujar las puertas de cristal, nos encontramos fuera, bajo la llamarada del sol.

Los estudios estaban a un par de kilómetros de distancia y cogimos el viejo Alfa Romeo. Corrado miraba el tráfico con los ojos reducidos a dos rendijas y el codo fuera de la ventanilla. El viento lo embestía llenando el

coche de remolinos de alcohol. Uno podía emborracharse solo con estar a su lado.

—Bueno —se puso a hablar de repente—, no está mal para el primer día. Ya verás como tendrás éxito. —Era sorprendente, había intuido lo que estaba pensando. Dije que si las cosas se ponían feas, me compraría una pipa—. Sí —dijo—, por lo visto funciona, solo que cuando está en el vaso, parece que nunca vaya a derretirse.

Pero era un tipo penoso como pocos. En la verja del estudio, los porteros lo saludaron como si fuera uno de ellos, y dentro sucedió lo mismo. Todos con los que se cruzaba lo invitaban a beber y lo saludaban como si fueran grandes amigos, pero en cuanto le daban la espalda, sonreían porque, aunque fuera el mejor director que la televisión había tenido, el único que podía entrar en el despacho del presidente sin llamar, todos sabían también que era un hombre acabado, y así lo saludaban incluso los perros. Hacia la una estaba completamente ido. Los pasillos rebosaban de gente extravagantemente vestida porque estaban rodando dos telenovelas históricas. Apoyado en la puerta de un baño vimos a un figurante vestido de soldado de Napoleón.

—Muy bien —le dijo Corrado, empujando la puerta—, ¿lo hiciste por tu emperador?

El otro lo miró sin comprender, pero puso una sonrisa idiota.

—Buenos días, jefe —saludó.

—¿Conoces la historia del soldado de Napoleón? —preguntó con voz pegajosa mientras se afanaba con sus misteriosos trajines en el retrete al lado del mío.

—Sí —respondí.

Era la historia de un lancero en Austerlitz, que avanzaba por delante de todos, entre el humo y los disparos de cañón, hasta que perdía las piernas y los brazos, pero continuaba avanzando, indómito, arrastrándose por el suelo con la bandera entre los dientes. Por la noche, en el hospital, Napoleón le dio una medalla mientras le preguntaba si lo había hecho por su emperador. «No», contestó el soldado. «¿Por tu bandera?» «Tampoco». «¿Por tu país?» «Por eso tampoco». «¿Y por qué lo hiciste?» «Por una apuesta», respondió el soldado.

—Bonita historia —dijo Corrado—, muy instructiva. —Luego se quedó en silencio y al cabo de un rato oí un ruido sordo y un gemido. Salí corriendo de mi váter y fui al suyo. Estaba apoyado contra la pared, sujetándose una mano hinchada y sanguinolenta contra el pecho. Había dado un puñetazo contra los azulejos de la pared y me miraba con los ojos llenos de lágrimas y estupor. Me estaba acercando para ayudarlo, cuando me di cuenta de que estaba a punto de vomitar. Apenas me dio tiempo de lograr que se inclinara sobre la taza—. Oh, Dios santo —gimió—. ¡Oh, Dios santo! —Luego me percaté de que no era él quien gemía sino yo. Cuando se dio la vuelta, prácticamente se me cayó encima. Fue un abrazo, pero sobre todo la necesidad de apoyarse en algo que no fuera la taza del váter.

—Siéntate —le dije—, voy a llamar a alguien. —Pero él negó con la cabeza.

—¿A quién quieres llamar? No hay nadie a quien llamar —gritó—. ¡Ya no tenemos un mundo! ¡No tenemos un mundo! —Y de repente un enorme y aterrador sollozo reverberó en las baldosas del inodoro.

Lo miré asustado. Dios santo, ¿cómo era posible caer en tal estado? Instintivamente empecé a retroceder hasta toparme con la puerta.

—Yo me largo —dije. En el pasillo vi al soldado de Napoleón. Parecía preocupado—. Ve a llamar a alguien —le pedí antes de echar a correr hacia la salida. En la acera me detuve un momento a calentarme al sol. Luego me monté en el viejo Alfa Romeo y me dirigí a piazza Navona.

El sol la inundaba. Era la hora de la pausa y me senté en el Café Domiziano para pedir unos sándwiches de queso con la esperanza de ver a Graziano. De vez en cuando levantaba la mirada hacia el reloj de la iglesia. Los sándwiches eran comibles, pero la idea de tener que volver a ese edificio me cerraba el estómago. Me fumé un cigarrillo tras otro observando el desplazamiento de las manecillas del reloj. A las dos y media, la cosa se volvió dramática, a las tres menos cuarto, después de un último intento de levantarme, cerré los ojos y conté hasta cien. Cuando los abrí de nuevo, era demasiado tarde para llegar a tiempo y sabía que, en lugar de al edificio de

crystal, iría al *Corriere dello Sport*. La idea de la agradable cuarentona que estaría preguntándose dónde me habría metido me hizo gracia. Entonces pedí otra cerveza y me puse a comerme los sándwiches pensando en cómo salir de esa.

—¡Dios santo, menudo traje! —exclamó Rosario cuando entré en el *Corriere dello Sport*—. Si hasta pareces alguien.

—Sí —le dije—, Lord Jim. —Luego le pregunté si seguía en pie la propuesta de un trabajo estable.

Él creía que sí, pero había que esperar a que llegara el jefe de sección. Estaba contento. Le hacía ilusión que trabajáramos juntos, porque con todas esas chicas alrededor se sentía como un gallo en un gallinero, y además porque podríamos repartirnos los turnos de noche. También el jefe de sección, cuando llegó, se mostró satisfecho de que me hubiera decidido. Era un mastín de ojos azules que tenía las manos sobre los brazos de su butaquita como conteniéndose para no saltar sobre ti. Me puse de inmediato manos a la obra y tecleé como un poseso en la máquina de escribir transcribiendo un artículo tras otro hasta que terminó el turno, entonces las chicas quisieron abrir una botella de vino espumoso.

—Te hemos capturado —dijeron, pero ellas también estaban contentas.

Lo peor vino cuando me encontré en la calle con toda la tarde por delante sin nada que hacer. No podía ir a casa, porque Renzo me estaría buscando y aún tenía que pensar en una excusa válida, así que me di una vuelta por los bares de piazza del Popolo en busca de Graziano, pero parecía haberse esfumado. Entonces pensé en Claudia. No sabía nada de ella desde que me dejó la nota en la puerta. Me hubiera gustado verla, pero no estaba del todo seguro. No es que pensara que se sentiría molesta, había pasado demasiado tiempo desde que tuvimos nuestra historia, y supuse, más bien, que su vida habría tomado un rumbo donde ya no se me esperaba. Cosas que pasan. Al final compré un ramo de flores y fui a esperarla debajo de su casa.

Vivía en una placita entre callejones del Trastevere y llegó a la hora de la cena, con una bolsa de plástico repleta de provisiones. Llevaba pantalones y una camiseta azul claro. Los zuecos, que usaba siempre en verano, volvían aún más oscilantes sus pasos, y sus hombros erguidos

hacían que destacaran sus pechos redondos. La dejé pasar sin que me viera, luego la seguí escaleras arriba y le agarré la bolsa.

—¡Gazzarra! —exclamó—. ¡Y flores! —Me echó los brazos al cuello y nos quedamos así, abrazados, bajo la mirada del portero. Ella se apartó para mirarme a la cara y, fuera lo que fuera lo que vio, no dijo nada. Cogió la bolsa y las flores y siguió subiendo las escaleras. Por la prisa con que lo hizo, supe que de verdad se alegraba de verme.

En el apartamento, al que entré solo mientras ella iba a recoger a Biondella a casa de la vecina, me llamó la atención el habitual olor a humo, cocina y agua de colonia que ya conocía. Me acerqué a la ventana. Una larga y dulce tarde de verano se extendía en la pequeña plaza donde, entre las mesas de las casas de comidas, los camareros esperaban la llegada de los primeros clientes.

—¡Menudo traje! ¿Dónde lo has robado? —me preguntó al entrar.

Al siguiente comentario sobre mi traje lo haría pedazos con unas tijeras de pollo. Claudia me pasó a la niña, la sujeté y fui a sentarme en el sofá. En esos meses había crecido, con esa inexorable y lenta premeditación con la que crecen los niños. No estaba segura de si me reconocía o no, pero al final se dejó llevar y nos pusimos a jugar mientras Claudia preparaba la cena. Al cabo de un rato, con su sabiduría habitual, vino a quitármela de los brazos y la metió en el parque. La trataba con tierna desenvoltura, y en el momento en que se inclinó, las dos cabezas rubias juntas me hicieron pensar que aquel tipo que la había dejado embarazada antes de casarse con ella y que había acabado muriendo en una moto había tenido en verdad muy mala suerte.

—¿Qué tal en el colegio?

Recurrió al viejo dicho:

—Como un elefante en una cacharrería —dijo.

—¿Siempre en guerra con los demás profesores?

—Siempre —contestó mientras yo empezaba a mirar en la estantería de los libros para ver si había alguna novedad. Encontré las cartas de Dylan Thomas a Vernon Watkins.

—De hacerle caso a él, se diría que Thomas se lo debe todo —dijo Claudia—, es una gran verdad que uno siempre se equivoca al morir antes

que los demás. Quita los deberes esos que tengo para corregir de encima de la mesa, es la hora —dijo, y yo aparté las redacciones de sus alumnos de la mesa. Habíamos pasado veladas muy buenas, en otros tiempos, corrigiéndolas.

—¿Qué vino tienes?

—Uno a granel de los mejores.

—Ni se te ocurra —dije, y me dirigí hacia la puerta. Bajé las escaleras y en una taberna conseguí que me dieran una botella de Soave ya fría.

—Era el vino favorito de Hemingway cuando estaba en Venecia, ¿lo sabías? —dijo Claudia mientras nos sentábamos a la mesa. Eso, no sé por qué, me conmovió—. ¿Qué te ocurre? —preguntó—, menuda cara tienes. No —añadió, poniéndome una mano en el brazo—, no me lo cuentes.

La niña dormía y comimos en silencio, escuchando los ruidos que subían por la ventana. Cuando sonó el teléfono, Claudia se estremeció como por un escalofrío y levantó enérgicamente la cabeza. Lo dejó sonar un par de veces, mirándome. Luego fue a contestar. «Hola», dijo mientras levantaba el auricular. Me dio la espalda y por un momento continuó respondiendo solo que sí y que no. «Sí», dijo de repente, «pero esta noche no. Lo siento». Al otro lado insistieron y ella se rio. «Lo siento», repitió, «pero te aseguro que no puedo. Mañana sí. Lo siento». Era difícil aguantarse y no hacerle señas para decirle que me iba. También fue poco honesto, pero no estaba en condiciones de permitirme ser honesto. Cuando volvió a sentarse tenía la cara en llamas.

—Bueno —concluyó—, pues parece que me ama... —Intenté desesperadamente encontrar algo ingenioso que decir, pero no se me ocurrió nada. Así que permanecí callado—. ¿Te quedas a dormir? —preguntó, poniéndome otra vez la mano en el brazo.

—Si me dejas.

Ella asintió, y se quedó absorta un momento, luego cruzó los codos y, con un solo movimiento, se quitó la camiseta ajustada sobre el suave y rotundo pecho desnudo. El corazón empezó a latirme de nuevo en el pecho. Parecía inerte desde hacía meses. En silencio también, se levantó de la mesa y se quitó los pantalones y las braguitas rojas, luego, con esos pasos danzarines que yo amaba por encima de todo, pasó junto a Biondella

haciéndole una caricia rápida. Cuando presionó una palanca, el sofá se transformó en una cama ya hecha.

Volví a sentir sus brazos alrededor del cuello y sus dedos en el pelo. Puse mi frente entre sus senos y nos quedamos así, inmóviles, hasta que la leve curiosidad de sus dedos empezó a explorar mi cuerpo, reconociéndome. Entonces, con un pequeño grito de rabia, empezó a mover sus caderas. Era un lento movimiento de llamada, tan antiguo como la resaca en una playa, y yo sentí el sopor olvidado que nacía de mi vientre encogido.

—¡Oh, Leo! —dijo suavemente—, ¡mi querido, querido, querido Leo! —Y se detuvo por un momento, justo a tiempo para que la aferrara, luego empezó otra vez a balancearse, acariciándome y llamándome largo rato—: Ven, Leo, ven, ven, ven, querido... —Hasta que en un momento dado se estremeció, arqueó el cuerpo y me clavó las uñas en la espalda.

Me quedé dormido de golpe, pero durante la noche me desperté varias veces. Una de ellas, Claudia fumaba en silencio, acariciándome el pelo mientras desde la ventana abierta nos llegaban las voces de los restaurantes de la placita, los ruidos de platos y el sonido melancólico de una trompeta desafinada. Me quedé escuchándola hasta que concilié de nuevo el sueño. Dormí hasta bien entrada la mañana, y me levanté en la casa vacía. Junto con el café ya preparado encontré una nota: «Quédate el tiempo que quieras». Estuve dándole vueltas tumbado en la bañera llena de agua tibia, pensé si quedarme o no, hasta que me di cuenta de que a esas alturas no podía hacer otra cosa más que marcharme de allí y no volver nunca más. Y así, como tantas otras veces, me levanté de su bañera por última vez, me sequé, me terminé el café y me marché cerrando con cuidado la puerta al irme.

Sentado en la terraza de su casa, contra el fondo de un atardecer rojo surcado por cientos de golondrinas, Renzo se mostró muy comprensivo. Afirmó que debería haberse dado cuenta de inmediato de que ese no era un lugar adecuado para mí. La situación resultaba embarazosa, un poco más y habría acabado pidiéndome disculpas.

—Bueno —dije—, ha sido un bonito sueño. No pensemos más en eso.

La risita de Viola resultó un poco forzada.

—¡Me temo que eres sencillamente irrecuperable, Leo! —exclamó antes de volver a dedicar su atención al pie descalzo con el que empujaba el sofá mecedora en el que estaba tumbada bebiéndose un zumo de naranja. Se hizo el silencio y tuve la sensación de que aquella historia le había costado a Renzo más de lo que le dejaba entrever.

—¿El caballero se quedará a cenar? —preguntó el criado tras aparecer entre nosotros con su habitual sigilo homicida. No ocultaba en absoluto su simpatía hacia mí y en la mesa siempre me insistía para que me sirviera dos veces.

—No —dije—, tengo un compromiso. —No era cierto, pero cuando uno nota olor a pólvora, una digna retirada arregla muchas cosas.

Ni Renzo ni Viola insistieron, así que me levanté para coger mi chaqueta. Renzo se limitó a preguntarme cuándo daría señales de vida para una partida y Viola me acompañó hasta la puerta.

—Llama a Arianna —dijo antes de que me fuera.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada —contestó—, pero ya sabes cómo lo dramatiza todo.

Me fui al bar del Signor Sandro para reunir valor para llamarla. Llevaba todo el día intentándolo y parándome cada vez en la última cifra. A pesar de tomarme un robusto reconstituyente, tampoco fui capaz de hacerlo desde allí, así que me comí una hamburguesa y me fui al cine. De vuelta en casa

me puse a leer, y serían las dos cuando, a pesar del zumbido de la radio, oí sus pasos en las escaleras. Fui a abrir antes de que derrumbara la casa a fuerza de timbrazos. Debía de haberse echado encima un frasco entero de perfume, vi de inmediato que estaba histérica.

—Estoy histérica —reconoció al entrar, luego me miró—. Pensé que te habían asignado el turno de noche en la televisión. Estuve hasta las cinco esperándote aquí abajo.

Que lo dejara, sabía perfectamente lo que había pasado.

—Déjalo ya —le dije—, sabes perfectamente lo que ha pasado.

—¿Yo? —se sorprendió ella—, yo no sé nada. —Al pasar por delante del espejo de la antecámara puso un gesto de hastío, porque si no podía, en ninguna circunstancia, dejar de mirarse al espejo, en ese momento estaba tan histérica que ni siquiera podía soportar su propia imagen. Siguió andando hasta el sillón y se sentó sobre el libro que había dejado abierto—. ¿Y bien? —dijo mirando a su alrededor, pero como siempre sin sacar consuelo alguno—. ¿Cómo se siente uno cuando ha sentado la cabeza?

Eso de que la gente fuera por ahí acordándose de mis ocurrencias empezaba a resultarme insoportable. Arianna no paraba de mirarme mientras yo sentía casi físicamente la presencia del libro debajo de sus muslos. Fue como si me leyera el pensamiento. Se movió lo justo para poder agarrarlo y lo tiró al suelo. Sentí que me invadía la ira.

—Recoge el libro —le dije.

—No —replicó—, no lo recojo.

—Recoge el libro —repetí.

Me miró desafiándome, luego se agachó para recoger el libro, pero una vez en sus manos no pudo contenerse y lo rompió tirándolo otra vez al suelo. Cuando volvió a mirarme, algo en ella se había roto.

—¡Oh, lo siento! —sollozó con los ojos llenos de lágrimas—, te compraré otro, de verdad. ¡Te compraré otro! —Le di la espalda y miré a la pared tratando de controlarme—. Sentía una angustia tremenda —dijo de nuevo—, ¡creí que te había pasado algo! —Me estaba clavando las uñas a mí mismo en las palmas de las manos.

—No ha pasado nada —le dije—, simplemente no fui capaz, eso es todo. —Ella recogía las páginas del libro esparcidas en el suelo.

—¡Oh! —exclamó—, ¿es que no podías hacer un esfuerzo?

—¿Para quién? —pregunté—, ¿para qué? Y además, hasta tú has dicho que yo soy yo.

—¡No es verdad! —dijo ella llorando—, ¡tú no eres un inadaptado!

—¿Quién ha dicho eso?

—Nadie —respondió rápidamente—, no lo ha dicho nadie.

—He encontrado trabajo como periodista —dije. Hacía falta valor para definir así el trabajo en el *Corriere dello Sport*, pero sentí la necesidad de revalorizarme de alguna manera. Ella me miró insegura.

—¿En serio? —preguntó—, ¿quieres decir que te han contratado en ese periódico deportivo? —Asentí y ella se pasó una mano por la frente—. Ah, entonces bien —dijo, y se tranquilizó. Luego se recostó en el sillón—. ¿Puedo quedarme aquí? No sé adónde ir.

Así que se había peleado con Eva.

—¿Te has peleado con Eva? —la interrogué.

Fue como destapar una olla a presión. ¡Oh! ¡Ya no podía más! ¡Basta! ¡Esos aires suyos de abeja reina la tenían harta! ¿No me había enterado de que ahora se había puesto a coquetear con ese fulano, ese humorista de nariz grande solo porque una de sus comedias había tenido un poquito de éxito? ¿Pero se podía llegar a ser tan esnob? Livio estaba literalmente hecho polvo, y ¿sabes lo que hacía ella? ¡Abrazaba a ese otro incluso delante de él! Y luego iba por ahí pontificando sobre los demás, ¡ella precisamente! Pero ¿qué estaba haciendo ahora?

—Mira —respondí dejando de desnudarme—, me voy a la cama. —Estaba al límite, a decir verdad—. Tú haz lo que quieras —le dije—, si no sabes adónde ir ahí tienes el sillón, pero para ya con esta historia. Me pone enfermo. Y luego no vengas con que estabas preocupada por mí.

—Claro que estaba preocupada por ti.

—Como quieras —dije—, como quieras. ¿Qué te apetece que hagamos? ¿Quieres cruasanes o quieres ir a ver el mar? Bueno, yo me voy a la cama. Estoy cansado de hacerte de pararrayos. —Eso le solté mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas, pero no dijo nada y me fui a la cama, volviéndome hacia la pared para no verla. Ella tampoco debía de soportar

verme, porque apagó la luz. La sala se vio inundada de inmediato por la luz de la luna.

Menuda noche. Por la ventana abierta entraba una brisa fresca y el sonido distante de los grillos, pero ella no se movió del sillón ni yo la llamé. Así nos pasamos buena parte de la noche, hasta que caí en un ligero duermevela repleto de sueños. Ya de día, me desperté sobresaltado, miré hacia el sillón. Estaba vacío y la habitación tenía un vago aroma a lilas.

Y, sin embargo, era agradable salir de casa por la mañana junto con los demás. Te hacía sentir ordenado. Bajaba con el viejo Alfa Romeo a la ciudad recorriendo una empinada cuesta bordeada de árboles tan exuberantes que te daban la impresión de cruzar un bosque, luego dejaba el coche en un aparcamiento y seguía a pie. Había en la ciudad, bajo un sol luminoso y fresco, una animación diferente de la exigua y febril de la noche, y el tráfico no tenía esa trágica tristeza de la tarde. Pandillas de chiquillos liberados de los colegios jugaban a la sombra de los monumentos, y en las puertas de las tiendas las dependientas hablaban en voz alta esperando el calor de la tarde. Los bares tenían su propia compunción, tal vez a causa de toda esa leche que se desbordaba de las tazas de capuchino, y solo la bollería fría me despertaba algo de melancolía. En efecto, había renunciado al placer del desayuno en casa y lo tomaba en el bar que había debajo del periódico, donde Rosario me esperaba para una partida de flipper antes de subir a trabajar. Incluso la estupidez absoluta del trabajo resultaba soportable, sobre todo porque en general no empezaba hasta una hora después de que entráramos, así que nos daba tiempo de leer los periódicos, fumarnos algunos cigarrillos y charlar con las chicas.

Esa misma tarde, mientras estaba transcribiendo la crónica de un partido de fútbol amistoso que había terminado, para consternación de nuestro corresponsal, en una pelea, volví a notar el aroma a lilas. Con los ojos fijos en el teclado y las orejas tapadas con los auriculares, solo disponía de la nariz para las conexiones con la realidad. Pero no podía equivocarme, era Cœur joyeux. Me di la vuelta de repente. Arianna estaba a mis espaldas. Pasaba por allí cerca y se le ocurrió acercarse a verme, ¿había hecho bien?

—Anoche nos comportamos como unos idiotas —dijo. ¿Qué estaba escribiendo? Me puse de pie para presentarle a Rosario y mantenerla alejada. No había nadie más en la gran sala de recepción—. Seguid trabajando, no os preocupéis por mí —se dirigió a los demás y se sentó en la silla del jefe de sección—, ¿no tenéis aire acondicionado aquí?

Rosario estaba nervioso. A la fuerza, ella llevaba puesto su vestido de rayas azules y blancas y le sonreía como para aturdirlo. A mí también se me habían puesto los nervios de punta, pero por razones diferentes. Temía que terminara descubriendo que en aquel lugar yo no era más que un triste mecanógrafo. Seguí tecleando el artículo lo más rápido que podía. De vez en cuando, al levantar la mirada, podía verlos charlar mientras ella miraba con curiosidad las cabinas con las paredes de corcho y las pintadas obscenas, los discos para grabar las conversaciones, tiernos y marrones, los imanes para limpiarlos, las máquinas de escribir con pedales y auriculares. Cuando uno de los teléfonos empezó a sonar y Rosario fue a contestar, ella se puso otra vez detrás de mí. Sentía cómo su presencia se volvía más pesada a medida que avanzaba la lectura de las imbecilidades que salían de mi máquina de escribir.

—No es un texto de Proust —dijo.

—Ni tampoco es mío —aclaré, cavando mi propia fosa.

—Pero cómo —replicó cuando le expliqué que tan solo estaba transcribiendo el texto de otro—, ¿*nunca* escribes nada tuyo? ¿No te mandan nunca a ver algo y a escribir sobre ello? ¿No redactas nunca ninguna columna, qué sé yo, algún artículo de fondo?

No entendía nada de periódicos, pero, de todos modos, me habría resultado difícil hacerle creer que yo era allí el director. Vi una posibilidad de salvación en Rosario, que se acercaba. Fue como aferrarse a un salvavidas de plomo, porque él, entendiendo al vuelo el asunto, se ofreció a explicarle con todo detalle el funcionamiento del departamento. Me puse otra vez a escribir a máquina sin perder de vista a Arianna. Ella se esforzaba por mantener la sonrisa en sus labios, pero cada vez que su mirada corría hacia mí se le caía al suelo antes de alcanzarme. Como Dios quiso, terminé y me reuní con ellos.

—Un trabajo de universitarios —estaba diciendo Arianna, y Rosario le contó que precisamente había muchos universitarios que venían a echarnos una mano el domingo cuando había más trabajo.

—Tráenos algo del bar —le pedí a Rosario.

Pero Arianna dijo que debía marcharse porque tenía recados que hacer. Se había puesto las gafas de sol y estaba buscando su bolso. Pasó por delante de nosotros varias veces antes de verlo. Sonó uno de los teléfonos y fui a contestar. Cuando volví, se había ido.

—Qué chica más rara —dijo Rosario—, ¿qué crees que le ha pasado?

—Nada, ¿por qué?

—Parecía a punto de echarse a llorar, ¿no te has dado cuenta?

—Te equivocas —le dije—, no hagas caso. —Pero yo no conseguía pensar en otra cosa, y cuando salí, eché a andar por las calles sabiendo que la había perdido. Deseaba emborracharme y tener la más poderosa y mortal resaca, porque podía soportarlo todo menos perderla habiéndola decepcionado. Tenía que encontrar a Graziano. Lo encontraría a costa de recorrer todos los bares de la ciudad, y empecé por los de piazza del Popolo, pero solo me topé con gente que lo había visto. Por lo que me contaron comprendí que era una noche de las grandes. Uno me dijo que lo había visto con dos botellas en los bolsillos de la chaqueta como apoyo para los trayectos entre un bar y el siguiente; otro, que se había atado el pañuelo del cuello al muslo, y un tercero, que lo había visto dirigirse hacia piazza Navona pero que dudaba de que pudiera llegar.

Conociendo a Graziano, no le hice caso y fui a piazza Navona con el viejo Alfa Romeo. Lo dejé en un aparcamiento, porque no sabía cuándo podría volver a recogerlo y seguí a pie. La tarde era fresca, con una temperatura adecuada para beber sin hielo, y el estómago estaba en buenas condiciones. Iba a ser un encuentro memorable. Pero ya en el paseo del río me di cuenta de que no me resultaría fácil dar con Graziano. Todo estaba lleno de furgonetas estacionadas y eso significaba que los turistas habían invadido la plaza. Confié en que no lo hubieran asqueado tanto como para mandarlo a otro lugar, a Santa Maria in Trastevere quizá, pero lo veía difícil, estaría demasiado cerca de su mujer. En la plaza había mucha gente, y entre los turistas, los pintores de postales y los grupos era imposible

caminar sin tropezar con nadie. En el Domiziano, Enrico me dijo que lo había visto una hora antes buscando una mesa libre, para luego pedir un vaso y marcharse. No podía andar muy lejos, y empecé a deambular entre los puestecillos de juguetes y los caballetes de los pintores, mientras en el cielo iluminado por las farolas se elevaban silbando y retorciéndose monstruosos globos en forma de oruga.

Lo encontré sentado en el borde de la fuente central, en el lado de la iglesia, la más libre. Para entonces llevaba el pañuelo anudado alrededor de la frente y tenía los pies metidos en el agua azul. Echaba *scotch* y cerveza en el vaso, alargaba la mezcla con un poco de agua de la fuente y bebía. Estaba claro que le hacía falta ayuda.

—Leo, hijo mío —dijo, mirando a dos turistas que fotografiaban la fuente—, qué tristeza sentirse parte de una fauna. —Levantó el vaso hacia ellos.

—¿Del último de los mohicanos? —pregunté.

—Sí, del último y más apesadumbrado de los mohicanos. ¿Cuándo hacemos nuestra película?

—Mañana —contesté—, empezaremos mañana. Esta vez en serio, pero ahora te acompañaré a casa.

—¿A casa? Yo no voy a volver a casa —sentenció levantando el dedo. Le dije que podía venirse a la mía, si quería, y me miró, conmovido—. ¿Qué haría yo sin ti? —Traté de ayudarlo a ponerse de pie, pero no quería—. Nada que hacer —replicó—, siéntate tú más bien. Tengo que decirte algunas cosas. Ha llegado el momento en el que debes saber, hijo mío. ¿Alguna vez has notado las mariposas en primavera? Pues eso, que para los niños es diferente. No, eso no es lo que quería decirte. Hace tiempo que creo que he de contarte ciertas cosas. ¿Cuáles eran? Ah sí. Tengo que hacerte una declaración. Leo, tú vales mucho. No lo niegues y déjame hablar. Tú vales mucho porque hay que valer mucho para dejar de beber. ¿Cómo lo has hecho?

—Intenta rezar —respondí.

—Yo no rezo —dijo—, a lo sumo pido por favor.

—Está bien, ahora alcemos velas.

—Ya te he dicho que no. Te he dicho que antes tengo que hacerte una declaración. Luego iremos a tu casa, iremos a donde quieras. Tú vales mucho, pero eso ya te lo he dicho. Tú eres como un gato. Vas por tu cuenta y te importa un bledo este bajo, sucio mundo en ruinas. A ti no te hace ninguna falta una mujer rica. No es broma, te admiro mucho. Si fuera maricón me enamoraría de ti. ¿A que haríamos una buena pareja? —preguntó mientras le ponía los zapatos—. Es el Apéndice el que me jode. El Inerte Apéndice, el Irreversible Péndulo. ¿Será que me estoy volviendo maricón? A veces lo pienso y tengo miedo de volverme maricón. ¿Por qué no te vuelves maricón tú también? Podrías hacerlo por un amigo. ¿Qué te cuesta? Nos volvemos maricones y así por lo menos somos algo. ¿Qué somos ahora? No somos nada, ni siquiera maricones.

—Ya lo pensaremos con calma —dije—, mañana. —Y mientras tanto me maldecía por haber dejado el coche tan lejos. Me daba cuenta de que no iba a ser capaz de llevármelo hasta el aparcamiento, así que hice que se sentara en la acera al final de la plaza y que me prometiera que no se movería. Luego corrí a por el viejo Alfa Romeo. Tardé bastante tiempo en volver, porque las camionetas de los turistas se habían puesto en marcha y bloqueaban los cruces. Cuando por fin pude llegar hasta Graziano, me lo encontré dormido en el mismo sitio donde lo había dejado. Lo desperté lo suficiente para no tener que meterlo en brazos en los asientos y luego me dirigí a casa. Hacer que subiera la primera rampa de escaleras hasta el ascensor fue un problema.

—¿Qué haría sin ti? —se preguntaba conmovido—, mejor que mamá, seguro. —Hasta que conseguí meterlo en la cama de matrimonio, la que nunca usaba—. Dios santo —dijo—, estoy al límite. —Y se quedó dormido de golpe, sin darme tiempo siquiera de quitarle la chaqueta.

Aún tenía la botella de Chivas en el bolsillo y me la llevé a la habitación que daba al valle. Saqué un vaso, lo llené y encendí la radio. Luego me tiré en un sillón y empecé a beber, yo solo.

A la mañana siguiente tenía la cabeza tan grande como la habitación en la que me encontraba y no me resultó fácil que pasara por la puerta de la cocina para ir a preparar café. Hice cantidades industriales y fui a despertar a Graziano.

—¿Nos lo pasamos bien, por lo menos? —quiso saber sujetando su taza de café negro con las dos manos. Estaba temblando y pidió el azucarero. Se tragó varias cucharadas—. Me he pasado toda la noche soñando con nuestra película, ¿cuándo empezamos?

—Hoy no —respondí—, mañana. Hoy tengo la cabeza llena de arena.

—¿Estuviste bebiendo? Dime la verdad, bebiste. El viejo niño ha bebido, eso hay que celebrarlo. ¿No habrá quedado un poquito? —preguntó, y se frotó las manos. Había quedado, pero lo había echado al fregadero cuando estaba preparando el café, porque solo ver la botella me provocaba arcadas.

—Hablemos de la película —dije.

El problema era Sandie, pero él aseguró que se la trabajaría a base de bien. Sería suficiente con hacerla entrever la posibilidad de que el Irreversible Péndulo se pusiera a funcionar. Para empezar, establecimos que iríamos al cine todas las noches para estudiar el problema desde el lado técnico, encuadres, planos, contraplanos y esas historias. Empezaríamos esa misma noche. De momento, era imprescindible que se marchara a casa para calmar a Sandie. ¿Dónde estaba el teléfono? Marcó el número de su casa sin hablar, solo para calibrar por el *hallò* de Sandie su grado de venenosidad, luego, ya bastante más tranquilo, se dio un baño, se peinó la barba y se fue, encendiéndose un puro.

No me moví de casa hasta que llegó la hora de irme al *Corriere dello Sport*. Durante todo el día, cada vez que sonaba el teléfono daba un respingo, y hubo una vez que al otro lado no se oía a nadie, pero no podía estar seguro de que fuera Arianna. Hacia el anochecer ya no aguantaba más, siempre es más difícil aguantar cuando llega la noche, y la llamé a casa, pero no había nadie. Entonces probé en la tienda de Eva. Tampoco estaba allí, me contestó, y no, no tenía ni idea de dónde podía estar. Lo sentía, dijo.

La vi dos noches después a la salida de un cine. Yo iba con Graziano y ella con Livio Stresa, aún más largo y delgado de lo habitual con unos vaqueros y un polo. Por un instante, pensé en acercarme, pero no me moví. Tal vez fuera la cara de Arianna lo que me contuvo, pálida, y demasiado erguida, no sé, tal vez fuera el hecho de que iban solos y cogidos de la mano, sé que me detuve instintivamente y me quedé mirándolos mientras se

alejaban entre la gente. Arianna se volvió hacia mí antes de montar en el coche, y sus grandes e inquietos ojos rebuscaron un momento entre la multitud.

—Pero si yo a esa la conozco —dijo Graziano a mi lado—, una maravillosa sobra. ¿Qué te parece, nos vamos a dar una ducha y nos ponemos a buscarla?

La llamé el día siguiente.

—Eres tú —dijo ella.

—Tengo que hablar contigo —dije yo.

—Yo también tengo que hablar contigo —dijo ella.

Fui a esperarla a Trinità dei Monti, como siempre. Pero esta vez no llegó tarde y no se detuvo a dar una vuelta entre las farolas. Esta vez vino directa hacia mí. Llevaba gafas de sol. Se detuvo a mi lado mirando la escalinata hacia piazza di Spagna. Estaba llena de gente sentada esperando a que el viento de la tarde empezara a soplar, y los grandes ramos de azaleas se habían deshecho por el calor. Arianna permaneció callada un rato apretando con fuerza el libro que sostenía entre sus brazos, pero su mano se abría y cerraba nerviosamente.

—Antes de que empieces a hablar quiero que sepas que me he ido a la cama con otro —dijo.

Unos días después, cuando en el periódico me pusieron en el turno de noche, empezamos a trabajar en la película. Graziano se presentó en mi casa a las nueve de la mañana, afeitado.

—Vida nueva, cara nueva —anunció—, ¿has escondido todas las botellas? —Había prometido que no bebería hasta las seis de la tarde durante el tiempo que necesitáramos para acabar el guion—. Señor —gimió cuando puse frente a él una botella de naranjada—, nunca seré capaz de beber tanta agua. ¿No tendrías algún resto más espirituoso?

—Tu ángel —dije.

—Bueno —admitió mientras se sentaba ante la máquina de escribir—, entendido.

Así empezó nuestra batalla con el ángel de los treinta años. Duraría bastante tiempo, casi hasta finales de julio. Durante un mes y medio aproximadamente trabajamos todos los días hasta el atardecer, desnudos para defendernos de las ráfagas de calor que entraban por la ventana, interrumpiendo el trabajo solo a la hora del almuerzo para comer unos bocadillos y dormir una hora en la casa abrasada por el sol. De vez en cuando nos dábamos una ducha, para volver luego a la máquina de escribir. La historia del treintañero que mata a su padre nos estaba saliendo bien, y a veces Graziano se levantaba aplaudiendo y frotándose las manos.

—¡Bien, bien! —exclamaba mientras se acercaba a las botellas de *scotch*—. ¿Y si para volver al ataque más lúcidos y estratégicos nos concediéramos un pequeño *reconstituyente*? —Pero lo decía más que nada para que le contestara que no, aunque yo supiera muy bien que cuando salía de la habitación aprovechaba para tomar un sorbo.

Luego, hacia el atardecer, salíamos al balcón para observar el valle mientras Graziano se bebía sus tándems.

—¿Cómo te las apañas para resistir? —me preguntó.

Estaba al límite, a decir verdad, porque al caer la tarde tenía que irme al *Corriere dello Sport* y, a fin de cuentas, nunca llegaba a dormir más de cuatro horas por noche. A veces estaba tan exhausto que me quedaba dormido sobre la máquina de escribir del periódico hasta que me despertaba el timbrado de un teléfono.

Sin embargo, en todo eso había una ventaja. La de no pensar en Arianna. No quería pensar en ella, pero cada vez que sonaba el teléfono de casa apretaba los dientes hasta saber quién había llamado. Desde esa tarde en Trinità dei Monti, cuando me fui sin decirle nada, no había vuelto a tener noticias de ella. Luego, transcurridas un par de semanas, llamaron a la puerta de casa. Graziano y yo nos pusimos los pantalones preguntándonos quién podría ser. Era ella.

—¿Y bien? —dijo sonriendo altanera—, ¿qué haces, no me invitas a pasar? —Me eché a un lado. Titubeó un momento, luego se encogió de hombros y entró, mirándose un instante en el espejo—. ¡Ah, pero si sois dos! —exclamó como en éxtasis, sorprendiendo a Graziano con la botella en la mano.

—¿Queremos beber algo? —dijo él con desenvoltura.

Le quité la botella y Arianna lo reconoció incluso sin barba.

—Pero a ver —dijo—, ¿no habíamos quedado en cenar juntos, nosotros? —Estaba preciosa, por supuesto.

—Ahora mismo, si quieres —respondió Graziano, mirándola hechizado—, ¿de qué película sales?

Ella sonrió y se dejó caer sobre la cama.

—Menudo día —dijo—. Me he levantado muy tarde, he estado tres horas en la piscina y luego me he vuelto a la cama otras dos. Estoy agotada.

Graziano la observaba conteniendo la respiración.

—Un día muy productivo —concluyó.

—¿Por qué? —dijo ella—, he producido glóbulos rojos, ¿no es suficiente?

Graziano enmudeció un momento. Luego preguntó:

—¿Cuándo nos casamos?

—No antes de septiembre —contestó ella riéndose—, antes tengo que irme de vacaciones. ¿Qué estáis haciendo?

—Una película.

—¿Qué película?

—Tradicional de vanguardia —dijo Graziano—, la historia de uno que cuando cumple treinta va a su casa y mata a su padre.

—¿Y no podría ser que matara a su hermana? —sugirió ella.

Coqueteaba, siempre le había gustado coquetear, y de vez en cuando la sorprendía lanzándome una mirada. Sin decir nada, fui a sentarme ante la máquina de escribir. No conseguí articular una sola palabra ni siquiera cuando alrededor de las siete, antes de irse, preguntó si podía volver a vernos, de modo que, desde aquel día, empezó a venir todas las tardes. En torno a las seis llamaba a la puerta y entraba con ese aire insolente suyo, cada vez con algo distinto, una blusa, un par de pantalones o sandalias o bien solo el pelo peinado de manera extravagante. Deambulaba por la habitación mirando su reflejo donde podía, y acababa sistemáticamente en la cama haciendo un solitario. A veces preparaba té, que nos tomábamos en el balcón aún caliente por el sol. Flirteaba de manera descarada con Graziano, le encendía los puros, y se preocupaba por el hielo de sus

tándems mientras lo obligaba a contar *algo divertido* y escuchaba con sus grandes ojos muy abiertos. Luego, como a las siete, se iba y dejaba en paz los espejos.

—Dios santo —decía Graziano entonces—, ¿por qué no le hablas?

Pero desde la ventana yo podía ver su coche y la bolsa con la raqueta de tenis en el asiento trasero y sabía que cuando se iba, era para reunirse con Livio Stresa.

El último día de trabajo nos dejó un gran vacío que intentamos llenar con una cena. Pedí al periódico que me reemplazaran en el turno de noche y fui a la cita en el local del Signor Sandro. Arianna y Graziano me estaban esperando.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella.

—Cansado pero infeliz —contesté. Se alegró de que le respondiera.

—Tampoco es que Graziano, el aquí presente, esté muy alegre. Menudo aspecto más penoso que tenéis —dijo hablando a nuestra manera—, no lo entiendo, ¿no os ha quedado bien?

—Te lo ruego —dijo Graziano—, no uses verbos improprios. ¿*Un reconstituyente*? —me ofreció después, alargándome su vaso.

—Sí —dijo Arianna—, esta noche quiero emborracharme.

—¿Por qué? —se interesó él.

—Porque Leo ya no me ama —dijo ella.

Fuimos en su coche. Un calor propio de Santo Oficio había vaciado la ciudad, pero en Trastevere los restaurantes al aire libre estaban repletos de gente y de guitarristas. Elegimos un local de moda por entonces, donde se comía sentados en bancos de iglesia. Tuvimos que esperar largo rato antes de que nos atendieran y engañamos la espera con un par de botellas. Nos subió la moral. Arianna también bebió mucho, y cuanto más bebía, más le brillaban los ojos. Debían de alumbrar más que las velas que estaban sobre las mesas, porque no había hombre en el local que no la mirara.

—¿Y si ella os dice que no? —preguntó.

—A ver si se atreve —replicó Graziano—, me la llevaré de vacaciones a un crucero, y si dice que no, me negaré a cumplir con mis deberes

conyugales. ¿Qué te parece, Leo?

Porque todavía no había encontrado el momento adecuado para hablar con Sandie de la película.

—Por supuesto —le di la razón—, ninguna mujer puede resistirse si se la aborda en el momento adecuado, y en un crucero hay muchos momentos adecuados.

—Ya solo quedan allí —dijo Arianna.

—Por supuesto —continuó Graziano—, se lo pediré en una noche de luna en el Báltico. Querida, le diré, ¿me concedes tu talonario? ¿Tú qué vas a hacer?

—Oh —respondió Arianna—, todavía no lo sé bien. Se supone que voy a ir con mi cuñado a ver a unos amigos suyos que tienen un chalé en la playa. —Eso fue lo que contestó.

—Todo el mundo se marcha, solo Leo se queda aquí —canturreó Graziano—, ¡viejo gato! Es más listo que el diablo, este chico.

Cuando terminamos de cenar decidimos dar una vuelta por los bares y Arianna insistió en que nos sentáramos los dos en los asientos traseros. El vino la empujaba a correr.

—Dos conocidos cineastas y su encantadora asistente moral muertos trágicamente en el Muro Torto —dijo Graziano, y dejó de tararear a Presley—. Tengo una idea, ¿y si nos fuéramos a esa discoteca para buscar a nuestros dos amigos? ¿Tú qué dices, Leo?

Se calló de pronto al tiempo que se sujetaba al asiento, porque Arianna se había metido en dirección prohibida a toda velocidad. Esquivamos de milagro algunos coches, y ya estábamos casi al final de la calle cuando nos detuvo una señal roja. Inmediatamente después dos carabineros se acercaron llevándose la mano a la gorra, pero su cortesía no iba más allá.

—El carné —le pidió uno de los dos a Arianna.

—*Por favor* —rogó ella antes de comenzar a rebuscar debajo del salpicadero. Buscó largo rato, mucho más de lo que era necesario, mientras los dos carabineros esperaban en silencio. Por fin se decidió a encontrar su carné y lo sacó fuera de la ventanilla. Uno de los dos lo examinó.

—¿Estás segura de habérselo dado al que sabe leer? —soltó Graziano, seráfico.

Terminamos en comisaría. El caso es que ellos también se sabían ese chiste sobre los carabineros, y cuando le pidieron a Graziano que repitiera lo que había dicho, él se lo contó con todo detalle. Ellos, en lugar de reírse, lo obligaron a montar en su coche. Los seguimos. En los semáforos, Graziano nos saludaba agitando una mano y se asomó una vez por la ventanilla.

—No tienen el menor sentido del humor —declaró—, ¿tú qué dices, Leo, les cuento el de la viejecilla y el electricista?

Delante de la comisaría, insistí en subir yo también pero no me lo permitieron.

—No te preocupes, Leo —dijo Graziano mientras uno de los dos carabineros lo sujetaba del brazo—, si me pegan, grito. En todo caso, te confío a las gemelas.

Nos quedamos esperando. Arianna estaba nerviosísima.

—¿Qué van a hacerle? —preguntaba—, ¿no podía quedarse callado? —No respondí y seguí mirando las luces de la calle. Percibía su perfume, y luego también el peso de su mirada en mi rostro. Tuve que hacer un esfuerzo para no darme la vuelta y mirarla. Ella seguía observándome, y luego me preguntó—: ¿Me quieres, Leo? —Lo dijo en voz baja, con cautela.

—No —contesté, mientras seguía mirando la calle. Era una calle como cualquier otra.

—Sí, claro que sí, tú me quieres —replicó con rabia.

—No —repetí. Tenía la sensación de que durante el resto de mi vida no iba a ser capaz de decir nada más que no.

—Y yo digo que sí —dijo ella.

—¿Y qué opina Stresa? —atajé. Oí claramente cómo se le cortaba la respiración. Después oí su voz, quebrada por el llanto.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó desesperada. Justo en ese momento Graziano salió de la comisaría. Sonreía agitando una mano como para apaciguar los aplausos.

—Se la he jugado —nos contó mientras subía al coche.

—¿Cómo lo has hecho? —dije.

—Les he pedido disculpas. ¿Dónde vamos a celebrar la reconquistada libertad?

—Yo me voy a casa —dijo Arianna. Miraba con insolencia hacia delante.

—¿Por qué? —preguntó Graziano, pero nadie le contestó, de manera que al cabo de un momento dijo—: Bueno, si las cosas están así. —Y se encendió un puro.

Nadie habló hasta que llegamos a piazza del Popolo. Allí Arianna esperó a que nos bajáramos, sin dejar de mirar hacia delante. Graziano dudó un momento, luego mordisqueó su puro un par de veces y se bajó también. Se quedó mirando mientras el pequeño coche inglés desaparecía al fondo de la plaza.

—Bueno —concluyó—, los que nos dejan son siempre los mejores.

—Vamos a sentarnos —propuse, señalando el obelisco. La plaza estaba desierta y se oía el sonido de las fuentes. Nos sentamos de espaldas al Pincio.

—¿Qué te pasa, Leo? —me preguntó entonces Graziano.

—Cansado —dije—, estoy muy cansado.

—Todo el mundo está cansado —dijo él—, ¡qué le vamos a hacer! —Luego sacó la botella de *scotch* del bolsillo y dio un largo trago. La miró con asco—. Estos *reconstituyentes* cada vez reconstituyen menos —dijo, y volvió a guardar la botella en el bolsillo—. Qué mala suerte —añadió, dejando que sus ojos vagaran por la plaza desierta—, creo que yo también me he enamorado de Arianna.

OceanofPDF.com

Llegó agosto, el mes negro. Bajo un sol de justicia, la ciudad estaba desierta, las calles vacías y las resonantes plazas adoquinadas recubiertas con una capa de polvo al rojo vivo. Escaseaba el agua y las fuentes se desmoronaban mostrando todos los signos de su vejez, con remiendos de yeso y mechones de hierba amarillenta que empujaban por las grietas. Los gatos se escondían a la sombra de los automóviles, y solo hacia el atardecer empezaba a salir la gente de sus casas para reunirse alrededor de los tenderetes de sandías, a la espera de que se levantara la brisa. Los periódicos decían que era el verano más caluroso de los últimos diez años.

En cuanto a mí, era un mes que odiaba. Con los amigos fuera y los restaurantes cerrados, uno podía morir de hambre sin saber a quién pedir un préstamo para llegar a septiembre. Y eso que aquel año trabajaba y la ciudad vacía no tenía por qué darme miedo. Pero estaba solo. De Arianna no había vuelto a saber nada, Graziano debía de haberse marchado a su crucero y los Diacono se habían trasladado a su casa de la playa. A veces los llamaba por teléfono, solo para imaginarme el aparato sonando en el piso vacío. Por lo demás, dormía hasta el mediodía y luego me iba a la piscina, donde me quedaba tumbado en el borde del agua leyendo. Había dos clientes fijos que jugaban al ajedrez y alguna vez yo desafiaba al ganador, pero nunca eran partidas interesantes. Alrededor de las cuatro regresaba a casa para descansar y comer un poco de fruta mientras esperaba que llegara la hora de irme al *Corriere dello Sport*. Subiendo las escaleras, oí un par de veces sonar el teléfono, pero nunca llegaba a tiempo para responder. Hasta que una tarde sonó mientras abría la puerta. Levanté el auricular. Era una voz que no conocía. Llamaba para comunicarme que Graziano había muerto.

El policía de servicio en el hospital se puso de pie cuando llegué y no volvió a sentarse hasta que yo también me senté. Se mostró muy amable. Hablaba en un tono adecuado. Me contó que Graziano había muerto esa mañana a las once después de dos días en coma. Me habían estado buscando desde el mismo momento en el que fue hospitalizado, porque le habían encontrado encima una nota en la que se decía que fuera lo que fuera lo que le sucediera, tenían que llamarme a mí. Lo habían intentado muchas veces y al final se convencieron de que me encontraba fuera de la ciudad. La llamada a la que yo había contestado había sido una iniciativa personal suya, porque le dolía pensar que alguien pudiera morir solo como un perro. Le di las gracias. Dijo que no tenía por qué. Pregunté cómo había ocurrido y me contó que el lunes por la tarde lo había encontrado el portero en la esquina del patio que correspondía con la ventana del salón. Por casualidad, porque el edificio estaba prácticamente deshabitado durante esos días y el portero se había acercado hasta allí solo para regar las flores de una familia que estaba de vacaciones. La desgracia tuvo lugar el domingo por la noche, unas horas después de que la esposa y las dos hijas de Graziano se hubieran ido. El portero llegó a oír el golpe, pero desafortunadamente no le dio importancia, porque parecía provenir de otro edificio.

De modo que Graziano, todavía vivo, había permanecido una noche y un día sobre las piedras del patio. Las recordaba, eran pequeñas, ovaladas y entre los intersticios crecía la hierba.

—Llevamos dos días intentando localizar a su esposa —dijo el policía—, ¿no tendrá usted alguna idea de dónde podría estar?

Contesté que tal vez estuviera en un crucero y él tomó nota, y luego preguntó si Graziano tenía otros parientes y si sabía cómo localizarlos.

—Su padre —le dije, pero cuando se disponía a tomar nota también, le dije que ya me encargaría yo de llamarlo. Me dio las gracias y me preguntó si quería hablar con el doctor, porque ya debía de haber terminado con la autopsia. Me pareció bien.

El policía iba delante de mí por un pasillo del hospital. Los enfermos se asomaban a las ventanas buscando un poco de aire. Era una tarde muy calurosa y los ventiladores de los pasillos hacían más ruido que otra cosa.

Nos detuvimos frente a una puerta de entrada, apenas un momento, para que el policía se quitara la gorra. Era un policía muy correcto.

—Adelante —dijo una voz. Era la de un enfermero, sentado detrás de una máquina de escribir.

Ante una mesa más grande se encontraba un médico. Tenía unos papeles en la mano con los que de vez en cuando se abanicaba a la altura de la cara para refrescarse. Debía de tener mucho calor porque estaba gordo y las personas gordas sufren el calor más que las delgadas. Debajo de la bata no llevaba nada y se le veía el pecho abultado, sin vello.

—Un momento —pidió quitándose las gafas y pasándose un pañuelo por los ojos. Echó una ojeada a los papeles con los que se abanicaba y siguió dictando al enfermero que escribía a máquina. El policía me señaló una silla y me senté—. Ausencia de los incisivos superiores —le dijo el médico al enfermero— a causa del impacto. Fractura de mandíbula y de la tercera vértebra cervical, contusión con vasto hematoma en la clavícula izquierda, contracción del torso con fractura de la tercera y quinta costilla izquierda. Muerte producida por hemorragia del cerebelo. Causa, caída al vacío. —Nos miró—. Es increíble —manifestó—, no hay fracturas en las manos. Por lo general todos tratan de protegerse la cara y se rompen las manos, pero este no. —El policía le dijo quién era yo y el médico puso gesto de bochorno y me invitó a sentarme a pesar de que yo ya estuviera sentado—. ¿Quiere verlo? —preguntó.

No dije nada y el doctor hizo un gesto al enfermero, que se levantó de la mesa. Yo también me levanté. El policía, antes de marcharse, quiso saber si me encargaría yo del funeral y dije que sí. Luego seguí al enfermero por el pasillo con los enfermos asomados a las ventanas. Al final del pasillo había una escalera que conducía a un patio bañado por el sol, repleto de automóviles estacionados, y nos costó pasar por en medio de camino a la puertecita de un edificio bajo cubierto de enredaderas. Dentro hacía frío, o esa impresión tuve después de cruzar el patio bajo el sol. La puerta se abría directamente a una habitación amplia. En las esquinas había sábanas amontonadas al tuntún. Había una sola mesa, justo en el medio, con algo envuelto en una sábana. Me acerqué. En el suelo vi manchas oscuras de

algo que me pareció sangre. Eso fue lo que me hizo pensar que, para colocarlo sobre la mesa, lo habían arrastrado.

Graziano estaba allí, tapado con la sábana. Tenía la cara al descubierto, y también una parte del tronco, que sobresalía espantosamente. Todo lo que podía verse de él estaba hinchado. Por un momento pensé que todo aquello era un error, que no era él, que estaba de crucero, como hubiera tenido que ser. Costaba reconocerlo, porque le habían echado el pelo hacia atrás descubriéndole la frente, entonces reconocí la curva de la nariz y los labios delgados, inmóviles, y luego las dos cicatrices del hambre en el estómago. Entonces me entraron ganas de llorar, pero no lo hice. Notaba la presencia del enfermero esperando en la puerta y hubiera querido decirle que se fuera, pero no tenía ganas de hablar. Entonces estiré una mano sobre la sábana y le aparté las piernas. Estaban más frías, debajo de la sábana, que el aire de la habitación. Cuando hice sitio suficiente, me senté en la mesa de mármol.

—No está permitido —me informó el enfermero. Lo miré. Era un enfermero pequeño y delgado. Hizo ademán de ir a decir algo, pero se limitó a levantar una mano y se marchó.

Me alegré de quedarme solo. El frío del mármol era agradable y encendí un cigarrillo mirando a Graziano.

—¿Quién es? —pregunté en voz alta cuando oí que la puertecita volvía a abrirse.

Un fraile, con una gran cruz púrpura en la sotana, se acercó hacia mí entre las sábanas amontonadas en el suelo.

—Bájese de ahí, hijo mío —dijo poniéndome una mano en el brazo. Su barba olía a cera. *¿En qué piso está Dios?* Retiré el brazo de debajo de su mano. Mantuve la cabeza agachada para no mirarlo a la cara y el humo del cigarrillo se me metía en los ojos—. ¿Por qué no tratas de rezar? —sugirió el fraile.

—Yo no rezo —dije—, a lo sumo, pido por favor. —Entonces se quedó mirándome con las manos cruzadas sobre su regazo, sacudió la cabeza y se fue.

En el silencio oí el zumbido de una mosca. Debía de haber entrado cuando el fraile había abierto la puerta. Dio un par de vueltas y se me posó en una mano. La espanté y fue a posarse en el pecho de Graziano. Volví a

espantarla, pero regresó inmediatamente, esta vez a sus labios. Entonces me bajé de la mesa, tapé su rostro con la sábana y salí.

El viejo Alfa Romeo abrasaba y tuve que conducir sin apoyarme contra el respaldo para evitar quemarme la espalda. En casa de Graziano me encontré con el portero. Estaba consternado. Era incapaz de perdonarse por no haber ido a ver cuando oyó el ruido.

—Ni siquiera sabía que estaba en casa —me contó—, pensé que se había ido con la señora.

Le pedí las llaves y subí al tercer piso. Tuve que probar con todo el manajo antes de encontrar la correcta. Dentro, la única ventana abierta del piso era la de la habitación del dormitorio. Daba al patio y no me acerqué. Empecé a rebuscar por todas partes hasta que encontré debajo de la mesa de ping-pong del vestíbulo la libreta con los números de teléfono. La hojeé sin encontrar el número de su padre, probablemente se lo sabía de memoria o no lo llamaba nunca por teléfono. Encontré, en cambio, los números de algunas personas que yo también conocía, de vista por lo general, y la de algún amigo común. También estaba el mío. Los llamé a todos desde el teléfono de la sala de estar, pero no conseguí encontrar a nadie. Luego me metí la libreta en el bolsillo y me fui al *Corriere dello Sport*.

—¿Cómo es que vienes tan temprano? —preguntó Rosario—, ¿ha pasado algo?

—No —dije—, nada.

Luego tomé las guías telefónicas de Florencia y llamé a todos los Castelvechio que encontré, pero los que me contestaron no tenían nada que ver con Graziano. Entonces puse una marca con el bolígrafo al lado de los números que no habían contestado para intentarlo más tarde y le dije a Rosario que podía marcharse. Quise ponerme a trabajar de inmediato, pero nada más irse me di cuenta de que había cometido un error. Estaba demasiado cansado para soportar la imbecilidad de nuestros corresponsales, pero ya no tenía remedio, así que empecé a responder a las llamadas. Cada vez que acababa de transcribir una pieza, intentaba llamar a Florencia.

Alrededor de medianoche encontré por fin al padre de Graziano. Conducía un taxi y había cubierto su turno hasta las once. Tenía una voz de viejo que de alguna manera se parecía a la de su hijo. Escuchó en silencio lo

que tenía que decirle y continuó sin decir ni una palabra incluso cuando terminé. Cuando habló de nuevo, estaba llorando. Dijo que acudiría de inmediato, que avisaría al garaje y se iría de inmediato, pero le sugerí que esperara hasta la mañana siguiente, que era mejor descansar. Solo después de hablar con él me acordé de que no había llamado a la agencia para el entierro. Busqué en la guía la que tenía la publicidad más llamativa. Fueron muy amables, incluso a esas horas de la noche, y me aseguraron que se presentarían en el hospital a tiempo para todo. No tenía nada más que hacer. Los teléfonos estaban tranquilos. Entonces me acerqué a la ventana a fumar y a mirar la calle desierta y las farolas. De vez en cuando pasaba un coche quebrando el silencio de la noche. Luego, con lentitud indescriptible, el cielo empezó a aclararse, hasta que llegó el momento de irse a casa.

Al día siguiente se celebró el funeral. Me pasé toda la mañana al teléfono con la libreta de Graziano en la mano, pero no pude encontrar a nadie y al final me di por vencido. El padre llegó al mediodía con su taxi. Era un hombrecillo nervioso y pálido, con los ojos enrojecidos. Quiso ver enseguida a su hijo, y tras dejarlo solo en la morgue, me quedé esperándolo en el patio. Entre los coches estacionados había gatos deambulando. Un hombre se acercó a mí bajo el sol secándose la frente con un pañuelo. Era de la agencia y dijo que no podían usar el traje con el que Graziano había muerto, porque estaba sucio de sangre. Quería saber si tenían que comprarle uno. Dije que no y me acerqué a su casa. Había un armario lleno de trajes. Saqué uno blanco y regresé al hospital, donde se lo entregué al hombre que sudaba. Fui a sentarme junto al padre de Graziano en un banco de granito contra un muro cubierto de enredaderas. Miraba fijamente a los gatos que había entre los coches.

—No tenía ideales —dijo—, no se puede vivir sin ideales.

Me di cuenta de que llevaba en el ojal la insignia de plata de los inválidos de guerra y no hice ningún comentario. Ese era el hombre que habíamos matado en nuestra historia, era un viejo. Nos quedamos esperando en silencio y en cierto momento apareció el policía que conocía yo. Se disculpó y me entregó un papel y un envoltorio con las cosas que

Graziano llevaba en el bolsillo cuando lo habían hospitalizado. Había un manojo de llaves, un fajo de billetes, un pañuelo de seda con sus iniciales, una colilla de cigarro y un clavel marchito que, no sé por qué, hizo que me acordara de Sant'Elia, tal vez porque tenía el tallo cortado a la longitud adecuada para ser enfilado en un ojal. Firmé el recibo y se lo di todo al padre de Graziano, excepto el clavel, que me metí en el bolsillo.

El hombre de la agencia vino a avisarnos de que todo estaba listo. Lo seguimos a la capilla ardiente. Algunos ramos de flores emanaban un aroma insoportable y un ventilador zumbaba apuntando hacia Graziano y moviéndole el cuello de la camisa.

—No tiene zapatos —me quejé, y el hombre de la agencia dijo que no se los habían dado, pero que de todos modos podía mandar a alguien a comprar un par. También esta vez me negué.

Lamentaba hacerlos esperar, pero cogí el viejo Alfa Romeo y volví a la casa.

Cuando encontré los zapatos me puse a buscar un estanco. Me costó mucho encontrar uno abierto. Volví con los zapatos y los cigarrillos. El padre de Graziano estaba sentado otra vez a la sombra de las enredaderas. Le entregué los zapatos al hombre de la agencia y le costó mucho esfuerzo ponérselos, y yo me di la vuelta hasta que lo consiguió.

—¿Podemos cerrar? —preguntó el hombre de la agencia, entonces yo metí en el ataúd el paquete de Lucky Strike.

—Cierren —indiqué, y pensé que debería haberlo dicho su padre, pero este permanecía inmóvil, incapaz de articular una sola palabra, y cuando lo miré, se limitó a mover la cabeza para asentir.

Vinieron tres jóvenes en camiseta con un soplete y se pusieron a trabajar. La llama hacía ruido yapestaba y preferí salir al patio.

El trayecto entre el hospital y la iglesia era breve. El padre de Graziano no estaba en condiciones de conducir el taxi y me puse yo al volante siguiendo a la camioneta. No entré en la iglesia para los oficios, que por lo demás fueron muy breves. En cambio, me senté en el borde de una fuente seca y agrietada. También allí había gatos acurrucados a la sombra de la fuente. El hombre de la agencia se reunió conmigo.

—Qué locura de calor —dijo—, tenemos que darnos bastante prisa en estos casos. Sé que no es el momento, pero en cuanto a los gastos...

Le dije que me encargaría yo y que me buscara en el *Corriere dello Sport*. Se mostró de acuerdo y fue a sentarse en la camioneta. Al cabo de un rato, el ataúd salió de la iglesia. El padre de Graziano debía de haberse sentido mal, porque dos de los jóvenes en camiseta lo iban sujetando. Se sentó en el asiento trasero del taxi. Estaba muy pálido.

—No he dormido en toda la noche —me contó—, y luego el viaje —añadió.

Me puse al volante. El trayecto hasta el cementerio era largo, pero las calles estaban vacías bajo el sol y la camioneta avanzaba a toda velocidad. Una vez hasta se pasó un semáforo en rojo, pero lo cierto es que no había nadie por las calles.

En el cementerio hacía más fresco, pero el olor a flores que se marchitaban con el calor era sofocante. Las losas de mármol que cubrían casi todo el suelo parecían gigantescos huesos de sepia abandonados en una playa. Un sacerdote con dos monaguillos bendijo el ataúd mientras descendía en la fosa. Me pregunté por qué aquellos dos niños estaban en la ciudad y se dedicaban a ese asqueroso trabajo en lugar de haberse ido de vacaciones como todos los demás. Cuando el ataúd se hallaba en el fondo, el sacerdote abrió su libro, pero le dije que no y saqué *El último de los mohicanos*. Ni siquiera tuve necesidad de dejar una marca, eran las últimas frases las que quería leer. Me acerqué a la fosa inundada de sol mientras el padre de Graziano fue a apoyarse en un carro lleno de flores secas.

—«¿Por qué están apenados mis hermanos?» —leí en voz alta—, «dijo, contemplando el conjunto de taciturnos guerreros que le rodeaba. ¿Porque un hombre joven se ha ido a las felices tierras de caza? ¿Porque un jefe ha cumplido con honor durante su existencia? Fue bueno; fue cumplidor; fue valeroso. ¿Quién puede negarlo? El Manittou necesitaba un guerrero así, y lo llamó a su lado. En cuanto a mí, yo soy el hijo y el padre de Uncas; soy un árbol abrasado en medio de un descampado de los rostros pálidos. Mi raza se ha ido de las orillas del lago salado y las colinas de los delaware. Pero ¿quién puede decir que la serpiente de su tribu se ha olvidado de su sabiduría?»^[3] —Luego cerré el libro y me fui.

La avenida frente al cementerio estaba desierta. Miré hacia la parada del autobús, porque el viejo Alfa Romeo se había quedado delante del hospital y tenía que ir a recogerlo. Pero no me decidía a moverme. Me parecía imposible no poder hacer algo más por Graziano. Pero ya no había nada que pudiera hacer por él. Nada en absoluto.

A mediados de agosto, las golondrinas se habían ido. Jamás se habían marchado tan temprano, y cuando al atardecer salí al balcón a esperar la brisa, el cielo estaba vacío y silencioso. Los periódicos sostenían que se habían ido a causa del aire envenenado que pesaba sobre la ciudad, pero era una justificación pueril. La verdad era que desde lo alto las cosas se ven mejor.

No leía, no iba al cine, no hacía nada. Me pasaba los días esperando para marcharme al *Corriere dello Sport* apoyado en un solo orgullo, el de no beber. Me había comprado incluso una botella de Ballantine's y la tenía bien visible sobre la mesa sin tocarla. Luego, diez días antes de septiembre, recibí una carta de Arianna.

Querido Leo, querido. ¡Pero a ver! ¿Dónde estás? ¿A qué te dedicas? ¿Con quién? Esto de no saber nada de ti me angustia. Todos aquí son muy amables conmigo, pero he pasado por momentos terribles. Me despertaba por la noche con miedo a asfixiarme y quería a toda costa volver a la clínica. Durante la primera semana, Eva ha atormentado a Livio a fuerza de llamadas telefónicas. Luego se presentó aquí. Hubo una escena lamentable, al final de la cual se fueron juntos. Al diablo con los dos. Ahora ya estoy bien. No hago otra cosa aparte de comer, y mucho me temo que me pondré como una vaca. Además, nado y hago excursiones preciosas por el mar a bordo de una barca preciosa. He descubierto que los barcos me vuelven loca. Pero hoy llueve y me siento triste. Noto lo sola que estoy en este vasto y terrible mundo. No sé adónde ir. ¿Qué haré de mi vida? ¿Por qué no te largas y vienes a buscarme? ¡Oh por favor, por favor, por favor!

Adjuntaba una dirección, y dos días después pedí un permiso en el periódico y me fui en coche. No tomé la autopista, la cosa más extraordinaria de las autopistas es que dejan libres las carreteras normales. El viejo Alfa Romeo retumbaba al subir penosamente por las cuestas de la zona de Castelli Romani, en medio de un campiña salvaje y árida, pero que ya iba tiñéndose de los colores más tenues del otoño. Tras cruzar Castelli, empezó un largo descenso y, al final, después de una larga recta bordeada de plátanos, apareció el mar. Yo viajaba sin prisa, bajo el sol del mediodía. Cuanto más al sur iba, más extraordinaria se volvía la costa. La carretera, ancha y rápida, atravesaba yermas montañas de piedras, por encima del mar que brillaba desde abajo entre pequeñas ensenadas rocosas, pero descendía en algunos tramos para costear las playas, blancas y desiertas. Después aparecieron las torres sarracenas, con vistas al mar. Y fue entonces cuando vi la bahía.

Era más ancha que las demás y la mirada podía vagar durante muchos kilómetros a lo largo de los dos brazos azules de costa que se adentraban en el mar. Una baja espesura separaba la playa de la carretera y en un promontorio de acantilados se erguía al sol una oscura fortaleza sarracena. Paré el coche y me desvestí. Luego, descalzo, me metí en la espesura buscando un sendero hacia la playa. La arena ardía, pero el agua estaba fresca y limpia. Me zambullí y nadé hasta quedarme sin aliento. Luego me di la vuelta y estuve haciendo el muerto mientras escuchaba el silbido del agua alrededor de mis orejas. Me sentía bien, no recordaba haberme sentido nunca tan bien. Luego volví a la orilla nadando con calma hacia las montañas. Me sequé al sol antes de volver al coche y reanudar el viaje. Conducía descalzo y el agua, al secarse, me había dejado una capa de sal en la piel. Cuando me entró hambre me paré a comer pescado en una taberna que había en el camino. Tras retomar el viaje, empecé a pedir información en todos los núcleos urbanos con los que me topaba. Al final, un chico me dijo que conocía la villa que estaba buscando y se ofreció a acompañarme por mil liras.

Había sido construida alrededor de una torre sarracena y era de poca altura, muy blanca, a la sombra de pinos marítimos y arbustos de adelfas. Delante de la cancela había unos cuantos coches deportivos de alta gama.

Dejé el viejo Alfa Romeo, que ya no era ni deportivo ni de alta gama, y tiré de una cadenilla que salía del muro junto a la puerta. Se oyó a lo lejos el sonido de un timbre y el ladrido de unos perros. Al cabo de cinco minutos apareció un criado con chaqueta blanca.

—No hay nadie —dijo—, han salido todos en barca. El señor está en el despacho, pero no se le puede molestar.

—¡Giacomo, quién es! —gritó una voz desde la torre.

—¡Para la señorita! —gritó Giacomo a su vez, y luego la voz gritó que me dejaran pasar. El criado me condujo por un sendero de hormigón hasta una terraza con vistas al mar. Estaba invadida por sillas blancas, con arabescos y cojines de vivos colores—. ¿Quiere una copa? —me ofreció el criado.

Y estaba bebiendo cuando, un cuarto de hora después, apareció el dueño de la casa. Ya lo conocía. Era la segunda vez que lo veía. En lo que a él se refiere, se llamaba Arlorio y sus cuadros, marinas, veleros, vagones de carga y arlequines llenaban los salones de media Roma. Era tan alto como lo recordaba, enjuto, con una especie de aureola de canas alrededor del nudoso cuello. Parecía Picasso, pero más alto, más duro y sin las luminosas sonrisas de Picasso.

—Han salido todos con el barco —me contó—, tendrá que esperar.

—Está bien —dije.

Tenía los ojos brillantes e inquietos, de ave rapaz, y dedos largos, nudosos, catequizantes. Estaba requemado por el sol y llevaba solo un sucinto bañador con flores blancas y rojas. En las rodillas tenía signos de heridas antiguas, esas cicatrices inconfundibles que dejan las batallas infantiles. Me sorprendía pensar que un sujeto como ese hubiera sido niño. Cuando se sentó, se pellizcó los muslos con el gesto de alguien acostumbrado a tirar de los pantalones al sentarse. De haber tenido ganas, me habría echado a reír.

—¿Qué tiempo hacía en Roma? —preguntó.

—Agosto.

—Entiendo, mucho calor. No entiendo por qué Arianna se quiere volver. Es tan impredecible —dijo usando el adjetivo correcto—, supongo que son muy buenos amigos. ¿Es así?

—Es así.

—¿Solo amigos? —quiso saber. Lo miré a los ojos y se rio, pero sin mucha convicción—. Me ha dicho que es usted periodista. En el *Corriere dello Sport*, me parece —se apresuró a añadir—, porque yo tengo muchos amigos entre periodistas y creo que podría hacer algo.

—Me gusta mucho.

—Mejor así —dijo él, y abrió los brazos. Luego echó un vistazo a su alrededor—. Mejor así —repitió—. ¿Quiere una copa? —Contesté que no y él sonrió. Luego se disculpó diciendo que aún tenía que trabajar un poco, pero que me sintiera como en mi propia casa. Si quería darme un baño, solo tenía que pedirle un bañador a Giacomo. Los demás no tardarían mucho en llegar. Bueno, no tenía más remedio que irse. Se disculpó de nuevo y se alejó silbando a los perros. Poco después me llegó desde la torre la música de una coral de Bach.

Eran las cuatro en punto cuando empezó a oírse un repiqueteo desde algún lugar del mar. Al poco rato apareció un barco que fue revelándose como una gran embarcación con cabina. Atracó en el muelle en medio del acantilado y de él bajaron algunas personas, todas con el mismo traje de baño con flores blancas y rojas. Entre ellas estaba Arianna, con el pelo suelto sobre los hombros. Su armonioso, conmovedor cuerpo de chica joven se veía moreno y reluciente. Tenía aspecto de felicidad. Oí su voz mientras subían la escalerilla tallada en la roca. Estaba diciendo algo a propósito de su cansancio y un joven rubio con un collar de conchas alrededor del cuello le puso un brazo sobre los hombros. Desaparecieron en la vegetación de la costa, y cuando reaparecieron, las voces estaban muy cerca. De repente se encontraban en la terraza. Arianna se sorprendió de verme.

—¡Dios mío! ¡Se acabó! ¡Se acabó! —gritó con gesto teatral—. ¿Cómo está Graziano? —preguntó después de besarme en la mejilla.

—Bien.

—Qué desgraciado hijo de puta —dijo—, ni una postal siquiera. ¿Pero qué llevas puesto? —me preguntó luego, mirando mis pantalones militares

—. ¿No tenías un par de vaqueros? Vamos, que te presento a los demás. ¿Ya has conocido a Mauro? —me preguntó refiriéndose a Arlorio.

Estreché varias manos. Todos se movían con mucha desenvoltura y estaban bronceados. En ese momento apareció Arlorio, en lo alto de la torre, con un amplio gesto de bendición. *Introibo ad altare Dei, Cristo*. Todos se rieron, pero la cara de Arianna se puso seria por una fracción de segundo antes de cogerme de la mano y sonreír.

—Ya os conocéis, supongo —dijo altanera.

Arlorio asintió gravemente y me bendijo a mí también.

—Tengo que hacer la maleta —anunció Arianna—, ¿me acompañas a mi habitación? —Recorrimos una parte del camino de hormigón, entre las adelfas, luego tomamos otro, muy corto, que conducía a una habitación aislada del resto de la casa. Tenía un gran ventanal con vistas al mar y estaba llena de luz. El mobiliario consistía en una mesa, un secreter antiguo y una cama cubierta con la misma tela de flores blancas y rojas de los trajes de baño. Miré a Arianna mientras llenaba en silencio una maleta. Se comportaba como si yo no estuviera allí, y cuando se quitó el bañador, me sentí humillado. Sin ponerse braguitas se vistió con unos vaqueros muy gastados y una blusa de encaje transparente. En los pies se calzó unas sandalias de goma roja—. Estoy lista —dijo.

Volvimos a la terraza. Todos se habían recostado en las sillas blancas, y cuando nos vieron, se alzó un coro de protestas.

—¡Hay que ver lo aburrida que eres! —exclamó una chica—, ¿no podías venirte con nosotros el domingo?

Arlorio, apoyado en el parapeto que daba al acantilado, sonrió mientras nos decía que nos quedáramos ambos hasta el domingo. Arianna lo fulminó con la mirada, luego empezó a despedirse de los demás. Le llevó algo de tiempo, porque daba y recogía citas para cuando estuviera en Roma. El último al que se dirigió fue Arlorio. Él seguía sonriendo, y eso la puso nerviosa.

—Adiós —se despidió. Luego se volvió porque el criado había llegado con su maleta—. ¿Alzamos velas? —me dijo poniéndose en marcha. Habíamos llegado al final de la terraza cuando volvimos a oír la voz de Arlorio.

—Arianna —la llamó—, ¿no te olvidas de algo?

—¿A *qué* te refieres?

—Lo sabes perfectamente —dijo Arlorio, y extendió una mano.

Los grandes ojos de Arianna se lo quedaron mirando por un momento, luego empezó a rebuscar en los bolsillos de los vaqueros. Le quedaban muy ajustados y le costó sacar la baraja de cartas. Se la entregó al criado, que a su vez se la llevó a Arlorio. El cual la tomó y la sopesó en su mano y, sin dejar de sonreír, la tiró hacia atrás, acantilado abajo. Entonces Arianna también sonrió.

Seguimos al criado en silencio. Cuando llegamos al viejo Alfa Romeo, me adelanté para abrir el maletero. El criado metió la maleta y luego se sacudió las manos.

—Hasta pronto, señorita —dijo—, confío en verla de nuevo en Roma.

Arianna asintió con la cabeza y se montó en el coche. Durante los primeros cien kilómetros ninguno de los dos habló. Entonces descubrí que dos personas guardan más silencio que una. Arianna callaba mirando por la ventanilla las montañas rocosas que iban apagándose en el ocaso. El mar adquiría el color de las perlas. Había una gran tristeza en el apresuramiento con el que los días se acortaban. Como con intención de remediar algo irremediable. No sin aflicción, pensé en septiembre, cuando la ferocidad del verano se aplacaría.

—¿Por qué has querido que viniera a recogerte? —pregunté.

No respondió de inmediato. Luego dijo:

—Tienes razón, perdóname.

Lo sabía muy bien. Había querido mostrarme a Arlorio tal como me lo mostró aquella noche delante de la verja de la villa de Sant'Elia. La ventaja de Arlorio consistía en no saberlo. Bueno, ventaja más ventaja menos, las tenía todas él. Para mí todo había terminado. Ahora la carretera discurría en paralelo a la línea del ferrocarril. Estaba oscureciendo. Con la oscuridad no nos resultó demasiado difícil permanecer callados. La recta bordeada de árboles estaba llena de sombras y el viento entraba fresco por las ventanillas. Nos topamos con las luces del primer pueblo de los Castelli Romani y paramos en un restaurante donde comimos algo a toda prisa.

Luego nos fuimos enseguida y al cabo de una hora estábamos en las afueras de Roma.

—¿Te llevo a casa? —me ofrecí, pero ella dijo que no volvería a casa de Eva—. ¿Adónde entonces?

—No lo sé —contestó—, pensaba ir a tu casa. Por unos días.

—No —repliqué.

—Te has dado cuenta de todo, ¿verdad? —dijo ella tratando de sonreír.

La ciudad estaba reviviendo. La gente era cada día más numerosa y de alguna manera todo volvería a ser como antes. En esa ciudad nunca cambiaba nada, esa era la verdad. Le dije que la llevaría a un hotel.

—De acuerdo —dijo, y revolvió en su bolso en busca de algo. El coche se llenó con el aroma de las lilas.

—Perdóname —se disculpó de nuevo—, lo siento mucho.

OceanofPDF.com

Me pasaba borracho todo el día, desde por la mañana hasta por la noche. Como en los viejos tiempos, a decir verdad. Los días se iban por su cuenta y el verano se había convertido en otoño y el otoño se estaba convirtiendo en invierno. El único momento propio del Santo Oficio era el despertar, el vómito matutino es una de las tareas más desagradables de una intensa actividad alcohólica, pero por lo demás no podía quejarme. Seguía yendo al *Corriere dello Sport*, por más que el temblor de las manos casi me impedía escribir a máquina. Mis dedos acababan en medio de las teclas y tenía siempre las uñas rotas. La mayoría de las veces permanecía inmóvil frente al teclado mientras el disco giraba en vano. Cuando las chicas empezaron a cansarse de tener que trabajar para mí también, le fueron con el cuento al jefe de sección. El mastín jugó al principio con la carta de la comprensión, pero luego, al no llegar a nada, me informó de que a finales de noviembre tendría que marcharme. Pero en el mundo no deja de haber cierta forma de justicia y quince días antes de que se cumpliera el plazo que me había dado, se cumplió el suyo. No, no es que se muriera, solo que entre los cuadros del periódico hubo una especie de revolución de la que oí hablar vagamente, pero el caso es que al final el jefe de sección fue despedido y su lugar lo ocupó Rosario. Había encontrado la horma de mi zapato.

Por la noche, iba a ver al Signor Sandro, y cuando lograba ponerme a la altura de la situación, salía a discutir con la policía. La gente de uniforme siempre me había caído gorda, y cuando bebía, sentía la absoluta necesidad de ir a decírselo. La tomaba con cualquiera que fuera uniformado, incluso con los conductores de tranvía, pero después de la policía, mis preferidos eran los porteros de hotel. Volvía a casa exhausto. Por la mañana, si conseguía tenerme en pie, agarraba el guion de la película y me ponía a recorrer las oficinas de producción cinematográfica. No lo hacía solo por Graziano, sino también por mí. Aún estaba pagando los gastos del funeral,

que habían sido vertiginosos. No lograba nada. Era raro que consiguiera llegar a hablar con alguien más importante que una secretaria, con un par de las cuales acabé incluso yéndome a la cama, me parece. Al final, un día, logré entrar en el despacho de un productor.

Era joven, dinámico, del norte y sin dinero. Había leído el guion y le había gustado mucho. Junto a él había otra persona en el despacho, un sujeto en vaqueros y jersey, de profesión director. Había visto algunas de sus películas, unos *westerns* que no eran tan malos como cabría pensar por sus títulos, y hablamos afablemente. Le gustaba la película, dijo el director, aunque el guion tenía que ser modificado en algunos aspectos no esenciales para la esencia de la historia. Dependía mucho del precio, manifestó en cambio el productor con acentuada circunspección. Yo dije que eso no sería un problema, pareció que se les quitaba un peso de encima y su tono se volvió afable. Tenían incluso al actor adecuado a mano, un joven cantante pop que estaba consolidándose en el cine. No cabía duda de que era un poco joven, pero una de las ideas del director era, precisamente, la de rebajar en unos diez años la edad del protagonista.

—Uno de esos jóvenes melenudos y respetables, eso es —declaró—, un joven pacifista. El hecho de que mate a su padre se vuelve mucho más emblemático.

—Podría ser de esos que tocan la flauta en piazza Navona —dije yo. El director entrecerró los ojos sopesando la idea. Le pareció buena. Seguimos hablando, cada vez más afablemente a medida que la botella de whisky de la mesa iba vaciándose. Cuando se terminó, la empujé hacia ellos y les dije dónde tenían que metérsela y por qué.

Se sintieron muy molestos y trataron incluso de llegar a las manos, pero me las arreglé para salir disparado y quedar indemne blandiendo la botella. Todavía la llevaba en la mano cuando salí a la calle, y fui a devolver el envase en el bar más cercano.

No quisieron darme nada y discutí largo rato con ellos argumentando que el cristal no era plástico y que alguna mínima cotización en la bolsa de valores debía de tener. Pero no sabían nada de altas finanzas, así que me fui. Lo primero que vi en la calle fue a un policía que se disponía a bajarse de

un coche patrulla. Me tiré contra la puerta justo en el momento en el que estaba sacando la cabeza. Más tarde supe que se le habían roto dos dientes.

En cuanto a mí, me desperté en una cama de hierro mientras un rostro de mujer con rasgos pesados y pacientes, coronado por una cofia blanca, estaba inclinado a pocos centímetros de mí. Inmediatamente después sentí el pinchazo de una aguja en el brazo. La jeringa se llenó con un líquido rojo. Vi las correas a los lados de la cama. Pregunté si las habían usado.

—Solo la primera noche —dijo la enfermera.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cuatro días.

—Denme mi ropa —le pedí mientras me incorporaba en la cama. Nos encontrábamos en una enorme habitación llena de camas, pero solo dos estaban ocupadas, una por mí y otra por quién sabe quién cerca de la puerta. Quería ver al doctor y largarme, pero cuando intenté ponerme de pie, la cabeza empezó a darme vueltas y se me doblaron las rodillas. Me moría de frío a pesar de la presencia de algunos grandes radiadores a lo largo de las paredes desconchadas.

—Ahora te traeré otra manta —dijo la enfermera ayudándome a volver a la cama—, al doctor lo verás al mediodía. ¿Quieres que avisemos a alguien de que estás aquí?

No contesté y me tapé los hombros con la manta. Dormí hasta el día siguiente, y cuando me desperté, me sentía bien y con ganas de beber algo. La enfermera, no la misma sino otra, dijo que, en cuanto a la bebida, podía olvidarme de ella, pero que, si quería, podía hablar con el médico. Lo del médico era mejor que nada. Dije que quería verlo enseguida y después irme. En ese momento, casi todas las camas de la habitación estaban ocupadas. Me llevaron a una consulta con un armario de cristal y una mesa. Detrás de la mesa había un anciano de modales bruscos. Lo primero que me soltó después de que me sentara frente a él era si quería morirme.

—No —contesté.

—Entonces mira aquí —dijo tendiéndome una hoja. Yo no la cogí, y él, después de atravesarme con la mirada, la dejó sobre la mesa—. ¿Sabes lo que es un síndrome crepuscular? —preguntó. Negué con la cabeza y empezó a leer la hoja. Oí que decía algo a propósito de la interrupción de la

conciencia, fragmentos de personalidad primitiva, agitación ansiosa, estado de estupor, actos automáticos, deliro monótono y confabulación. Lo de la confabulación me gustó mucho—. ¿Alguna vez ves ratas? —Eso, como pregunta, me asustó. Cómo que ratas, no había llegado a ese extremo. No dije nada, pero se dio cuenta y apartó la hoja—. ¿Te acuerdas de haber tirado una botella vacía contra el espejo de un bar y de haber agredido a la policía? Hay una denuncia contra ti. —Solo me acordaba del agente. El doctor se me quedó mirando, luego dejó caer el lápiz sobre la mesa y sentenció—. No debes volver a probar una sola gota de alcohol —dijo—, tu hígado no te lo permite. Has de tener cuidado. Hay gente que puede beber y gente que no puede. Tú eres de los que no pueden. Métetelo en la cabeza si quieres seguir vivo. De lo contrario, haz lo que te dé la gana.

—No volveré a beber —dije.

—De ti depende.

—No volveré a beber —repetí—, ¿puedo irme?

—Si te sientes capaz —dijo. Entonces le di las gracias y me dirigí hacia la puerta. Cuando la abrí, volvió a hablar—. Gazzarra —me llamó. Y yo me di la vuelta porque su voz era diferente, amable—. Va a ser duro —dijo cuando lo miré.

—Lo sé —dije—, ya lo he vivido otra vez. —De repente me entraron ganas de llorar.

—Vuelve si necesitas ayuda.

Cerré la puerta y eché a andar por el pasillo. Una enfermera empujaba un carrito cargado de jeringuillas rojas. Tintineaba como un carrito de botellas. La detuve y le pregunté si podían devolverme mi ropa. Fui a la sala grande y me senté en la cama a esperar. Cuando la enfermera volvió con la ropa le pregunté qué día era. Faltaban diez días para Navidad.

Siempre que uno deja de beber tiene la impresión de que el mundo aprovecha para echársele encima, pero en mi caso no fue solo una impresión. A la mañana siguiente, en casa, me despertó un sofocado y monótono traqueteo que no había oído nunca hasta entonces. Me acerqué a la ventana y vi que había llegado la hora para el valle. Bajo el frío sol de

diciembre, una excavadora desenraizaba los árboles dejando en el prado una estela oscura como una herida. Había una construcción en marcha y, como siempre, empezaban por arrasarlo todo. La cosa continuó durante días y días, y de vez en cuando al traqueteo de la excavadora se unía el crujido de un árbol al caer, pero a esas alturas solo paraba en casa para dormir.

Apenas conseguía mantenerme en pie. El alcohol se había ido de mis venas dejando un vacío que no sabía cómo llenar. Me obligué a comer mucha carne y verdura fresca, como estaba escrito en la hoja que me habían dado a la salida del hospital junto con unas pastillas azules, pero apenas conseguía beber con gran esfuerzo un poco de té y algún zumo de naranja. Una tarde, pensando que tal vez acompañado comería con mayor apetito, llamé a los Diacono. Me contestó Viola, pero al oír de fondo otras voces que conocía quedé con ellos para la noche siguiente. Cuando entré en la sala de estar, detrás del sofá de terciopelo blanco había un gran árbol de Navidad, apenas un poco menor que el de los almacenes Rinascente.

—La ciudad se ha vuelto loca —dijo Viola—, ¿has estado en el centro estos días?

Lo había evitado cuidadosamente. Si había algo que no podía soportar eran la decoración de las calles y los papanoeles con barbas blancas delante de las tiendas. Hasta los árboles de Navidad en sí mismos me resultaban insoportables desde que se habían vuelto de plástico, pero no lo dije, y no solo porque el de los Diacono era un árbol de verdad, que olía y todo, sino porque me sentía bien y no tenía ganas de hablar. Miraba al criado que iba y venía poniendo la mesa. Reinaba un buen ambiente familiar, en ese momento, mientras esperábamos a que Renzo volviera de la televisión. Y además había otra cosa. Había visto paquetes de colores amontonados en el pasillo y eso me había traído a la cabeza las navidades milanesas, enterradas en la memoria hasta ese momento, con el aire frío y húmedo, el olor a niebla y a mandarinas y, sobre todo, las tiendas, los ultramarinos magníficamente decorados con montañas de quesos frescos, los collares de longanizas y salchichas calientes y deliciosas. En Navidad, mi padre encargaba cestas enteras de provisiones y toda la tarde de Nochebuena era un ir y venir de mozos que llamaban a la puerta y descargaban montones de maravillas en la mesa de la cocina entre los gritos de mis hermanas, que

empezaban a probar un poco de todo, cosa que enfurecía a mi madre, porque echaban a perder la apariencia de los platos. Dios mío, qué felices llegamos a ser en otros tiempos. Me invadió la repentina urgencia de irme a Milán.

—Antes, la Navidad era más íntima —dijo Viola—. Ahora esta historia de los regalos se ha vuelto una auténtica locura. ¡Ni te imaginas lo que se ha gastado Renzo en regalos de Navidad!

«Esto es para ti», decía mi padre, «y esto para ti, y esto para ti», mientras distribuía los regalos. Nunca decía ningún nombre, quién sabe por qué.

—¿Sabes algo de Arianna?

—Bah —contesté mientras un cuchillo empezaba a torcerse—, estará cultivando lilas.

—Es todo una locura —dijo Viola sin entender de qué hablaba, pero ella no había estado frente a la villa de Sant’Elia—, ese sujeto, el tal Arlorio, le impide ver a su hermana y, como consecuencia, a nosotros también. Eva está desesperada. En un estado terrible. —Me miró—. Tú sabías que estaba con Arlorio, ¿verdad? —preguntó insegura. Contesté que no y ella se mordió los labios, pero después añadí que me lo había imaginado y se animó de nuevo. Se volvió meditabunda—. ¿Por qué ha acabado así, Leo? —dijo, pero yo no contesté. Conseguir no pensar en ello ya me resultaba difícil, incluso sin que los demás se inmiscuyeran. Viola, sin embargo, tenía ganas de hablar—. Buena parte ha sido culpa de Eva. Se pone loca de celos. No me estoy refiriendo a Livio, eso fue puro delirio, en mi opinión, me refiero a ti antes. No podía soportar que Arianna te quisiera.

Así me enteré de que me había querido. Así me enteré, con el tono íntimo y engatusador de un cotilleo, de que me había amado. Había habido escenas terribles por mi culpa. Eva no lograba entender cómo Arianna podía estar enamorada de alguien tan apesadumbrado como yo. No dejaban de discutir, pero la escena más violenta se montó cuando me largué de la televisión. Estaban cenando todos juntos y Arianna, presa de sus miedos, no dejaba de levantarse para llamarme hasta que Eva estalló. Hubo platos rotos y llantos, y al final Arianna se marchó gritando que se iría a vivir a mi casa. Pero no me había encontrado y a las cinco de la madrugada había ido a casa

de los Diacono. Se encontraba en tal estado que tuvieron que llamar a un médico.

—Casi no podía respirar —siguió contándome Viola. No dije nada. Pensaba en la noche posterior, cuando ella vino a mi casa y la dejé en el sillón dándole la espalda.

Renzo entró dándome una de sus palmaditas en el hombro.

—Mira quién está aquí —dijo—. ¿Qué te parece el árbol?

—Es el salvaje de siempre —comentó Viola riendo—, no se ha dignado ni a echarle una mirada.

Me molestaban. Pensé en lo que me había dicho Viola al acompañarme a la puerta la noche que me largué de la televisión. «Llama a Arianna, ya sabes cómo lo dramatiza todo», eso fue lo que dijo. Después de todo lo que había ocurrido, después de verla en ese estado, eso fue lo que dijo. Pero ellos eran así. Se lo tomaban todo a la ligera. Eran frívolos y seguros de sí mismos. Destrozaban a la gente con una ocurrencia y luego seguían adelante, hacia el primer sillón a su alcance. Bueno, otro sitio que borrar. Tuve que esforzarme para mantener la conversación mientras cenábamos. Y después jugar al ajedrez con Renzo. Pensaba en Milán. Tenía ganas de una ración de esa vida seria y algo obtusa que se vivía en mi sombría ciudad. Estaba cansado de ocurrencias y de salones donde se mataba sin derramamiento de sangre, en seco, como si los hombres fueran ropa.

Cuando salí, un viento gélido, que cortaba las manos, sacaba brillo a la ciudad, y sobre ella resplandecía un cielo que partía el corazón. Me levanté el cuello del abrigo y me monté en el viejo Alfa Romeo. Al resguardo del viento conté el dinero que tenía. Era suficiente. Había un tren a la una y llegué justo a tiempo para subirme en él. Viajé toda la noche. El tren estaba lleno y en el compartimento no se podía respirar. De modo que salí al pasillo y me senté en un taburete apoyando la frente contra la ventanilla. Estaba incómodo, pero me quedé dormido escuchando los ruidos que provenían de los compartimentos inmersos en la oscuridad. Lo último que oí, en el silencio de una estación menor, fue la risa de una chica, luego no sentí nada más, ni siquiera el frío de la ventanilla contra la frente. Me desperté dos veces. Una en plena noche mientras el tren cruzaba los Apeninos. Estaban cubiertos de nieve y me quedé mirándolos mientras me

fumaba un cigarrillo. La otra fue casi al amanecer, mientras corríamos en medio de la llanura. Dos horas después estaba en Milán.

Me bajé del tren en una lívida mañana. Estaba al límite y me notaba encima ese olor a ferrocarril que siempre te deja una noche de tren. No podía presentarme en casa sin maleta y en ese estado. Fui a los baños diurnos. La cara que vi en el espejo me hizo comprender lo desesperada que era aquella empresa. Me traicionaban los ojos, hinchados y enrojecidos, y luego las mejillas, hundidas, blandas, de viejo. Me duché y pasé por el barbero, pero sin mejoras sustanciales. Así que probé con el desayuno, pero el café era horrendo y quemaba, el cruasán envuelto en plástico parecía salido de una fábrica de neumáticos, y el camarero era poco más que un lavaplatos que tenía prisa. Me costó mucho no volver a montarme en un tren y salir de la estación.

Conocía el olor del aire, ese olor a niebla y a matorrales humeantes que Milán siempre tiene en invierno. Había nevado el día anterior y las aceras estaban bordeadas de montoncitos de nieve sucia y helada. Las casas se alzaban en una neblina clara, que amortiguaba los ruidos, ocasionalmente aclarada por un sol a punto de apagarse. Hacía frío. Aún estaba dolorido cuando me subí a un tranvía, eso sí, los tranvías eran estupendos, y me senté en los bancos de madera reluciente, pulida. A mi alrededor oía hablar con la vieja y olvidada cadencia y la gente estaba pálida y abatida, lista para la masacre diaria.

Empecé a reconocer las calles de mi barrio. Había muchas tiendas nuevas desde que yo no vivía allí y, prácticamente, las reconocía solo por los nombres. Esa mañana notaba los cambios con mayor claridad, por más que algo emergiera del pasado, una taberna con un cartel verde y la bailarina blanca, las tiendas de los chinos y el bar donde las putas entraban para charlar un rato y peinarse unas a otras, todos aquellos locales aguantaban, aprisionados entre las tiendas nuevas, con escaparates de cristal. Luego, de repente, ya no reconocía nada. ¿Dónde estaba la fea iglesia barroca? Por un momento pensé que el tranvía había cambiado de recorrido, e instintivamente verifiqué los nombres de las calles. Eran los

correctos, pero la iglesia ya no estaba, y no solo la iglesia, como vi al bajar del tranvía, sino también la colina frente a mi casa. Había sido una colina arbolada con escaleras de granito y largas pendientes por las que me había deslizado de niño durante los largos y helados inviernos, rompiéndome una vez el brazo. Ya no estaba ahí. La habían nivelado y en su lugar había una construcción baja que albergaba un mercado cubierto. Pero eso no fue lo que me asombró. Era el tiempo en el que había ocurrido el cambio, poco más de un año. Me bajé del tranvía y me puse a recorrer el mercado. Rebosaba de mercancías, sobre todo de frutas y abetos amontonados en las esquinas para difundir un irrazonable aroma a bosque. Compré un racimo de uvas y empecé a comérmelas. Estaban tan frías que me dolían los dientes. Mientras tanto miraba mi casa. Se había mantenido igual, pero no me decía nada. Era la calle la que lo estropeaba todo. En otros tiempos había sido una calle limpia, pero ahora daba asco. También yo tiré la rama del racimo, hice ademán de cruzar para ir a casa, pero me detuve.

Mi padre estaba saliendo del portal. Hice ademán de llamarlo, luego pensé en seguirlo y meter la mano debajo de su brazo, como si nada, y ver su gesto de sorpresa, y en cambio me quedé quieto. Aparentemente no había cambiado, su cuerpo seguía siendo grande dentro de su abrigo, y su manera de andar aún era poderosa y suave, pero sabía que si lo miraba a los ojos, vería cuánto había envejecido. Me quedé quieto mientras se acercaba a su coche. Abrió la puerta y se volvió hacia la casa. Seguí la dirección de su mirada y vi a mi madre en la ventana. Él le hizo un gesto con la mano, un saludo y, al mismo tiempo, una invitación para que entrara y no cogiera frío, pero ella no se movió y sonrió, haciéndole a su vez un gesto de que se fuera. Era un ritual que nunca les había visto. Tal vez habían empezado a hacerlo desde que estaban solos. Mi padre se montó entonces en el coche y se quedó quieto un buen rato esperando a que el motor se calentara, con ese increíble respeto suyo por las cosas. Mi madre permaneció todo el rato asomada, pero detrás de las ventanas cerradas, así que no podía verla bien ni saber cómo estaba. Cuando el coche se movió por fin, dirigiéndose entre estornudos hacia el cruce, mi madre también desapareció de la ventana.

Seguí sin moverme. Nunca los había visto tan tranquilos. Era evidente que no pensaban en mí, ¿por qué razón ir a molestarlos? Faltaban dos días

para Navidad y todo debía de estar ya organizado para la comida con sus hijas, los maridos de sus hijas y los hijos de sus hijas. Todos ellos gente como es debido, nada que ver conmigo. Ya podía oír las preguntas de mi madre, las miradas silenciosas de mi padre, los comentarios de mis hermanas desde lo alto de su pequeño y formal montoncito de respetabilidad en el que habían instalado su nido. Me había marchado hacía tanto tiempo, ¿y justo en Navidad tenía que presentarme para molestar? En todo caso, algo debía hacer, moverme por lo menos. Hacía demasiado frío para quedarse quieto. Entonces fui a buscar un ultramarinos y di unas cuantas vueltas hasta encontrar uno que estuviera bien. Por dentro era más rico y resplandeciente que una catedral. Pedí un bocadillo con salchichas calientes, dije que añadieran chucrut y un poco de mostaza, y luego, comiéndomelo, me encaminé hacia la estación. Las salchichas eran excepcionales. Valían por sí solas un viaje a Milán, a decir verdad. Era extraño, pero ni siquiera me sentía triste. No demasiado, por lo menos. Un poco apesadumbrado, eso sí, y en cierto momento tomé el tranvía. Si tenía un poco de suerte, me quedaba la posibilidad de encontrar un buen libro en el quiosco de periódicos de la estación y un tren no demasiado lleno. Tuve suerte. El libro era bueno y el tren estaba prácticamente vacío. Me vino la tristeza cuando el tren se movió. Cuando me di cuenta de que, aunque hubiera tomado otra dirección, cualquier otra, para mí habría sido lo mismo.

A finales de enero recibí una carta de Glauco y Serena. Era la primera en dos años y nada más verla supe que sería también la última. Volvían. Especificaban el día y el número de vuelo y pensé que tendría que ir a recogerlos. Me pasé dos días arreglando el piso. Tuve que pedir ayuda a la portera porque ahora en el valle había muchas excavadoras y levantaban una polvareda propia del Santo Oficio. Hacía meses que lo tenía todo en un estado de gran abandono y había mucho trabajo por hacer antes de que las tres habitaciones recobraran un aspecto decente.

Me di cuenta de que habían cambiado en cuanto los vi bajar del avión. Me costó distinguirlos de los otros pasajeros, luego reconocí los andares de boxeador de Glauco, y a su lado, la esbelta figura de Serena con un poncho.

Vinieron a mi encuentro con grandes aspavientos. Glauco llegó a mi lado el primero. Estaba más gordo y mucho más jovial que cuando se marchó. Debía de haber recuperado el título. Me estrechó la mano con calidez. En cambio, Serena me besó en los labios.

—No me mires —dijo—, ha sido un viaje espantoso. —No era verdad, estaba muy guapa, y cuando vio el viejo Alfa Romeo se echó a reír divertida—. Pero cómo, ¿todavía tienes este cacharro? ¡Qué ternura!

Cargamos las maletas y nos apretamos los tres en los asientos delanteros. Glauco parecía el más satisfecho. Había presentado dos exposiciones en las mejores galerías de Ciudad de México. En cuanto a Serena, no había crítico que no se hubiera vuelto loco con sus escenografías para Andrea Chénier y *La Traviata*. ¿A que no sabía cómo los llamaban? Los dos genios italianos, así los llamaban. Y no tenía ni idea de las recepciones. Para caerse redondo, con todos esos militares y personajes políticos. Glauco, era verdad, se había llevado también un escupitajo de un estudiante, pero había aprendido a que no le importaran las críticas. Esa gente, además, no sabía ni lo que decía. Para lo único que servían era para matarse en las plazas.

—En fin —concluyó Serena—, un montón de dinero, y estamos ansiosos por volver. ¿Cómo van las cosas aquí?

—Siempre lo mismo —contesté.

—¿Cómo diablos podéis vivir aquí? —preguntó Glauco—. Nosotros nos volveremos tan pronto como podamos. ¿Verdad, estrella?

Apenas se percataron del orden que reinaba en el piso, que por lo demás duró muy poco bajo la avalancha de su equipaje. Serena sacó una bata mexicana de la maleta, se duchó y se sentó en el sillón a beber de una botella de tequila comprada en el *free shop*.

—No hay nada igual al tequila —dijo—, ¡es *fuego*! A ver, ¿quieres contarme algo sobre ti o no?

—Siempre lo mismo —le dije—, no, no bebo.

—Como es natural, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Te encuentro un poco abatido.

—Puedes quedarte para siempre —ratificó Glauco cuando salió en ropa interior del baño—, aunque supongo que no querrás seguir viviendo aquí.

—Pero no comentó nada del esqueleto de hormigón que había ocupado el lugar de los árboles del valle.

—Vuelvo al hotel —dije—, ya les he avisado. Me van a dar mi antiguo cuarto. Pero mañana, si no os importa. —No les importaba, y después de un último vaso empezaron a deshacer el equipaje y a colocar la ropa en el armario del dormitorio. Todo lo que pasaba por sus manos tenía una historia y la tendencia era que me las contaran todas.

—Esto es para ti —dijo Serena, y me dio un pequeño tótem de bronce—, es el dios de la fertilidad. —Era una figura rechoncha, sombría, con dos piedras rojas en lugar de ojos.

—Viejo cerdo —dijo Glauco sentándose en la cama—, quién sabe lo que habrás hecho en mi cama. ¿Cómo te va con las mujeres? Nunca he entendido por qué sienten esa debilidad por ti. ¿Y los amigos?

—Graziano ha muerto —contesté.

—Oh, Dios santo, ¿qué me dices? —dijo él—. Cuánto lo siento, era uno de los nuestros.

Cómo no. Estaba a punto de soltarle de una vez por todas lo que pensaba de él cuando llegó Serena con la bata roja en la mano.

—¿Has guardado este trapo? —preguntó—, ¿por qué no lo has tirado? —Me besó en los labios.

Me resultaba difícil soportarlos y lamenté haber dicho que la habitación del hotel estaría libre al día siguiente, pero tenía el problema de los libros y de mi ropa, aún por resolver, y de una manera u otra necesitaba otro día. Con tal de no permanecer más con ellos me marché al *Corriere dello Sport* a pesar de que fuera mi día libre. Cuando volví por la noche, estaban viendo la televisión. La habían arreglado esa misma tarde. Me quedé con ellos lo que me duró un cigarrillo y luego me fui a mi habitación. Por primera vez cerré la puerta. Me costó mucho quedarme dormido, porque desde que había dejado de beber me atormentaba el insomnio. Los oí deambular por la casa, entre el baño y el pasillo, y durante unos minutos también oí sus voces, a Serena riéndose y cómo Glauco la llamaba idiota. Luego también cerraron la puerta de su dormitorio. Al cabo de un rato oí gemir los muelles de la cama. Entonces encendí la lámpara y me puse a leer. Cuando Serena

fue al baño, debió de notar la luz que se filtraba por debajo de mi puerta porque la oí reírse.

A la mañana siguiente, Glauco salió temprano en busca de un estudio para alquilar, y Serena vino a traerme el café a la cama. Llevaba la bata roja, abierta en el pecho.

—Hazme sitio —dijo sentándose en la cama, mientras yo me tomaba el café—. ¿Por qué la has conservado? —preguntó después, tocándose el dobladillo de la bata.

—Pensé que podrías necesitarla.

—¿Este trapo? —dijo riéndose. Luego acarició la manta—. No tienes cara de haber descansado —dijo.

—He dormido poco —reconocí.

—Yo también he dormido poco —dijo ella.

—Habrá sido el viaje —repuse, y me acordé de cuando la había abrazado entre las maletas, dos años antes.

—Digamos que sí —admitió ella entre risas. Entonces le dije que debía terminar de recoger los libros y le di a entender que tenía que alzar velas. Se quedó estupefacta por un momento, luego se encogió de hombros y se rio de nuevo—. Extraño —dijo—, siempre has sido el más extraño de los amigos de Glauco.

Cuando me quedé solo, miré la tacita de café. Todavía quedaba un poco y me lo terminé. Luego me recosté de nuevo en la cama y me quedé escuchando el ruido de las excavadoras.

De todos los hoteles en los que había vivido, el que había detrás de Campo dei Fiori era mi favorito. Me gustaba volver al anochecer, caminando por los callejones, y cruzar las plazas vacías y silenciosas. Era el viejo corazón de piedra de la ciudad que cinco siglos antes habían construido unos arquitectos visionarios a las órdenes de severos pontífices y donde un número desproporcionado de iglesias, encajadas entre las casas, levantaban sus crestas de travertino para señalar la posible atrocidad del cielo. De día el barrio era un hormiguero, pero al caer la tarde se notaba que estábamos bajo el nivel del río y en los muros de las casas unas lápidas de piedra con una fecha grabada dejaban testimonio de los niveles de antiguas inundaciones. Protegido por espigones más altos era como si el barrio se hubiera resecado. Grandes grietas surcaban los muros de los edificios, los revoques se iban desprendiendo y al caminar por las calles podía verse, a través de las ventanas, cómo los techos decorados se caían a pedazos. Los artesanos, en sus talleres, tenían siempre el aspecto de estar arreglando algo.

Me veía a menudo con una chica llamada Sandra. Tenía veintidós años y quedábamos en piazza Navona para ir a cenar y al cine. Le gustaba mucho el cine de arte y ensayo, pero ponían siempre películas que yo ya había visto, y cuando al final le dije que escogiera entre el cine de arte y ensayo y yo, ella escogió el cine de arte y ensayo. Por lo demás, iba al *Corriere dello Sport* todos los días, pero ya no trabajaba con Rosario. Un artículo que escribí para reemplazar a un redactor enfermo me había abierto las puertas de la redacción. No encontré ninguna razón para no aceptar, pero Rosario se lo tomó muy mal, porque empecé a hacer lo que él siempre había soñado con hacer y ganaba más dinero. Yo lamentaba que nuestro trato se hubiera enfriado, porque me había ayudado mucho en los momentos difíciles y me esforzaba por ir a verlo siempre que podía a la sala de recepción, pero esto solo conseguía irritarlo más y al final acabé por dejar de ir.

En la primavera, el redactor que se encargaba del tenis publicó una entrevista con Livio Stresa. Volvía a jugar torneos y el redactor se preguntaba si a los cuarenta y después de un periodo de inactividad tan largo aún tendría algo que decir. El torneo se disputaba en Roma y lo seguí a través de las crónicas que publicábamos. Para sorpresa de todos, Stresa jugó grandes partidos y con una pizca de suerte se coló en la final contra un polaco de veinte años que había eliminado al cabeza de serie más fuerte del torneo. Me lo pensé un poco y decidí ir a verlos.

Era un maravilloso día de primavera y en las gradas había actores de cine, directores, escritores, periodistas, las chicas más guapas de la ciudad y las mujeres que generalmente salían en las fotos de las revistas. Había una gran expectación y todos se afanaban por conseguir los mejores sitios. Busqué al grupo en las gradas de la tribuna central, la más cara, pero no lo vi. Lo localicé, en cambio, en los palcos inferiores de la tribuna del fondo del campo, desde donde podía verse el encuentro sin mover la cabeza y vitorear a escasos metros de los hombros de los jugadores. Llevaban puestos unos extraños sombreritos blancos y estaban todos, los Diacono, Eva, el joven ruso, la modelo, el humorista y el escritor de bigotes blancos que aquel invierno había publicado un libro que no había ganado ningún premio importante. Solo faltaba Arianna. Cuando Stresa entró en el campo, todo el grupo se puso de pie gritando, pero él estaba muy nervioso y apenas los miró.

Fue un encuentro largo y agotador. Stresa era un buen jugador, frío e inteligente, mientras que el polaco, rubio y muy apreciado por las señoras, jugaba con enorme rabia. De inmediato quedó claro que ganaría quien supiera resistir mejor el esfuerzo. Durante casi tres horas, el grupo pasó de la exaltación al desaliento. Cada vez que Stresa jugaba en su lado del campo mostraban tan ruidosamente su apoyo que el árbitro tuvo que pedir más de una vez silencio. Pero el caso es que el partido era de lo más emocionante, y cuando, al comienzo del quinto set, Stresa empezó a estrellar su revés en la red, yo también empecé a animarlo. No sé por qué lo hice. Tal vez porque ya me sentía curado, tal vez porque él estaba sufriendo de esa manera sutil y cruel, hecha de silencio y de soledad, con la que el tenis sabe hacerte sufrir, tal vez porque le había visto sosteniendo la copa a

Eva en el vestíbulo de un teatro y porque ahora, allí abajo, en medio de todas esas personas que gritaban, ya no tenía el aspecto de un pájaro desorientado, sino el de un gallo de pelea con los espolones ensangrentados. Tal vez porque los dos habíamos tenido a Arianna entre los brazos y la habíamos perdido.

El último juego se desarrolló en medio de un silencio nervioso mientras los dos jugadores se intercambiaban golpes mortíferos. Ante una dejada de Stresa, el polaco tuvo un último culebreo y recogió la pelota junto a la red, elevándola lo suficiente para devolverla al otro lado. Vi a Stresa, al fondo del campo, permanecer inmóvil y cerrar los ojos. Se oyó un grito. Reconocí la voz de Eva. Entonces estalló en las tribunas un fragoroso aplauso de liberación mientras los nervios del polaco cedían de repente haciéndolo estallar en un llanto incontenible. Stresa fue capaz de sonreír y le pasó un brazo alrededor del cuello felicitándolo. Y entonces me alegré de haberlo animado. Siempre me ha gustado la gente que sabe perder.

Me encaminé hacia la salida entre la multitud. Cuando estaba a punto de llegar a la valla, oí que me llamaban. Era Eva. Debía de haber perdido al resto del grupo porque estaba sola.

—¿Qué haces? —me preguntó titubeando—, ¿no me saludas? —Luego tuvo que aferrarse a mi brazo porque nos empujaron hacia las gradas—. ¡Dios mío, qué gente más horrible! —exclamó asustada. Tenía el rostro enrojecido por el sol y sus gafas oscuras reflejaban la multitud que nos rodeaba.

—No te había visto —dije—, qué pena lo de Livio, ha jugado un excelente partido. —Pero no era de Stresa de quien quería hablar. La multitud la asustaba y, nerviosa, no dejaba de mirar a su alrededor.

—¿Sabes algo de Arianna? —preguntó sin soltarme del brazo—, ¿sabes que él no quiere que la vea? ¿Sabes que ella me odia? ¡Tenía tantas esperanzas de verla hoy! —Yo también miré a mi alrededor. Vi a alguien del grupo. La multitud los había dispersado y se estaban buscando, llamándose unos a otros. Eva no me soltaba el brazo—. ¿Estás seguro de que no sabes nada de ella? ¡Oh, *por favor!* ¡Dime si sabes algo! —me pidió con un gemido mientras el gentío luchaba dentro de sus lentes.

—No —respondí—, no sé nada. Si supiera algo, te lo diría. —Y era cierto, se lo habría dicho. Ella asintió con la cabeza.

—Sí —declaró—, sé que me lo dirías. Tú sí que entiendes las cosas. —Vaciló por un momento, y me tendió la mano—. ¿No quieres estrecharme la mano? —dijo. Se la estreché y ella añadió—: Perdóname, me gustaría que me perdonaras, de verdad.

Entonces, no sé por qué, yo también le pedí perdón. Alguien gritó su nombre. Ella se volvió una vez más hacia mí antes de irse, luego la multitud se desbordó de sus lentes y ella se perdió en el medio.

Sabía que volvería a ver a Arianna. Lo presentía. Fue una tarde al cabo de una semana. Caminaba perezosamente por via Frattina observando los escaparates. Yo salía del *Corriere dello Sport* y me disponía a volver andando al hotel. Me vio.

—¡No es posible! —gritó extasiada.

—Pues sí —dije—, he sobrevivido.

—No te lo perdonaré nunca —dijo—, ¿no has hecho nada, en serio? —me preguntó, agarrándome las muñecas—. Déjame ver, pero si ni siquiera tienes cicatrices. —Luego me miró con atención—. Me alegro mucho de verte, ¿te enteras? —Su voz tenía tonos diferentes, pero la reconocía. La habría reconocido entre mil, al cabo de mil años, y fuera cual fuese el mundo en el que me encontrara. Permanecimos en silencio un momento, escudriñándonos. Estaba guapísima, como es natural, pero la moda había cambiado y había cambiado ella también. Llevaba una falda larga hasta los tobillos y una blusa de seda con un lazo negro en el pecho. Tenía el pelo recogido en la nuca y sus grandes ojos le devoraron el rostro. Estaba tranquila, sin aire insolente, y en parte me recordaba a las mujeres de ciertas fotografías marrones antiguas—. ¿Te apetece un reconstituyente? —preguntó.

—Ya no bebo.

—¿Otra vez? Pero bueno, lo tuyo es vicio —dijo mientras entraba en el bar de enfrente. Pidió un jerez y se lo agradeció al camarero con una de sus sonrisas. Era un anciano y le recordaba al Signor Sandro.

—Ya no está —le dije—, se ha retirado. —Quiso saber adónde y le dije lo primero que me vino a la cabeza, un antiguo hotel de Stresa.

—Nada de nombres, *por favor* —dijo—, ¿tú a qué te dedicas?

—Siempre a lo mismo —le dije—, ¿y tú con la arquitectura?

—Me encanta el románico —respondió con inocencia—, ¿*por qué?* — Luego nos echamos a reír y salimos del bar para ver los escaparates de las tiendas—. ¿Te acuerdas de cuánto me gustaba la idea de poder comprarme ropa? —me preguntó. Me acordaba—. Pues ahora me aburre, pero él quiere que me vista, ¡que me vista! —exclamó con impaciencia.

—¿Le quieres? —pregunté. Ella dijo que iban a casarse a finales del verano—. Bien.

—¡Pero cómo que bien! Tú tendrías que decir *mal*.

—Mal.

Ella se encogió de hombros y me dejó plantado para entrar en una tienda. Descubrí que nunca volvería a amar a otra mujer en mi vida. La seguí a la tienda. Pasaba revista nerviosamente a la ropa de un largo perchero.

—Aquí nunca hay nada —dijo haciendo caso omiso de la presencia de la dependienta.

Luego salió para entrar en la tienda de al lado. Recorrimos seis o siete antes de que se decidiera por un vestido rojo por el que pagó una cifra propia del Santo Oficio. Llevaba en su bolso un talonario de un dedo de grosor, y en muchas tiendas, mientras pretendía que la aconsejara, las dependientas me miraban.

—Esta tarde me costará la vida —dijo riéndose—, ¡con lo celoso que es!

—Entonces me voy —dije.

—¿Por qué? —replicó—, ya no tengo miedo a morir. Y además ¡sería *tan* romántico! —exclamó aferrándose a mi hombro y presionando contra él la mejilla—. Tu olor —dijo—, ¡qué bien hueles *siempre!* Es parecido al de tu automóvil. ¿Lo sigues teniendo?

—Sí —contesté mientras empezaron a caerme encima fragmentos del año anterior.

En un momento me vi arrollado por una avalancha de emociones olvidadas, de recuerdos de mi vida con ella en el último verano de mi vida. No dije nada más y ella también se quedó callada, pero debía de estar pensando en las mismas cosas, porque cuando nuestras manos se tocaron accidentalmente dejamos que se aferraran una a la otra. Dentro de la mía, su mano era muy pequeña y muy fría. A nuestro alrededor las personas habían perdido el rostro y deambulaban con una mancha clara sobre los hombros.

—Oye —propuse—, vayamos a mi hotel y cortémonos las venas.

—Pues si vamos a un hotel, tal vez podamos hacer algo más divertido —dijo—, ¿ya no vives en aquella casa?

—No —contesté—, ya no vivo allí. Y además ya no era la misma.

—Por supuesto —dijo ella—, ya no estaba yo. —Se había detenido delante de una librería—. Quiero hacerte un regalo —dijo—, pero no un libro. Algo gris, como tus ojos.

—No —repliqué.

—¡Por *favor*! —me rogó. Me encogí de hombros y ella empezó a arrastrarme de una tienda a otra hasta que encontró una camisa de seda gris.

—¿Crees que se lo puede permitir? —pregunté.

—Oh —dijo ella sin tomárselo a mal—, puede permitirse un montón de cosas. Por lo menos mientras la gente siga comprando cuadros.

—Especialmente los feos.

—Sí —admitió después de pensárselo un momento—, feos sí que son. Pero él también lo sabe.

—¿Y crees que podría permitirse también eso de ahí? —añadí entonces señalando un par de pantalones con arabescos plateados. Eran los pantalones más penosos que había visto y ella empezó a reírse socarrona.

—Creo que puede permitirse unos cuantos pares —dijo—, ¿tienes algo en contra de los que llevan arabescos rojos?

No tenía nada en contra de los que llevan arabescos rojos y los compramos. Luego pasamos a un par de zapatos ingleses, dos docenas de corbatas chinas, con dragones y todo, y un par de pantuflas de cardenal. Cuando salimos de la tienda, íbamos cargados de paquetes. De vez en cuando perdíamos alguno y siempre había alguien que nos avisaba hasta que Arianna se volvía enfurecida para decirles que dejaran de dar la lata,

que a ver si se creían que éramos de esas *personas* que recogen las cosas del suelo.

—Un esmoquin azul —dijo deteniéndose en medio de la calle para mirar por encima de los tejados—, del mismo color que el cielo.

—Será difícil encontrarlo —dije yo.

—Entonces esperemos al ocaso —propuso—, he visto uno rosa en piazza di Spagna. ¿Qué tal una pitillera de plata maciza con tus iniciales? O un llavero de oro para el coche, ya sabes, de esos horrendos con la marca.

—Mientras sea de oro, de lo contrario no me arranca —dije yo—, pero preferiría una pipa.

—¿Por qué solo una? —me preguntó entrando en un estanco. Elegimos siete, una para cada día de la semana. La que tenía una cabeza de toro taraceada hizo que ella, por razones misteriosas, se partiera de risa.

—¿Y a él? —le dije—, me parece grosero no pensar en él también. ¿Crees que puede permitirse una caja de puros?

—Dos —respondió ella—, no seas tan tacaño.

—¿Qué hora es? —le pregunté señalando el pequeño reloj de oro que llevaba en la muñeca.

—Es de una puntualidad asquerosa —comentó con una mueca—, en todo caso, es la hora del té. —Estábamos cerca de un salón de té muy elegante, pero no podíamos entrar en un sitio como ese cargados con tantos paquetes, así que llamamos a un taxi, los metimos en él y lo enviamos a mi hotel.

—Y tampoco podemos ir a tomar té como es debido sin un perro salchicha —dije deteniéndome frente al escaparate de una tienda de mascotas que exhibía un perro salchicha.

—Sí —contestó ella con entusiasmo—, me parece lo suficientemente repugnante. —Entró en la tienda con determinación—. Deme ese bicharraco —pidió. El bicharraco costaba un montonazo de dinero y tenía un árbol genealógico más complejo que un conde del Sacro Imperio Romano. No era más deplorable que los perros salchicha habituales y nos siguió un poco asustado por el tráfico.

El salón de té estaba lleno de viejas señoras enjoyadas. Pedimos dos té de naranja y todos los bollos y galletas que tenían. También había

madeleines.

—Mojémoslas en el té —propuse—, ¿llegaste a terminar *Swann*?

—No he leído otra cosa durante todo el invierno —respondió, y le dio una al perro salchicha—, de vez en cuando trataba de leérselo en voz alta, ¡pero hay que ver lo *mucho* que le molestaba!

—Están buenísimas —dije cogiendo otra *madeleine*—, igual que las de antaño.

—Desde luego —estuvo de acuerdo—, ya solo se encuentran aquí. Este local sigue siendo un sitio al que vale la pena venir.

—Cada día son más raros los sitios así.

—Querido mío, ¡el mundo estrecha su cerco a nuestro alrededor! ¿Qué será de nosotros?

Era un juego al que sabíamos jugar, la verdad. Dije que lo veía todo muy claro.

—Nos encontraremos en secreto en los salones de té hasta que conozca a una vieja, una señora riquísima, la mate, le robe sus joyas y pueda huir contigo a Viena.

Ella no sonrió e hizo una mueca.

—Ni siquiera los viejos son ya lo que eran —dijo—, si lo vieras a él cuando se viste de hippy. —Apartó la taza—. Estas *madeleines* dan asco —comentó, y le puso el plato delante al perro salchicha—, ¿crees que aceptarán un cheque en este figón?

Llamé al camarero y se lo repetí todo punto por punto, desde las *madeleines* hasta lo del figón y el cheque. Me escuchó como si mis palabras fueran pedradas y él estuviera atado a un poste, torciendo un poco la boca. No quiso aceptar el cheque y llamó al director. Así que pagamos con el perro salchicha y nos marchamos bajo la mirada vidriosa de las señoras.

—Oh —dijo Arianna recostada en el asiento del taxi que nos llevaba al hotel—, no me divertía tanto desde que él se rompió la pierna al resbalar por la escalinata de la villa. —Eso fue lo que soltó mientras yo pensaba que había un Dios en el mundo—. ¡Con lo aburrida que se presentaba esta tarde! ¡Él nunca quiere que me ría, no quiere que llore, nunca sé qué hacer *con él*! ¡Qué mala suerte tengo! —Estaba muy abatida, y cuando le puse un brazo alrededor de la cintura, se refugió contra mi pecho—. Dios santo,

cuánto te he querido —dijo con voz ronca—, cuánto te he querido —repitió, y empezó a darme sin parar leves besos en la solapa de la chaqueta.

—Siempre lo negaste.

—¡*Qué* estúpida era! Tenía miedo de todo, incluso de las palabras. ¿Dónde está ese hotel? —preguntó, sin dejar de cubrir de besos mi chaqueta.

—No sé si te gustará. Es bastante modesto.

—Oh, me encantan los hoteles modestos, él siempre va a los más mundanos. ¿Hay putas?

—Los sábados y los domingos —contesté, y ella quiso saber qué hacía yo los sábados y los domingos. No podía soportar no tener ni idea de lo que yo hacía los sábados y los domingos, dijo besándome los labios con esos besos suyos tan ligeros como la lluvia—. Estás borracha de té —comenté—, las borracheras de té son terribles.

—Sí, sí. Si tú lo dices, debe de ser cierto. ¡Dios santo! —exclamó—. No llevo ningún carné. ¿Me dejarán ir a tu cuarto?

Pero el vestíbulo estaba vacío y subimos las escaleras hasta el último piso. Lo primero que vimos al entrar en mi habitación fueron nuestros paquetes amontonados sobre la cama. Me acerqué a la ventana y la abrí. Se veían los tejados, los árboles del paseo del río y las crestas de las iglesias. A lo lejos, se amasaban nubes oscuras en el cielo que iba apagándose. Sentí sus brazos alrededor de mi pecho y su cabeza apoyada sobre mi espalda.

—Has adelgazado —dijo—, no me había dado cuenta hasta ahora.

—¿No tienes un disco? —preguntó, y se soltó el pelo delante del espejo. Encontré un disco de viejas canciones del año anterior, lo puse en el tocadiscos portátil que me había traído de la casa del valle y ella fue a sentarse en la cama tras tirar al suelo los paquetes. Cuando me volví, dio un golpe con la mano abierta en la manta. Estaba sonriendo—. Ven aquí —dijo haciéndome sitio—, quiero notar tu olor. —Nos tumbamos uno al lado del otro. Seguía sonriendo—. Quiero besarte.

Y mientras hablaba su boca bajaba hacia mi cuello. Noté sus dedos que me desabrochaban la camisa, luego noté su boca en el pecho, húmeda y

fresca. Por la ventana podía ver cómo el cielo iba perdiendo color. Ella se afanaba con la hebilla de mi cinturón. La desabrochó y volvió a besarme, entonces le sujeté la cabeza, levantándosela, la aparté y empecé a desvestirme. Ella también se desnudó y tiró la falda y la blusa al suelo. Su cuerpo aún revelaba las pálidas huellas del traje de baño. Saltó a la cama riendo. Luego dejó de reírse y su voz se oscureció mientras murmuraba deprisa palabras que nunca le había oído decir. Me di la vuelta y la besé con dureza. Entonces se calló, y cuando puse mis labios sobre sus pechos, se quedó quieta, a la escucha. Luego empezó de nuevo con esas palabras roncadas, y mi rabia se transformó en ese entumecimiento que tanto había buscado con ella. Lo notó y se echó a reír empujando su vientre contra el mío.

—Ahora —me urgió deprisa—, ¡ahora!

El cielo estaba oscuro cuando me levanté para poner de nuevo en marcha el tocadiscos.

—Me gustan las canciones —le oí decir—, estoy *tan harta* de ese maldito Bach.

Su voz centelleó en la oscuridad de la habitación, pero había en ella algo diferente. Era como escuchar un instrumento cuya voz cristalina se viera sacudida por el estridor oculto de las cuerdas maltratadas. Me acerqué a la ventana. Las nubes se cernían sobre las casas, y ya habían empezado a caer algunas gotas de lluvia. En el callejón la gente caminaba a toda prisa y se oía de vez en cuando el estruendo de los cierres metálicos cuando los bajaban.

—Está empezando a llover —dije.

—Estás triste —dijo Arianna—, noto que estás triste.

—No —repliqué.

—Qué mala suerte tengo —se quejó—, siempre tomo decisiones equivocadas. Ahora me voy a casa y le restriego todos sus paquetes por la cara.

—No —repliqué de nuevo.

—¿Por qué no? —preguntó mientras la voz empezaba a temblarle.

—No podemos permitirnoslo —contesté. Sentía que era mía. Nunca la había sentido tan mía como en ese momento, que era de otro. Qué mala

suerte. Sabía lo que significaba, que solo podía pertenecerme siendo de otro. *Cuando también ella era unas sobras.*

Empezó a llorar, silenciosamente.

—No llores —le pedí.

—Oh, *por lo menos* tú déjame que llore —soltó con rabia. Entonces me acerqué a ella, me senté en la cama—. Estoy avergonzada —confesó—, estoy muy avergonzada. Hago el amor como una puta.

—No seas idiota.

—Sí, es así. Él me ha enseñado a hacerlo y él va siempre, siempre, de putas.

No comenté nada. Éramos tan viejos, era tan tarde, todo había salido tan mal.

—Graziano ha muerto —dije brutalmente—, ¿lo sabías?

Entonces brotó un gemido de la oscuridad y su voz se quebró en un llanto desesperado. Supe de inmediato que nunca volvería a ser la misma. Fue lo único que pensé, que le había quebrado la voz. Lloró largo rato, aferrándose a mi mano mientras yo pensaba en su voz muerta. Luego, poco a poco, fue calmándose.

—Quiero irme a casa —dijo.

En el callejón se oía la lluvia como algo que cae de repente. Nos vestimos en silencio mientras el disco seguía desgranando las viejas canciones del año anterior. Cuando bajamos al vestíbulo, el portero no levantó la vista del *Corriere dello Sport*, pero a Arianna se le contrajo la cara de todas formas.

La calle ya se había secado y caminamos en silencio hasta una parada de taxis. Cuando subimos al coche, me di cuenta de que no podía soportar dejarla de esa manera. Quería explicarle, decirle algo, pero ni siquiera cuando estábamos en el coche en medio del tráfico y le rodeé los hombros con un brazo encontré nada que decir. Luego se dejó llevar y echó la cabeza hacia atrás en el asiento, con gran cansancio.

—Todo en un año —dijo suavemente—, es tan poco, un año. —Cerró los ojos—. A veces, me gustaría volver a la clínica, pero esta vez nadie iría a recogerme.

—Yo sí que iría.

—Sí, tú sí —asintió.

Cuando el taxi logró librarse del tráfico y se detuvo frente a la villa de Sant'Elia, no quiso besarme. Se bajó deprisa, con insolencia. Abrió la verja, luego la vi correr por las escaleras, llamar al timbre y quedarse a la espera, entre el aroma de las lilas. No se volvió en ningún momento. Luego entró. Entonces miré al taxista, que me preguntaba adónde tenía que ir. No estaba lejos del hotel y tenía ganas de pasear. Así que pagué y fui a pie. Caían algunas gotas y la ciudad olía a polvo.

A la mañana siguiente salí para ir al *Corriere dello Sport*. Al final había llovido durante la noche y el aire estaba diáfano y fresco. Cuando me encontré en medio del tráfico del paseo del río con las bocinas de fondo, miré los árboles. Estaban brotando, y pensé que no tardaría en llegar el verano, y luego el otoño y luego el invierno, y luego otra vez la primavera, y así para siempre o durante un tiempo tan estúpidamente largo que parecería eterno. ¿Y yo qué iba a hacer? De repente, supe que había llegado el momento de alzar velas. Las alzaban todos, tarde o temprano. Primera regla, no hacer excepciones a la regla. Me metí por la primera calle despejada y volví al hotel.

No me llevó más de una hora hacer las maletas. Cogí tres, una para la ropa y dos para los libros, los que no dejaba nunca, los que me llevaba siempre al ir de un hotel a otro, de un sitio cualquiera a otro sitio cualquiera. Estaba la vieja edición del *Ulises*, la traducción de *Moby Dick* de Pavese, Conrad y la edición económica de *Gatsby*, amarillenta pero aún compacta, luego metí *Martin Eden*, Nabokov, el viejo Hem y las poesías de Eliot y Thomas, *Bovary*, *El mundo de ayer*, Chandler y *El cuarteto de Alejandría* de Durrell, Shakespeare y Chéjov. Todo en dos maletas.

—Siempre es así —le contesté al portero cuando me preguntó si me iba —, los que nos dejan son siempre los mejores.

Me ayudó a cargar el viejo Alfa Romeo. Lamentaba ver que me iba, porque ahora tendría que comprarse el *Corriere dello Sport*. Como compensación, le regalé todas las bolsas y paquetes de Arianna que había dejado en la habitación. Pensé que debía llamar al periódico para

despedirme de Rosario, pero no tenía ganas de dar explicaciones. Concluí que era mejor no decir nada a nadie y escribir más tarde para que me mandaran el dinero que me debían. De momento tenía lo suficiente para el viaje y para aguantar los primeros días dondequiera que me hallara. En cuanto a cuál iba a ser ese lugar, no tenía la menor idea. Me pondría a pensar en eso deambulando al azar por la ciudad, despidiéndome. Al fin y al cabo, no la odiaba, pero no me despertaba nostalgia y lo lamentaba. Miraba las escalinatas, las iglesias, las mesas de los cafés al aire libre y nada me importaba.

Llegué a la autopista de circunvalación. Rodeaba la ciudad y la recorrí leyendo los nombres de los carteles, pero cualquier lugar valía, y reduje la elección entre el norte y el sur. Elegí el sur únicamente porque estaba soleado y podía costear el mar repitiendo el viaje de cuando fui a buscar a Arianna. Viajé hasta que los carteles con la indicación de Roma se hicieron cada vez más raros y luego me detuve a echar gasolina. El paisaje era diferente. Lo había visto quemado por el sol y ahora estaba verde, tierno, henchido. Una mañana estupenda para viajar. Cuanto más me acercaba al mar, más apacible se volvía el clima, y en un determinado momento bajé todas las ventanillas. Cuando por fin apareció el mar, pensé que me hubiera gustado darme un baño en la bahía bajo la fortaleza.

La tuve a la vista al cabo de una hora, extraordinaria. Me pareció más grande y desolada aún de como la recordaba. Debía de haber habido marejada, porque la playa resplandecía de restos de barcos y de trozos de troncos ennegrecidos por el sol. A la derecha, la fortaleza sarracena descollaba oscura y las montañas rocosas se erguían afiladas contra el cielo duramente azul. Dejé el viejo Alfa Romeo y atravesé la maleza. La playa estaba llena de cajas de fruta, tablones desclavados, tarros y muchísimas flores podridas. Llegué al agua. No estaba fría. Luego volví al viejo Alfa Romeo y empecé a desnudarme. Me quité la camisa por la cabeza, y entonces me di cuenta de que era el lugar más hermoso que había visto y de que no estaba yendo a ninguna parte, de que no había ningún lugar adonde pudiera ir que no fuera ese. Me senté en el coche, encendí un cigarrillo y estuve fumando mientras pensaba en cómo hacer lo único que me quedaba por hacer.

Lo difícil era contenerme para no nadar. Inmediatamente pensé en las maletas. Las de los libros pesaban un riñón y tuve que llevar primero una y luego la otra al borde de la resaca. Busqué dos trozos de cuerda bajo el capó del viejo Alfa Romeo. No encontré más que uno, pero logré cortarlo restregándolo contra un guardabarros. Estaba a punto de cerrar las puertas cuando pensé que no quería hacer aquello en bañador. Entonces rebusqué en la maleta de la ropa, saqué el traje blanco, me lo puse sin nada debajo, me arremangué los pantalones y me fui a la playa. Tuve ciertas dificultades para atarme la segunda maleta a la otra muñeca, pero al final lo conseguí sirviéndome de los dientes. Traté de levantarlas. Pesaban y así debía ser, que pesaran, porque, de lo contrario, no habrían cumplido con su cometido o habrían complicado las cosas. Me metí en el agua. La noté fría alrededor de mis talones. Miré la bahía. Los dos grandes brazos de la bahía que se desvanecían bajo el sol. Estaba al límite, a decir verdad.

Y eso es todo.

Como ya he dicho, no le echo la culpa a nadie. Me tocaron mis cartas y las jugué. Nadie me obligaba a hacerlo. No añoro nada. A veces pienso en cómo habría sido mi vida si aquella mañana en la que empezó todo no me hubiera topado con la lluvia o hubiera tenido dinero en el bolsillo y todo lo demás, pero no soy capaz de imaginarme nada en particular. Pienso, eso sí, en mi ciudad, en la nuestra, y pienso en los árboles del paseo del río y en las crestas de las iglesias contra el cielo. Pienso en la película de Graziano y en las notitas que Arianna pegaba en la puerta en un intento de poner orden a sus días, pienso en el fin de mi juventud y en la vejez que no viviré. Pienso en todas las cosas no realizadas, en los niños que nacieron muertos, en los ángeles, en los amores solo imaginados, en los sueños destrozados por el alba, y pienso en las cosas que murieron para siempre, en los genocidios, en los árboles derribados, en las ballenas exterminadas y en todas las razas extintas. Pienso en el primer pez que sobrevivió al abandono de las aguas debatiéndose y generándonos. Pienso que todo tiende al mar. El mar que todo lo acoge, todas las cosas que no consiguieron nacer y todas las que

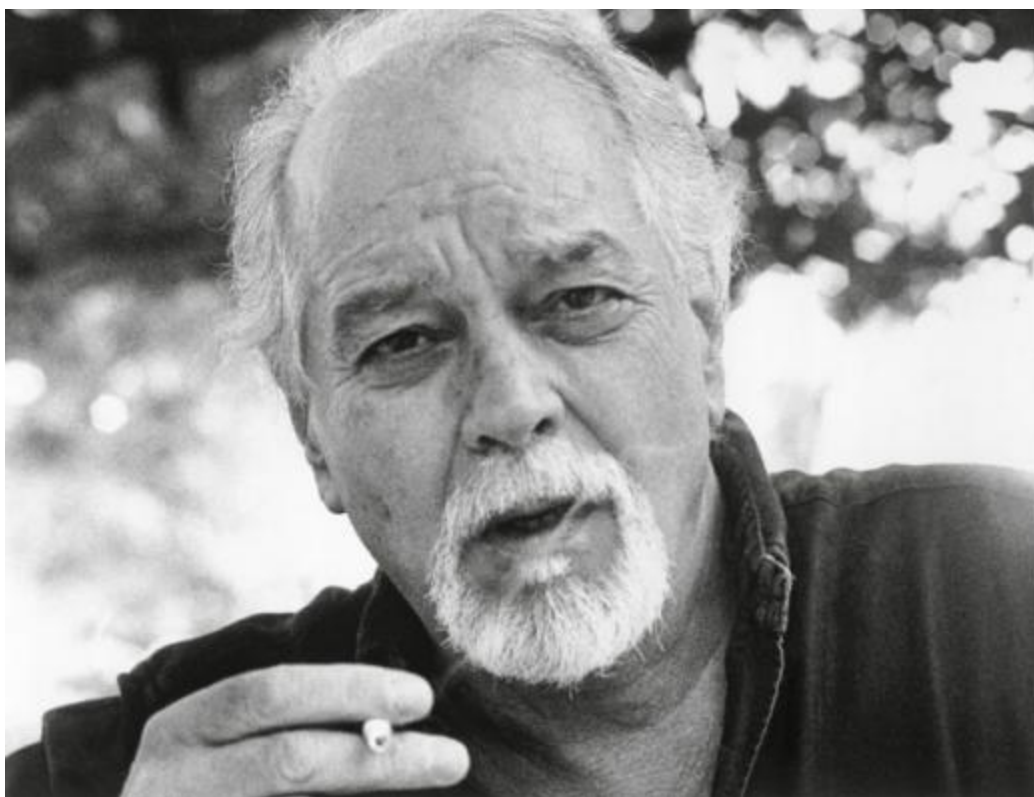
murieron para siempre. Pienso en el día en que el cielo se abra y todas ellas, por primera vez o una vez más, recobren su legitimidad.

OceanofPDF.com

Nota del editor italiano

Esta novela, que con los años se ha convertido en un libro de culto, constituye un caso editorial prácticamente único. Ganador de Premio Inedito 1973 y publicado por Garzanti en una edición de diecisiete mil ejemplares vendidos en un solo verano, desapareció después del mercado y se convirtió en un libro que se disputaron tres generaciones de exploradores de librerías de lance y tenderetes ambulantes hasta 2010, cuando, convertido en tema de tesis universitarias y de algunos reducidos clubes de lectores dispuestos a distribuirlo entre sus miembros, volvió a ser publicado por la editorial Aragno con un amplio eco en la prensa, que destacó su condición de sensacional redescubrimiento. Una vez agotada también esa edición, su búsqueda prosiguió en internet, donde en poco tiempo se hizo imposible de encontrar. He aquí el motivo de esta nueva edición en Bompiani, tercera editorial en cuarenta y tres años que la saca de la clandestinidad.

OceanofPDF.com



GIANFRANCO CALLIGARICH (Asmara, 1947) es autor de cinco novelas (una de ellas merecedora del premio Viareggio 2017 y del Premio Fiuggi), un volumen de cuentos y numerosos guiones de cine y televisión. Fue también fundador del mítico Teatro XX Secolo romano. *El último verano en Roma* fue la primera obra del autor, una novela que ya se ha convertido en un libro de culto y que constituye un caso editorial casi único: ganadora del Premio Inedito 1973 y publicado por Garzanti, vendió diecisiete mil ejemplares en un solo verano, pero jamás se reeditó. Más de cuarenta y cinco años después, Bompiani y las más prestigiosas editoriales europeas han rescatado esta maravillosa novela de iniciación que es una provocación, un puñetazo, y un canto a Roma.

OceanofPDF.com

Notas

[1] Los versos de Eliot que aparecen en estas líneas y las siguientes pertenecen al tercero de los *Cuatro cuartetos* y se citan en la traducción de José Emilio Pacheco (México D.F., FCE, 1989). (N. del T.) <<

[2] Los versos de Kavafis, pertenecientes al poema «La ciudad», se citan en la traducción de Luis de Cañigral (Madrid, Ediciones Júcar, 1980). (*N. del T.*) <<

[3] James Fenimore Cooper, *El último mohicano*, trad. española de Francisco Javier Vallina Samperio, Cátedra, Madrid, 1997. (N. del T.) <<

OceanofPDF.com